

A propósito del principio de Arquímedes, uno de los poetas incluidos en esta antología escribe que “no todos los cuerpos se hundan”; algunos emergen “venciendo la fuerza del empuje, rompiendo otra vez el horizonte”. Eso es lo que ocurre con quienes se reúnen aquí: se las han ingeniado para salir y mantenerse a flote. Trabajada durante las tutorías finales a cargo de las escritoras Xitlalítl Rodríguez Mendoza (poesía), Lola Ancira (cuento), Laura Sofía Rivero (ensayo) y Atenea Cruz (novela), esta muestra contiene 20 voces que egresan de la segunda generación del Diplomado en Escritura Creativa. Desarrollado entre 2022 y 2023 por la Escuela de Escritura de la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de la UNAM, se trata de un programa virtual, interdisciplinario, que durante un año acompaña la formación de creadores en lengua española a través de cursos, talleres, charlas y conferencias. A este libro lo pueblan plagiarios, historias fronterizas, reflexiones sobre el tiempo y los espacios que habitamos, versos alrededor de la pérdida y la migración, personas que olvidan, objetos que se pierden, animales que se van... Al leer estas páginas no queda ninguna duda: quienes escriben aquí ya han brotado. Andan al ras del agua.

María Alvarez Malvido • Frederick Armstrong • Samantha Escalante Herrera • Gabriela Escobar • Rubén Esparza • Erick González • Juan David Laserna Botero • Adolfo Ulises León López • Miguel Marzana • Ana Luisa Mata Huerta • Gabriela Mier Martínez • Brenda Cristina Moreno Rosas • Francisco Muñiz • Bruno Mureddu • Jonathan Pérez Juárez • Christian Placencia Basaldúa • Leilani Ramírez • Mariana Riestra • Carlos Erasmo Rodríguez Ramos • María Villa



ROMPER EL HORIZONTE DIPLOMADO EN ESCRITURA CREATIVA 2ª generación

DIPLOMADO EN
ESCRITURA CREATIVA

2ª generación

ROMPER EL HORIZONTE

Docentes de la 2ª generación

Vivian Abenshushan
Elisa Aguilar Funes
María Fernanda Ampuero
Lola Ancira
Liliana Blum
Hernán Bravo Varela
Rafael Cabrera
César Cañedo
José Israel Carranza
Ana Clavel
Dahlia de la Cerda
Atenea Cruz
Claudina Domingo
Jimena Eme Vázquez
Ana Emilia Felker
Julieta Fierro Gossman
Emmanuel Galicia
Julián Herbert
Andreas Ilg
Josu Landa
Tedi López Mills
Sandra Lorenzano
Adriana Malvido
Alejandra Márquez Abella
Rodrigo Martínez Martínez
Ana Merino
Alejandro Merlín
Lucila Navarrete Turrent
Mónica Nepote
David Olguín
Iliana Olmedo
Violeta Orozco
Pedro Ángel Palou
Héctor Perea
Anel Pérez
Fernanda Pérez Gay Juárez
Antonio Ramos Revillas
Laura Sofía Rivero
Teresa Rodríguez de la Vega
Xitlalítl Rodríguez Mendoza
Ana María Sánchez Mora
Felipe de Jesús Santa Rita Nava
Rigel Sotelo
Daniela Tarazona
Magali Tercero
Fernanda Trías
Magali Velasco
Jorge Volpi





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Leonardo Lomelí Vanegas
Rector

Rosa Beltrán
Coordinadora de Difusión Cultural

Julia Santibáñez
Directora de Literatura y Fomento a la Lectura

Gabriela Ardila • Eduardo Cerdán
Coordinadores de la Escuela de Escritura

COLECCIÓN



**DIPLOMADO EN
ESCRITURA CREATIVA**

2º generación

ROMPER EL HORIZONTE



Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Universidad Nacional Autónoma de México. Dirección de Literatura, autor.

Título: Romper el horizonte : Diplomado en escritura creativa, 2a generación / Literatura UNAM.

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura, 2024. | Serie: Colección Escuela de Escritura UNAM ; volumen 2.

Identificadores: LIBRUNAM 2234189 | ISBN 9786073089050.

Temas: Escritura creativa. | Autoría.

Clasificación: LCC PN189.R65 | DDC 808.02—dc23

Primera edición: abril de 2024

Edición | Coordinación editorial
Eduardo Cerdán

Corrección de originales
Martha Santos Ugarte

Diseño, ilustración y formación | Diseño de la colección
Adriana Rodríguez Borja

EDICIÓN NO VENAL

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Avenida Universidad 3000, Ciudad Universitaria
Coyoacán, 04510, Ciudad de México
Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura

D.R. © de los textos, sus autores

ISBN: 978-607-30-8905-0
ISBN de la colección: 978-607-30-7339-4

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

La responsabilidad de los textos recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Impreso en offset.

Impreso y hecho en México.

DIPLOMADO EN ESCRITURA CREATIVA

2ª generación

ROMPER EL HORIZONTE



ÍNDICE

<i>Presentación</i>	13
POESÍA	
<i>Nota introductoria</i> / Xitlalitl Rodríguez Mendoza	19
Rubén Esparza	21
Miguel Marzana	33
Francisco Muñiz	43
CUENTO	
<i>Nota introductoria</i> / Lola Ancira	55
Bruno Mureddu	57
Carlos Erasmo Rodríguez Ramos	73
Mariana Riestra	85
Adolfo Ulises León López	91
Juan David Laserna Botero	103
Ana Luisa Mata Huerta	117
María Álvarez Malvido	121

ENSAYO

<i>Nota introductoria</i> / Laura Sofía Rivero	133
Leilani Ramírez	135
Samantha Escalante Herrera	145
Gabriela Escobar	155
Frederick Armstrong	161
Gabriela Mier Martínez	169
Brenda Cristina Moreno Rosas	179

NOVELA

<i>Nota introductoria</i> / Atenea Cruz	189
María Villa	191
Jonathan Pérez Juárez	199
Erick González	215
Christian Placencia Basaldúa	233



PRESENTACIÓN

Este libro celebra a la segunda generación que egresa del Diplomado en Escritura Creativa, un esfuerzo de la Escuela de Escritura de la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de la UNAM. A partir de las 176 postulaciones recibidas en 2022 —provenientes de México, Canadá, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, España, Estados Unidos, Guatemala, Perú y Uruguay—, un comité externo seleccionó a quienes ahora se reúnen en *Romper el horizonte*. Son nueve autoras y 11 autores que cursaron durante un año entero las 266 horas de este diplomado virtual —único en su tipo— para después trabajar, en las tutorías finales, los textos incluidos aquí. Gracias a Xitlalitl Rodríguez Mendoza, Lola Ancira, Laura Sofía Rivero y Atenea Cruz —las cuatro tutoras del programa—, al gran cuerpo docente que habitó nuestras aulas virtuales entre 2022 y 2023, al personal universitario que alienta y hace posible la existencia de la Escuela de Escritura de la UNAM, y —por supuesto— a la extraordinaria generación que le da vida a esta antología.

En una feliz coincidencia, un autor y una autora de tutorías diferentes —poesía y novela, respectivamente— titularon “Principio de Arquímedes” a sus textos. En el poema, que metaforiza la importante proposición de la física, leemos: “El principio de Arquímedes afirma que no todos los cuerpos se hunden. / Algunos alcanzan un balance y atraviesan el agua para volver, / venciendo la fuerza del empuje, rompiendo

otra vez el horizonte". A partir de este último verso nace el título de esta antología, que busca evocar dos ideas en quienes lo lean. En primer lugar está —claro— la ruptura, porque hay mucha de ella en estas páginas: resulta evidente el vasto conocimiento de la tradición que cada quien tiene, pero también es innegable su ánimo transgresor, su sana desobediencia, su afán lúdico. La segunda idea contenida en el título es la de lo emergente: sirve para describir a las voces que con este libro debutan en la literatura, así como a las que ya han publicado antes —más de un título, en el caso de algunas— y que ahora buscan continuar su carrera tras un año de inmersión formativa.

A este libro lo pueblan plagiarios, historias fronterizas, reflexiones sobre el tiempo y los espacios que habitamos, versos alrededor de la pérdida y la migración, personas que olvidan, objetos que se pierden, animales que se van... Al leer estas páginas no queda ninguna duda: quienes escriben aquí ya han brotado. Andan al ras del agua.





POESÍA

Nota introductoria

En la nueva generación de la tutoría de poesía de la Escuela de Escritura de la UNAM, nos encontramos con tres autores tan diferentes entre sí como sorprendentes, quienes dan cuenta de tres poéticas particulares e igualmente ricas a su manera.

Originario de Monterrey, Rubén Esparza nos brinda una voz genuina, caudalosa, cargada con el efluvio de la búsqueda de sí ante la pérdida del padre. A través del agua y sus múltiples materialidades, el poeta configura una cosmogonía personal poblada de referencias a autoras como Safo y Anne Carson; a intertextualidades que tienen que ver con marcas de su padre en los libros e, incluso, al campo científico donde se detiene a estudiar el movimiento de los fluidos. Músico y lingüista de formación, en la serie *Primer cuaderno del agua* Rubén Esparza hila muy fino en torno al lenguaje y sus sonoridades; nos ofrece poemas que se vuelven marejada de imágenes, cajas de resonancia o tropel de rocas al fondo de un río.

Poemas de Chicago es la serie del autor boliviano, radicado en Estados Unidos, Miguel Marzana. Son poemas que recorren las calles de la ciudad más poblada de Illinois y van dando testimonio de la multiplicidad de voces que la habitan, así como de las violencias que la atraviesan. En medio de la

catastrófica cotidianidad y siguiendo la gran tradición de la poesía modernista y contemporánea estadounidenses, el autor encuentra el fenómeno poético en la música accidentada de las aglomeraciones, en un callejón oscuro, afuera de un restaurante de comida rápida o frente a la mirada de los animales que también son parte de la ciudad. Con un español diverso y potenciado por la experiencia migrante, el autor nos brinda una mirada única a este sitio palpitante y, así, nos lo entrega como nuestro.

Finalmente, desde la Ciudad de México, Francisco Muñiz presenta *El tiempo se detiene en los insectos*, una serie de poemas explosivos cuyo dispositivo es el sueño, la duermevela y el insomnio. La consistencia onírica de su registro nos lleva a experimentar una gran plasticidad en las imágenes poéticas y nos orilla al asombro, sentimiento que, en ocasiones, puede descarrilarse hasta la inquietante belleza que palpita en lo siniestro. Con una cadencia cimentada en la notación del surrealismo, el creacionismo, y en esa gran vanguardia literaria que bien puede ser el psicoanálisis, la búsqueda de Francisco Muñiz deja ver una voz poética joven y vital que ofrece un filo único.

XITLALITL RODRÍGUEZ MENDOZA



Rubén Esparza

(Monterrey, 1997)

Fagotista y poeta. Es licenciado en Ciencias del Lenguaje por la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL), y en Música por la Escuela Superior de Música y Danza de Monterrey. Poemas suyos aparecen en la antología *Fuego cansado* (2022). Fue ganador del Certamen de Literatura Joven UANL 2023 en Poesía y becario del Centro de Creación Literaria Universitaria de la UANL 2023. Estudia una maestría en Música en Bélgica. Escribe sobre el agua.



Primer cuaderno del agua

Lectura de un paisaje clásico

*Más valdría escribirlo en el viento
y en el agua que fluye.*
CATULO, versión de Aurora Luque

Se trata de encontrar nombres que no existen
a la mitad de una parcela fluvial o en un arroyo.

Encontrar por ejemplo
las palabras de Lesbia entre las algas verdes
y el amor que se confunde con clorofila de verdes cabellos
como Ofelia
ondeando en holanes de raíces muertas.

Encontrar garabatos legibles
entre las líneas del cristal rasgado de los peces,
y tropezarse con los nombres
entre las voces que le damos al hidrógeno,
al calcio, al fosfato entre los huesos,
entre las erosionadas cárcavas y carcasas,
y el desgaste piadoso de las piedras.

Poder ver los restos rendidos de Babel en el paisaje
murmurando sobre la corriente
con un lenguaje de ojos vaciados
y paredes que caen
para disolver el plural de las aguas.
Hay que permanecer atentos:
los nombres pueden estar entre las flores,
sumando amapolas y cabezas de lirios
al sentido de afluencia.

Pueden estar en minerales,
en silicatos y vidrios solubles revolcados con la arena,
en el escurrimiento de la lluvia y esqueletos de perros
reventando,

en cuerpos, sí,
con las manos deshechas
y los dedos vibrando aún sobre las cuerdas

vocales aún presentes,
aún
dirían,
entre las aguas,
abrazándolo todo en una presencia
que abarca el pasado paso de huracanes,

en una presencia que marca
desde la división de los meandros
hasta el ciclo de vida en las bacterias,
y para algunos, un *recuerdo*
haber venido aquí con tu padre.

Se trata de ver en la corriente el momento agolpándose con
[otro

para que *también* y *entonces*
puedan verse en el brillo estático de las pozas,
entre las piedras colocadas por los hombres para nadar,
para retener por un momento
los diferentes nombres que le damos al viento
y a la mancha de humedad
que retrocede.

Principio de Arquímedes

El principio de Arquímedes afirma que no todos los cuerpos
[se hundan.

Algunos alcanzan un balance y atraviesan el agua para
[volver,
venciendo la fuerza del empuje, rompiendo de nuevo el
[horizonte.

El principio hunde los dedos en todo cuerpo de estudio,
como ese momento en que desplazas el lugar que toma el
[agua

y sumerges los pies en el filo de unas manos
que barnizan tu piel con resistencia:
la fricción de los bellos
pliegues del agua
que se abren.

Nos sugiere también la idea de sustancias insolubles;
la fuerza de los cuerpos que se separan,
igual a manchas de aceite sobre el agua,
tornasoles entre el color de los golpes, violetas
azules que sostienen una película de carbono
terrible, pero bella.

Éste es el principio de un cuerpo, el inicio de un derrame
[como el mar,
arrojándose de nuevo sobre los cuerpos flotantes tras vencer
la gravedad de las aguas.

El mar y los cuerpos que emergen a la superficie como
[moretones
derrames en la piel de un océano que palpa su costado
para encontrar un órgano enfermo que interfiere con la luz.

Qué ligero parece el movimiento de las barcas o pelícanos
[que flotan como ejemplos,
como torsos desnudos que se mecen en una respiración
[tranquila.

Visto desde la orilla, el principio puede ser confuso.
Puede ser una cabeza lo que se asoma o el recuerdo de un
[hallazgo.

Puede ser sólo el agua que sostiene
peso muerto.

Flujo laminar

*Es aquél en el que las partículas
se desplazan en capas paralelas o
láminas, sin invadir el camino de las
otras partículas.*

un líquido moviéndose en una corriente que no se mezcla:
algo así
como una parábola del agua: *streamline*: una serie de láminas
superpuestas que no se deshacen en geometrías que
alteren el flujo: laminar porque mueve toda partícula
de forma paralela: en láminas: en capas de cristal
volumétrico veloces como las fuentes circundantes:
circulares: así como las fuentes: como corrientes en
derrumbe o escaleras de agua que se elevan: chorros
de sangre: hemorragias controladas: unas mangueras
o vasos sanguíneos inundados de partículas: fluidas y
dinámicas en unos arcos perfectos
hasta que impactan: hasta que chapotean: hasta que
interrumpen el flujo continuo a lo largo del espacio:

lo triste de las fuentes fluctuantes: un movimiento
organizado que va
y siempre viene seguido de un derrame: una corriente
eléctrica:
una descarga que cesa al final del trueno: la belleza que
termina por regla de contacto:
un camino que no invade el camino de los otros: lo triste:
un contacto sin mezclar los límites: lo opuesto a remolinos:
lo opuesto
de arremolinarse un beso: un momento en que la sangre se
vuelve turbulenta en el corazón antes de volver a peinarse
en las arterias: agolparse en las paredes capilares:
en los tubos a presión: como refresco agitado: como
champaña: como una elipsis que vuelve a lo triste de las
fuentes laminares para decirnos que sólo revienta el arco
cuando alcanza su contacto justo antes de acabar: en una
brizna

Reflexiones sobre el brillo del agua

*oímos voces, eso es lo que oímos: un
centelleo, un parpadeo, y ahí mismo voces*
GONZALO ROJAS, *Rimbaud*

Gonzalo Rojas lo llamó la voz,
centelleo y párpado.
Lo llamó rojo Rimbaud;
le dio su nombre más próximo al esbozar el brillo que se
[escucha por lo bajo
en un momento de contemplación, ahí
en donde da de frente la luz que ondula entre los
[promontorios
salados o dulces del agua.

Monet lo llamaba lirio o pincel
que se borra a veces blanco, nenúfar
o línea curva que dirige los ojos fuera del agua,
como una ola pequeña con tensión o fuerza de tsunami
que arrastra a Hokusai y a Debussy.
Lo llamaba sutil
presencia.
Lo llamaba *desvanece*.

Wagner, algo extraño, lo llamaba Venecia
o filtro amoroso, y nos convencía
(como luego lo entendió Zurita en otro cuerpo de agua)
que el nombre era *la música sinfónica de las aguas*.
Mientras, hablaba de transfigurarse en un acto,
fuera de amor o fuera de irremediable resolución de magia:
Isolda hecha un resplandor,
un reflejo que desaparece
frente a tus ojos.

Tus ojos lo llamaron alguna vez reflexión,
lo llamaron luz o silencio y espero,
acto de fe.
Lo llamaron pregunta
esperando,
o quizás espectro volviendo a la luz una vez más
entre tantos nombres las miradas.

Una voz lo nombró tus ojos.
Ondulación desvaneciéndose como la música justo después
[del silencio,
retumbando una mirada que se suma a todos los reflejos del
[agua:
un nombre que se ha sumado a los otros.

fondo

como un vaso que se llena
o se vacía
transparente
de cardúmenes envueltos en espuma
o migraciones de rayas sobre el cuerpo

una y otra vez como chapoteo
de brillo y matiz

azul

se pronuncia a su lado o burbujeo
se dice remolino que se rompe en la lengua
al salpicarse
en otros ojos
que se encuentran al fondo
después de un trago

cuando se miran

Las voces de la gente regresan al camino.
MATSUO BASHŌ, nota al margen en una página de
Una cuestión personal, de Oé.
En una línea que se ha ido borrando.

ABRO ESTE LIBRO y me encuentro el recuerdo de una voz. Escrita con pluma, entre dobleces y entrañas secas, conservada entre la búsqueda de un diálogo imposible. En cada pregunta al margen resuena una voz que se desliza entre la llanura de las páginas mientras busca un animal herido en cada huella o mancha de tinta que corrió hasta secarse entre los párrafos, entre los párpados. Una voz que avanza, subrayando cada verbo en donde cae y reverbera.

Encuentro un conjunto de letras que contienen una habitación luminosa en donde, rodeado de la luz de un verano, alguien se sentó a ser Bashō en una frase, y sin saber por qué, se vio en el reflejo de un estanque y decidió lanzar una piedra, haciendo ondas profundas, resonando en cada una de las formas arrojadas por el agua.

Encuentro una última posibilidad de diálogo en estos papeles abandonados. Estos signos perfilan una mano invisible que fue tocando todas las fotos, las dedicatorias, las esporádicas declaraciones de amor en donde escribió otro nombre, y la postal de alguien que dice, como piedra que se multiplica en el estanque:

*Aunque estés lejos
te llevo en este viaje
aquí conmigo.*

Para traducir un poema

Si me pidieran traducir un poema,
por ejemplo *Water*, de Philip Larkin,
haría falta dividir la palabra en dos
esperando que algo siga siendo

Agua

*Si me pidieran
fundar una religión,
recurriría al agua.*

después de todo, sin bifurcar en dos el río.
Algo, digamos una palabra aproximada a
la sombra de toda otra palabra,
o al menos a la forma de tocarla.

*Ir a misa
supondría cruzar
con prendas secas;*

Por ejemplo, to *cross* supondría atravesar,
el mismo camino de agua
hacia la orilla opuesta:

*mi liturgia usaría
imágenes torrenciales,
de un furioso y devoto empaparse.*

imágenes oscuras
por tanta turbulencia: las otras maneras
de entender una caricia, un derramamiento de un

*Yo elevaría al este,
un vaso de agua,
donde cualquier ángulo luminoso,
podría congregarse*

liquidado lenguaje, que ojalá compartiéramos como
una misma lengua íntima, interna,
donde cualquier líquido silbante
podría unirse en un beso

interminable



Miguel Marzana

(Cochabamba, Bolivia, 1983)

Escritor. Es egresado de la Escuela Graham de la Universidad de Chicago. Es autor de los poemarios *Descomposiciones - aceite de un cielo* (2019) y *Poemas de Chicago* (2023). Su obra se ha publicado en diversas antologías de poesía y cuento, así como en revistas impresas y virtuales. Ha sido traducido al inglés, quechua y catalán. Es coorganizador del festival Poesía en Abril, coordinador del taller de poesía y creación literaria de la revista *Contratiempo*, y miembro de su consejo editorial. Vive en Chicago.



Poemas de Chicago

Amanecer

A las Metáforas de un magnífico de Wallace Stevens

Así fue como sucedió
vino en la mañana
sin sobresalto corporal
golpeando adentro
como el mar
el miedo
 una pared
que comienza cuando yo termino
y la luz del día
como si no supiera darnos la mano
se come vivos
los árboles frutales.

Preludio

No era un punto solamente
en el ruido
que bajaba y subía por la calle
turbinas
 motores
cadenas
 rieles
y pasos
a gran velocidad
cuando un pedazo afónico de cielo
comenzó a temblar
y entonces vi mi cuerpo gelatinoso

al otro lado de la calle
hablando de un tercero
que no estaba
esperando el autobús
sentado junto a un tipo
que tampoco lo esperaba.

La muerte del poeta papi

El viento entra
apenas un hilo es suficiente
el grafito rueda
y siento un grito que me llama
Las plantas se sacuden
las hojas vuelan
los libros caen
y vuelan más hojas
En el caos con la música a todo volumen
quedo absorto
y afuera hay un choque
y un concurso
para ver de quién
la madre es más puta
y mientras todo pasa
me atraviesa una ráfaga de viento
y se sueltan unos balazos
e inmediatamente alguien grita ¡papi!
entonces un poco de mí
que se atreve a escribir sobre la muerte
con algodón en las manos
se pregunta
¿Qué va a ser de los poemas del poeta papi?

que ahora toma sus últimas bocanadas en la acera
 y llora como bebé
 Sigo absorto
 pesando el volumen imagino mi turno
 mientras cazo los papeles
 uno por uno
 cortado por el viento
 y pensando que de alguna forma
 ése fue el momento más cercano del día
 al estado natural de las cosas.

Cumpleaños

El gato es un zapato
 traspasa el muro
 equilibrando la sombra
 de su cuerpo
 salta desde los vidrios
 como nave espacial.

El taller de los ataúdes

/

Hablando de poesía aprendí
 a desenterrarme solo
 a caminar en la lluvia descalzo
 a quererte sin medida
 y caer
 Hoy cuerpo
 mañana gusano

pasado mosca
 para poder explicártelo
 sin tener que dar explicación.

//

Quién sabe qué dijo la mesa
 cuando lo dijo
 La silla prestaba su madera
 ¡vacía!
 dijo
 ¡vacía!
 agarrándole la oreja
 hasta arrancársela
 y no volvió
 La mesa está en el mismo lugar
 la silla a veces no
 ambas barnizadas
 igual que el escritorio o las tablas del piso
 se cubren de migajas y otros desperdicios
 La mesa es grande
 la silla pesada
 ojalá que al final
 cualquiera sea capaz de alimentar un buen fuego.

22 & California

(Wisdom)

En la esquina amarilla de Church's Chicken
 de la 22 y California
 pienso en la inconformidad de Rousseau
 y la cabeza de Túpac Amaru

mientras espero el autobús 21
 con un viaje de ida en la tarjeta
 Debo cruzar la ciudad
 con el estómago vacío
 sabiendo que no pasa nada contracultural en este cuadro de
 [sol

El olor del pollo frito se pega a mi piel sudorosa
 y un perro en la banca grafitada
 me habla de la libertad
 y las movidas en K-Town
 yo lo ignoro porque andando por ahí
 veo que sus rimas no son experimentadas
 y porque sus calcetines son prestados
 cuando lo nota
 me pregunta por mis tatuajes
 y me dice moviendo la cabeza de lado a lado
 que por eso uno termina así.

El cocodrilo de Humboldt Park
 (*Hipótesis breve*)

Estaba la libélula encendida
 y el sapo encantado con la rubia que
 filmando se inflamaba como el humo
 cuando se asustaron del allanamiento
 y me dejaron tosiendo el plan del rey

Solo en la bañera
 con los ojos fijos en una postal de Gamaliel
 solo en el estanque
 largo como las mandíbulas que congregan

Estaba leyendo
 un enjambre de mosquitos
 y a lo lejos escuchaba un buen perreo
 cuando un viejo bagre vino y dijo: chico
 viene un tal Frank por su *pitch* con los cachorros

Allí tuve miedo
 sin barro que tragar
 porque afuera hay jaulas más atroces
 pero aquí todos por la cola
 simpáticos con la libertad.

Burnham

En el ojo del caracol
 atravesé un eclipse y su silencio largo
 lento
 como un grabado solar
 vi mi cuerpo triturado en la pradera
 cuando amaneció a mediodía
 y todo comenzó a girar de nuevo

En el parque perpendicular
 se abre mi piel
 una venus biodegradable
 cargada de plenilunios
 llamó estorninos, colibríes y hierbas
 para ahuyentar la sombra
 y no deje de alimentarse el fuego

En la concha nueva del parque viejo
 giro antes que su lago

en el santuario de las aves soy el trompo
que las gaviotas gritan lento.

Después de Cardenal

A la poeta Juana Goergen

Va Ernesto Cardenal huyendo de Chicago con espanto
Va Ernesto Cardenal a componer edificios
en su llanura
Va Ernesto Cardenal sollozando al viajero
que como caracol
sólo pudo leerlo de viejo y de a poquito
pero en ese poquito lo encontró en el poema
como si fuera santo
Va Ernesto Cardenal leyendo para la gente
de todas las facciones
y parece que transfigura su juntura
como en medio de un cacaotal
un domingo por la mañana en la isla de Solentiname
Va Ernesto Cardenal a recibir la hostia y le digo que mejor no
él sonríe
y el regaño se hace doble
Va Ernesto Cardenal a decir un poema para los viajeros
un poema cósmico que le deje en paz
a donde tenga que ir
siendo y dejando de ser él.

Esos mininos

En esa calle siempre verás gatos
cruzando y disputándose la cuadra

Ahí en los callejones de la 28 y Harding
unos peluditos con nariz negra
unos amarillos
y otros verdes como serpientes
se sacan sangre por las noches
Muchos de ellos camadas de la Rosie
que se quedaron pariendo en los callejones
desde que por querer crear una facción nueva
mataron a Mario el güero afuera de su casa.

Plaza Aztlán

*(mi alma suspendida entre la taquería de la
Casa del Pueblo y la Biblioteca R. Lozano)*

Caminando por el barrio
vi los frutos
devorados por el mundo delirante
el resquemor de los cuerpos
la urgencia
la desesperación
la trama de ser y no ser
hipercolisionando con la vida

Distraído
gasté saliva donde no necesitaba hacerlo
y ahora pienso
que tal vez no valió la pena

Por eso hoy
prefiero amar las bolsas de basura
que los cuerpos endurecidos por la tierra

hoy prefiero morir
que dejar el corazón con levedad
y prefiero no arder en la apoteosis de un guión equivocado.



Francisco Muñiz

(Ciudad de México, 1996)

Redactor, traductor y editor. Estudió Ingeniería Mecatrónica en el Tecnológico de Monterrey y Psicología en la UNAM. Textos suyos aparecen en las antologías *Tarde entre extraños* (2023), *El paisaje que soy* (2021) y *Tiempo fuera* (2020), así como en las revistas literarias *Letralia* y *Poesía entre neón*, y los sitios digitales *Fahrenheit 452* y el del Seminario de Literatura Francisco José Amparán. En 2020 obtuvo el Premio Nacional de Poesía Verso Libre MX.



El tiempo se detiene en los insectos

La pendiente insensible y sin embargo irresistible hacia lo mejor

ANDRÉ BRETON

Funámbulo

Un paso en falso por dos de agua tibia. Un bosque aéreo, de engañosos puentes como costuras, años, el rito del insomnio ungido en el licor oscuro de ventanas amarillas. Un día es el abismo derecho, todo aullido con su sombra respingada; haciendo pasar silbidos por el ojo de las cerraduras; recogiendo perlas, abajo, en materia muerta. Otro día, abismo izquierdo despliega una brigada contra la ironía; la paranoia cunde en la ciudad desierta, donde una palmera policía se oxida y el vampiro impulso se tensa hasta el odio. El grito de auxilio nace de un huevo rojizo, al reverso del continente, en el seno de una multitud; y en ese torrente de pies inquietos circula un rumor violeta: un automóvil sin placas, desenfrenado sobre la serpiente de asfalto. Pero bajo el grave trombón de la luna y su pollera de nubes, el relámpago rojo trae consigo la mirada desconfiada hacia el espejo. Regreso siempre al embudo de carne salada y todo cuerpo hecho pan cruje en frituras de hueso. Un rostro colosal insinúa sus límites en el terciopelo de la habitación siniestra. Voz aguardiente. Ojos que rechinan. Me pierdo en un hervidero de cristales, me aferro al plano oblicuo en un intento de alquimia; en mi búsqueda gastada de la caída por método científico, de lograr una verdad o saciarme de mentira. Ignoro mi hedor en la tristeza del humo. Me siento grabación podrida. Una estampida de moscas se acerca. Me disloca la cabeza. Caigo. Arriba sólo quedan zumbidos.

Agua de proceso

La grieta indica
la intención del recorrido
inercia de sangre afán de
líquido suelto

sonambulismo en blando
lo que importa acaso
es la arritmia es el desliz

cualquier canción basta
casi
para resolver el cristal por dentro

deseo y error
 de afanarse en charco
de nombrar la posición del sueño
de ignorar el carrusel
 sin cálculo

aprovechemos esta vuelta para ver el mar
más allá muy a la izquierda
aprovechemos esta vuelta para ver el mar que se acaricia
a sí mismo y se repite
y del espacio suyo no
se levanta no
se cansa

hablemos de respiración entrecortada

por el callejón del eco llega anfibia la tensión
de la que no vale cuerpo más bien
su rutina

cascada horizontal repetición
todo regresa no hay nada muerto

la niebla del rincón es más allá
es otro allá oleaje inmenso

y ya los puentes caen y las horas se desvisten
y ya los muros ríen y extienden
sus fines

anclemos el cordón
de este gran río en círculo
dejémonos raspar
por el gran pergamino que es
el regreso

y con la ajada ilusión bajamos todos
a conocer el fuego

mientras

la cera encuentra el piso
y se vuelve a derretir.

ESTAS GANAS DE NACER
que no conozco

me hiciste luna
de tu vientre

tu noche se abrió
para presentarme al alba
y que sonrisas amarillas
me cicatrizaran

pero tengo miedo a la luz

soy bestia pequeña

silenciosa

sin rincón en la pradera
busco tus manos
en mi sombra.

AL FONDO DE ESTE PRISMA HORIZONTAL,
la llave que dejé dentro:

de mi padre en mi reflejo
de mi madre en mi depresión

en este ámbar extendido
cuya miel cárcel
me miro roer.

Semana

el sol tose
 el sol grita
 así los días
 mi pecho agujero
 mi pecho río caliente
 pinto sombras ataúd
 bordes preciosos
 pienso en milagros en águilas muertas
 brincan salmones entre mis ojos
 viajo con la ropa mojada
 muelo luz en tazas
 pero a mis buitres les duele la garganta
 y yo sólo existo
 para descubrir jardines
 vete mi cielo muro de concreto
 vengan mis nubes conchas de mar

Dadme la llave de los sueños cerrados.

VICENTE HUIDOBRO

DESDE EL IMPERIO ALBINO DE OTRO SUEÑO, verás: el tiempo se detiene en los insectos. No vas por las cloacas levantando todo lo que has tirado. Recorres, más bien sin defensa, los bordes de una canción un tanto mal doblada. Quién: dentro de ti quién lleva la lámpara. Te basta con hallar sólo una caña, una: algo de serpiente en un anzuelo, que te atravesase como noche en vela, que te aleje de la orilla, que te aleje, te repites. Es verdad que la memoria es masa de oro antiguo. Sí: poco apreciado. Sí: tentación de vidriera. Queda valerse de la óptica para alterar la nitidez de los incendios por venir; del niño, del herido, de

todo lo que aún duerme bajo el puente. Pero esto no se trata de un problema de mirada. Es acaso un estado del vapor: descenso y alimentación; bocado de un adentro que de ningún otro modo se descubre. Cacareo benigno; preguntas, tal vez. El retrogusto pierde sus espinas cuando el amague de infancia es a puerta abierta. Sin enmendaduras. Sin conversiones de signo. Tan limpio como el galope de un caballo convertido en cometa, que sabe que no podrá volver y por eso va siempre repleto de algo.

Jardín encarnado

/

Ahora que el camino está fresco y la gente en sus ventanas, decoras de saludos las piedras, porque se te dio la noche para que amanezcas con calma. De esta sana mezcla de cuerpo y equivocación surge otra custodia del aire, otro estupor del bazar del tiempo; otro misterio entrecomillado, incipiente asfixia que recrea la altura, el pulmón del mar. Éste es el rincón donde bañas tu sombra; el flautín de tu limpieza, de tu matemática espontánea. Y te aplauden, entonces, entre montes de sal y otras verdades; te aplauden los sapos en fila eterna y las garzas chapotean, y los lirios cauterizan tus pasos a medida que te incendias.

//

El hilo se acaba, con justicia, ante una cortina que no habías planeado. Como un gran *pero* blanco en un túnel, la espalda sudorosa de la bestia del destino te muestra las venas correctas. Sangre: música de otra escuela. Y al poco descuido llegan suaves monos convertidos en ángeles a mostrarte su colección de puertas, que más bien son semillas cuarteadas

de ritos por cumplir. A dónde vas si te hacen falta frutos nuevos; los frutos de un árbol que te dedique su estornudo. A dónde vas, a quién le preguntas. Y ya en tu entrega a este mundo, entiendes, y, naturalmente, gritas, y sólo entonces tu araña luminosa te escucha y baja del desapego; te escucha y te reconoce en el recipiente extraño de tu voz.

///

Tras alfombras más tibias y espejos menos profundos, las sumas, de a poco, pierden su rugosidad. Más a punto para rescatar las décadas, una ola tras otra pule el horizonte común de tus maravillosos accidentes, y el horror de las campanas se hace frágil ante la certeza de estas curvas nuevas. Cuántos crímenes ha visto el agua, pero ahora inicia para poner fin al sable, a su teoría avinagrada. Ya sin cinturón, finalmente, no sabes nada, y bendices el barco entero y sueñas el regazo de la isla inmediata. Escuchas las uñas del murmullo que antes parecía ajeno, y las dejas acercarse a tu cuello y las dejas anclarse a las llaves que sentías tan lejos, en la costumbre de tu glorieta anterior. Tres escalones más de tiempo, y así llegas. Llegas al vientre del nudo, al pecho de un bosque que cede como nuez. Allí te esperan dos soles: dos: dos tigres que juegan a quitarse el rostro. Ante la mirada paciente de la madre laguna que te sueña, te reciben en cama las flores de loto. Ahora te llamas sendero, ahora te sabes en boca, en ceremonia en flor. Caída a caída, cediste a los imanes. Y ya con todas las jaulas abiertas, ahora cabes en cualquier nube.





CUENTO

Nota introductoria

Escribimos para interrogar la realidad, para apropiarnos del mundo. Acudimos a la ficción para tratar de entendernos mejor a nosotros y a los otros, para no tener una mirada obtusa, un pensamiento sesgado. Para jugar a ser otros y darle esa oportunidad al lector.

El cuento lo mismo permite echar un vistazo que mirar a detalle un espacio o un personaje, todo depende de su extensión, que no afecta la profundidad de sus temáticas. Un cuento se amuebla con palabras. Sujetos y verbos se colocan en la mejor disposición según el espacio, que también se decora, se engalana, con adjetivos exactos. Un buen cuento narra una historia breve, pero abisal. Eso es lo que ocurre en estos relatos, en los que sus autores pulieron el lenguaje y el imaginario de un género con una tradición de gran peso.

Bruno Mureddu nos lleva de la mano, guiados casi únicamente por la voz del narrador, al interior ardiente de una mina donde la oscuridad se alimenta de los sobrevivientes y sus esperanzas.

Carlos Erasmo Rodríguez Ramos nos transporta a un pasado remoto en el que la valentía se medía con fuerza y armas de fuego, donde el respeto obedecía al coraje, lo mismo si éste surgía de la prepotencia que del valor.

Mariana Riestra retrató la cotidianidad de una comunidad sumida en la miseria y la violencia, cuyos habitantes están a expensas tanto de las inclemencias de la naturaleza como del crimen organizado.

La parodia es la herramienta principal de Adolfo Ulises León López para hablar del llamado “mundillo literario” nacional: premios arreglados, plagios, nepotismo y el contexto jurídico enmarcan, asimismo, otra historia igual de terrible.

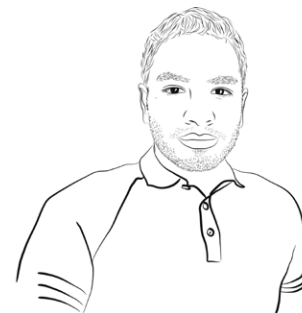
En dos narraciones, Juan David Laserna Botero profundiza en la soledad, la alienación, el duelo y, particularmente, la sensación de extrañamiento y desarraigo.

Ana Luisa Mata Huerta desentraña una tremenda historia familiar envuelta en la enfermedad y la culpa, en las ganas de venganza y el dolor.

En tres historias brevísimas y bellas, María Álvarez Malvido indaga con precisión en el olvido, el pasado, la vejez y sus accidentes.

Estas diez historias cortas hacen lo que toda buena historia: ser un destello en medio de la oscuridad; iluminan durante unos segundos un escenario particular y sus personajes específicos para mostrarnos postales donde lo no dicho, eso que subyace entre la simbología y los tropos, lo que apenas se puede atisbar, es la raíz de mundos mucho más vastos que el nuestro.

LOLA ANCIRA



Bruno Mureddu

(Ciudad de México, 1998)

Editor. Forma parte de la coordinación de Artes Ediciones, perteneciente a la Facultad de Artes de la Universidad Autónoma de Querétaro (UAQ). Es licenciado en Estudios Literarios por la UAQ. Ha colaborado en la revista *Enchiridion*. El primer relato que se atrevió a publicar desapareció junto con la página de internet de la Gaceta de la Facultad de Lenguas y Letras de la UAQ.



El carburero

El elevador ascendía como un disparo. Silverio se arrimó al pozo con las manos bien pegadas a los muros de la mina. Estiró el cuello y tiró la mirada para verificar que el ascensor se aproximaba. Cuando el rumor metálico hizo vibrar las rocas, el hombre saltó hacia las cuerdas; sin embargo, la jaula no se detuvo. Un torbellino de sogas y fierros se zarandó contra la garganta del pozo de extracción. En un instante, la carne machacada con trozos de manta ensució los hastiales.

Don Justo estaba sentado a unos cuatro metros, encendiendo la lámpara de carburo. En el momento exacto que la luz dio los primeros brotes, Silverio se arrojó hacia el hoyo por donde, en días normales, subían los mineros y la plata. Cuando sucedió todo, le fue imposible a don Justo contener el sollozo, su quejido se fue dando tumbos junto con el elevador.

—¿Qué fue? —preguntó el Tuerto, moviendo la cabeza hacia varias direcciones, tratando de enfocar el origen de la sangre.

—Se aventó —don Justo respondió en automático, luego se mordió la lengua al pensar que el chico no podría soportarlo.

En un suspiro, la información penetró el vendaje en la cabeza del Tuerto. El chico se quedó inmóvil, de espaldas al elevador; luego buscó la mirada de su compañero. Don Justo apartó la vista y se entretuvo regulando la válvula del carburero. Después, escuchó el palmeteo de los huaraches del chico, quien se internaba un poco en la caverna.

—¡Quedó en que aquí se iba a detener la jaula! —se escandalizó el Tuerto mientras se rascaba la maraña de pelo y gasa.

—Se va a detener —aseguró don Justo al tiempo que se trataba de arrancar la salpicadura de los brazos, del rostro y de su uniforme de manta blanca.

—¿Alguien subía?

—No. No alcancé a ver. No vi a nadie —dudó.

—Como la vez pasada —recriminó el chico y metió los dedos entre la venda para removerse el cabello—. Ya nos jodieron, don.

—Nos van a sacar, Bernardo.

—No es cierto.

—¿Qué somos? —de pronto, un sabor metálico se superpuso a la náusea que aquella escena le había provocado. El hombre inspiró y permitió que fluyera su coraje—. Mineros, hijo. Aguanta.

El muchacho calló y el temblor de la conversación se disipó entre los ecos del túnel. El silencio debió de recordarle al Tuerto que las entrañas de la tierra estaban dominadas por el frío, pues regresó a sentarse junto a su compañero y extendió las palmas para que la llama del candil se las calentara. Por su parte, don Justo se abrazó las piernas, respiró el calor de la luminosidad y gimoteó.

Horas antes, parte de su grupo de mineros había descendido al nivel 525 para comenzar a picotear la roca; Silverio, don Justo y el Tuerto bajarían después debido a que el elevador no estaba acondicionado para llevar a más de cinco personas. Los grupos siempre tenían que dividirse para bajar a los mineros nivel por nivel hasta llegar a la galería deseada. Luego de unos minutos de espera, los tres vieron la jaula subir y bajar a toda velocidad, sin detenerse en el nivel 365. Durante la confusión, los mineros notaron la humareda que trepaba por el pozo de extracción. Silverio, el más viejo, les indicó que pronto sonarían las campanas de alarma y les ordenó que permanecieran juntos en aquella galería, lejos del incendio y cerca del único camino que los sacaría a la superficie.

En repetidas ocasiones, el ascensor se desplomó y subió a toda velocidad sin detenerse frente a ellos. Cuando el

Tuerto había sugerido buscar la legendaria escalera que supuestamente usaban los sotamineros para desplazarse entre niveles, Silverio le sacudió la venda de un golpe, luego buscó en la penumbra el rostro de don Justo y subió el mentón. En consecuencia, el hombre se apuró a mencionar que era un invento todo aquello de la escalera, al igual que el mito de que los ojos de los mineros se prendían como candiles por culpa del gas acetileno, y agitó un poco el carburero para enfatizar la seguridad del artefacto. El muchacho trató de replicar, pero Silverio aplaudió a pocos centímetros de su cara, le dijo que debían esperar a que Agustín los subiera, se acomodó la camisa de manga y finalizó asegurando que nadie podía hacer socavones bajo los pies del gerente de la mina. El chico se fue a sentar lejos de la luz, cruzó los brazos y observó el ir y venir de la jaula.

Pasadas unas cuantas horas, Silverio comenzó a mascullar que allí se iba a detener, que los tenían que sacar. Luego, su comportamiento fue empeorando: daba puñetazos a las paredes y se acercaba al pozo de vez en cuando para gritar groserías que resonaban en el túnel. Así se mantuvo, gruñendo, hasta que la luz parpadeó, moribunda. Entonces don Justo tuvo que usar la última roca de carburo de calcio, a la vez que Silverio se suicidaba.



—Vacía, otra vez —susurró don Justo cuando el elevador volvió a pasar tronando desesperadamente su metal.

—¿Pa qué se aventó?

—De seguro la penumbra se le metió por las narices y le cosquilleó los sesos —respondió el hombre al tiempo que se frotaba el llanto con los puños—. Otra vez nadie subió.

—Pinche calesero, no nos va a sacar —el joven se puso de pie.

—Agustín está maniobrando como puede —de tanta fricción, sintió las lágrimas caldeadas, como si el mechero las hubiera contagiado de su calor.

—El bote siempre pasa bien endemoniado —reprochó—. Y ni siquiera sonaron las campanas para advertirnos del fuego.

—Están ayudando a los demás —dijo el minero, con los ojos congestionados.

—Ya nos jodieron —protestó el chico mientras daba vueltas en su lugar—. Nos jodimos, señor.

—No —repuso—. Nos van a sacar.

—En las arrugas de su boca se le veía lo demente —murmuró el Tuerto al tiempo que se retorció las manos—. No debimos hacerle caso al pendejo de Silverio.

—¡Ten respeto! —don Justo se levantó, aún con el ardor en los ojos.

—Señor, debemos ir al tiro de Sacramento.

—Que no existe esa escalera mágica, Bernardo —musitó—. Tenemos que esperar.

—¿Pa que se nos meta el humo? —se escandalizó—. Esa jaula ha de ir con un cabrón nomás, por los tiliches, no por nosotros.

—Agustín y los sotamineros deben estar revisando cada nivel —vaciló—. Somos mineros.

—Ésos ya se pelaron a las cantinas, pa celebrar que la libaron —dijo el Tuerto mordiéndose la uña del pulgar.

—Son nuestros compañeros —dijo don Justo y sus dedos despeinaron su ceja derecha tratando de no llegar a las pestañas.

—Si usted quiere, quédese.

Don Justo se aferró a la camisa del Tuerto antes de que éste se diera la vuelta.

—¿Pa dónde vas?

—Aquí ya está apestando a vísceras, don Justo. Voy a buscar la escalera que lleva al 207 y de ahí a la entrada del tiro de Sacramento.

—La magia no existe, ninguna escalerilla va a aparecer, pero sí lo van a hacer nuestros compañeros en esa jaula —y señaló hacia el pozo—. Quedémonos sólo un rato más —resopló y soltó a su compañero.

—Si no nos movemos, la humareda nos va a chupar los pulmones, o peor, la cabeza.



Un silbido, y el bote se desplomó nuevamente. Su caída sacudió la llamita de la lámpara; parecía que la negrura se solidificaba cada vez más, confundándose con los muros de roca y amenazando al resplandor que cobijaba a los dos mineros.

—Le estoy diciendo que aquí no se va a detener —insistió el Tuerto—. Llegó al fondo por la plata que lograron escarbar en la noche.

—Pero no baja ningún sotaminero— repuso don Justo.

—No lo hemos visto —explicó Bernardo—. Y no lo veremos, por lo rápido que cae la jaula.

Don Justo se rascó el bigote, aquel pelambre que le había empezado a brotar a los 19 años y que ahora iba perdiendo su color negro, después de tantas jornadas cincelandó las tripas de la tierra.

—Presiento que sí saldremos, hay que esperar un poco más.

Su compañero resopló y se recargó contra la irregularidad de la pared. Desenredó la venda de su cabeza, se retiró el parche y luego se masajó el párpado izquierdo. Don Justo lo observó tallándose el ojo y recordó la tarde en que el chico recibió su apodo. El gerente de la mina siempre hizo cumplir

la ley con la rigurosidad propia de un cacique, y la edad del Tuerto no era suficiente para justificar que intentara llevarse dos piedrecillas con plata. Aquel día, el sol atizaba la tierra y Agustín subía a Bernardo por el brocal de la mina El Estrecho. El castillete crujió una vez que la jaula se niveló con el exterior. El joven salió del elevador con la cabeza agachada, esperando pasar inadvertido. Por su parte, Agustín hizo funcionar el carrete de nuevo para sacar a más mineros que terminaban su jornada. Don Justo subió de la noche al día en el preciso instante en que dos guardias detenían al muchacho. De un manotazo le arrebataron las herramientas. El más alto le extrajo el aire con los puños y lo esculcó para sacarle la plata. El chico intentó rugirle a la tierra, pero únicamente consiguió que le reventaran la boca. Con los labios evaporados, Bernardo eligió que lo marcaran en el rostro. Esa escena reavivó la memoria de don Justo: eran sus primeras semanas en la mina, la época en que soñaba con hacerse de una fortuna al mismo tiempo que sufría de impulsos juveniles. Solamente una vez se convenció de meter en su ropa interior una pizca de minerales; no obstante, la mañana en la que realizaría su plan llegó al yacimiento y se encontró a un tuerto, a un cojo y a un manco. Se distrajo con la imagen de sus compañeros mutilados cuando escuchó un golpe blando, certero, un movimiento que él ya había perfeccionado en los pasillos de roca. Aquella tarde se renombró a Bernardo; el polvo transmutó en piedra ahí donde cayó su sangre.



—¿Qué no le urge irse? —escupió el Tuerto.

Don Justo se atragantó con su ronquido. Se talló la cara, intentando despejarse el sueño con los callos. Le quemaban los ojos y entonces pensó que tal vez se los había chamuscado

cuando encendió la lámpara y Silverio se tiró por el pozo de extracción. Se incorporó con los párpados entreabiertos, quiso adivinar el rostro del chico y, a pesar de que la luz todavía seguía con vida, su intensidad había disminuido y parecía que los muros y la penumbra absorbían los destellos. Así que el hombre abrió un poco más la válvula, haciendo que la luz se intensificara; no obstante, su vista continuaba nublada.

—Me están esperando —le confesó el joven a la oscuridad—. Estoy seguro de que mi mamá ya está en la casa —exhaló—. Debe estarle preguntando a mis hermanos si ya llegué... —las últimas palabras se le rompieron en los dientes.

—Yo le dije a mi vieja que regresaba antes de que clareara el cielo —acompañó a Bernardo todavía adormilado y sus voces se impregnaron en las tinieblas. Aun con su ceguera parcial, el hombre carraspeó para refinar el eco y guardar la calma—. No le gusta que venga de madrugada. Bueno, no le gusta que trabaje aquí. Pero es lo que sé hacer y, bien que mal, nos dejó pa sacar adelante a mis muchachas.

—Me imaginaba que tenía puros hombres.

—Fueron dos mujeres —quiso ver el rostro del Tuerto, así que tomó la linterna y la sostuvo cerca. Intentó abrir más los párpados, pero continuaba viendo borroso y, además, sintió los ojos llenos de piedras, así que volvió a entornarlos—. Mi Carito ya me va a hacer abuelo por tercera vez —rio por lo bajo—. A ella le han salido puros niños.

—Yo igual estoy a punto de ser tío —Bernardo aspiró la mucosidad que se le escurría por las fosas—. He tenido unas ganas de aventarle los cinceles al gerente de la mina, pa que le den en la cara y con suerte picarle los ojos, pero mi mamá y mi hermana no van a poder solas. Si me echan de aquí, no van a poder con mi hermano, y menos con el bebé.

—¿Y el papá?

—Se me anda escondiendo en el ojo izquierdo.

Ambos se soltaron a reír, de manera que don Justo sintió nuevamente las lágrimas; entretanto, el hedor a leña los iba arrojando. Las carcajadas se emparentaron y luego unos tos amarga asaltó sus bocas. La garganta de la mina replicó el alboroto, como una canción de cuna que arrulló sus oídos. El Tuerto se recostó en la oscuridad, don Justo también terminó rendido en el suelo y se durmió abrazando al carburero. El escándalo se arrastró por el pozo, diluyéndose con el humo. En la quietud, el gas acetileno se asfixiaba dando sus últimas llamaradas. El último resplandor se derramó del mechero, chorreó por el platillo reflector y se escurrió por el suelo, huyendo de las sombras. Subió por la mejilla del hombre y se acurrucó entre las pestañas humedecidas del minero.



Don Justo despertó con las retinas incendiadas. El túnel se iluminaba allí donde posaba la mirada y, aunque despedía luz con gran potencia, la oscuridad se enmarcaba a las orillas de su vista. Pestañeó. Sus cuencas vertían incandescencia. Ahogó un grito y refregó su cara. Tardó unos instantes en darse cuenta de que el prodigio de la luz en sus ojos le calentaba las mejillas, tanto como lo hacían las velitas que usaba en las procesiones navideñas. Entonces notó que el incendio no los había alcanzado.

Alumbró el cuerpo recostado de Bernardo. El chico se había retorcido nuevamente el vendaje alrededor de la cabeza. La tela se disimulaba entre mechones de cabello negro y los residuos de roca y sudor. Don Justo colocó la palma frente a su boca y su nariz. Respiraba. No se movió y el pulso repicó en sus oídos. Entonces, el hombre se impulsó con los brazos hasta que consiguió ponerse de pie. La fuerza se le escurría por los lagrimales.

—Vámonos, Bernardo —se acuclilló y apresuró a su camarada dándole un empujón con la mano.

—No, la escalera es un invento —respondió éste con la dicción pegajosa a causa del sueño.

—Deberías voltear —dijo con los labios tiritándole por la fascinación de ver en la oscuridad.

—¡El incendio! —dijo un salto—. ¡Señor, sus ojos!

—Tranquilo, tranquilo —lo tomó por los hombros y apretó las pestañas—. No pasa nada.

—Ay, no —se lamentó forcejeando en la oscuridad con don Justo—. Ya se me metió el humo.

—¿No te das cuenta, muchacho? —preguntó y entreabrió el ojo derecho.

—¿Que ya enloquecí, como Silverio?

—No, no —volvió a cerrar la fuente de luz—. Es la maravilla de la que tanto hablabas.

—Yo me refería a una escalera —refunfuñó—. No a unos ojos de lámpara.

—En todo el tiempo que llevo bajo tierra, nunca me topé un pique que no fuera de ventilación, y menos que tuviera una escalera para conectar las galerías con la superficie —habló haciendo uso de su tono solemne—. Tampoco, en todo el tiempo que he pasado fuera o dentro de la mina, he iluminado con la mirada —el ritmo de su respiración se coordinó con la del muchacho—. Jamás presencié algo similar.

—Ni yo —murmuró el Tuerto—. Es espantoso.

—Es nuestra oportunidad, ¿no lo entiendes?

Entornó la mirada. El haz de luz lo hizo recordar la sensación vibrante que le entumecía los dedos cuando martillaba y hacía crujir el suelo junto con sus camaradas. Las lámparas siempre lo observaron trabajar, siempre encendidas por el gas acetileno que ahora tenía dentro de la córnea.

—Tengo fe —continuó don Justo. Giró la cabeza y alumbró

los muros, revelando la sangre de Silverio—. Esta noche presenciemos la muerte, algo espantoso, aunque también esta maravilla.

—Pero...

—Esto siempre se ha tratado de lo mismo: esfuerzo y fe —le ofreció la mano a Bernardo para ayudarlo a levantarse.

—Es un milagro que hayamos sobrevivido tanto tiempo, es más, es una bendición lo que me acaba de suceder.

—¿Cree que ya se apagó el incendio?

—No sé, pero debemos encontrar la salida.

—¿Y si nos encontramos el fuego?

—Corremos.

—¿Y si nos dormimos?

—De ahora en adelante, nos protegeremos. Si te duermes, te despierto —insistió todavía con la mano abierta—. Afuera nos están esperando.

El Tuerto aceptó la mano que le extendía su compañero, se levantó y se sacudió la tierra del pantalón.

—Lo sigo, don Justo —dijo y el señor abrió sus candiles.

Se internaron en las entrañas del 365. La luz parpadeaba en busca de alguna estructura que los condujera al brocal de la mina y de ahí a sus casas. Caminaron recto, luego doblaron en un recodo no tan pronunciado, después en otro, luego recto, luego una subida, así con los huaraches apretujando sus dedos. En un giro, don Justo sintió cómo el sudor carcomía las heridas de sus pies, así que abandonó su calzado. El frío lamió las ampollas reventadas, aliviando un poco el dolor.

Unos metros más adelante, don Justo puso la mirada en una bolsa que atesoraba seis pastes. Decidieron alimentarse, dos para cada quien. Guardaron los sobrantes, pues planeaban comerlos con una pizca de aire del exterior. Sus paladares recibieron una agradable mezcla de sabores: papas cocidas, cebolla y carne. El olor cavernoso de los minerales abandonó

por unos instantes el lugar para darle paso a aquella fragancia que les recordó a los restaurantes del centro del pueblo.

Pese a lo prometido, los mineros no pudieron continuar. Al igual que su compañero, Bernardo tenía los pies lacerados. El reposo y los estómagos un poco aplacados dieron paso al sopor. Un peso descomunal se les estaba trepando. Entre bostezos, el Tuerto contó el sueño que tuvo unos metros atrás. Soñó que ayudaba a su madre con la preparación de una sopa de verduras, la misma que le llevó a su hermana; su sobrina había nacido la noche anterior. Su hermano menor entraba a la habitación con el bultito acunado, del bracito de su sobrina colgaba una esclava de plata. Don Justo había soñado lo mismo, estaba en su casa preparando la comida a lado de su mujer. La sopa aromatizó y calentó la cocina, el minero la vació en un cuenco. Llevó la calidez al cuarto que un día fue de sus hijas. Ahí, una de ellas aceptó el plato que le ofreció el hombre y sorbió la primera cucharada. En ese momento, la esposa del minero entró con una niña en brazos, una pulsera de plata rodeaba su muñeca regordeta.



Don Justo separó los labios antes que los párpados. Le faltaba el aire. A un lado, el Tuerto respiraba con dificultad; continuaba en la ensoñación. El hombre consiguió traer a la realidad a su camarada con un par de codazos.

—¡Levántate, Berna!

El muchacho fue el primero en ponerse de pie y ayudó a su amigo a enderezarse. Cojeaban de prisa, apoyándose en la rugosidad de las paredes.

—Se avivó —afirmó el chico.

—¿De verdad? —jadeó el otro minero—. Creí que por fin mis pulmones se habían llenado de rocas.

—Pero que traigan plata, don Justo.

—Aquí son capaces de abrimme para sacar todo el metal.

Bernardo se golpeó con los tubos incrustados en la roca. Se lastimó la mano y el ojo sano, pero eso no lo detuvo para gritar de felicidad.

—¡Está aquí! —festejó—, ¡regrese, don Justo!

—¡Súbete! —le pidió éste—, ya voy.

—No, usted primero.

—Chamaco, ya casi llega el humo.

No obstante, el joven esperó a que su colega alcanzara el peldaño. Cuando los pies ennegrecidos se perdieron en la oscuridad del socavón, el Tuerto comenzó el ascenso. Subieron como si sus palmas estuvieran recubiertas con los guantes que siempre les prometieron o como si trajeran un calzado resistente, adecuado. Llegaron a la siguiente galería, a la 305, pero la escalera no se terminaba.

—Ésta es la escalera.

—Entonces sígale, don.

Escalaron un tramo más, con el siseo de las llamas chirreando en el fondo. El cuello que los llevaría a la salida comenzó a soltar algunas rocas. La gravilla repicó en los tubos de la escalera que ascendía hacia la superficie. Don Justo notó un repentino silencio, apretó los barrotes y bajó la mirada de luz. Una de las gotas de su sudor estalló en la cabeza de su compañero.

—¿Cómo vas?

—Ya me entumí.

La transpiración de sus manos había afilado los bordes de las piedrecillas aprisionadas entre el metal y sus dedos.

—No veo la lumbre, pero apúrale.

—Me arden las manos.

—Síguele, ya casi llegamos.

—Tengo hambre. Se nos olvidó el itacate.

Semejante al resoplido de una bestia, un nuevo chasquido se alzó chocando contra los muros que algún sotaminero había excavado a escondidas, con mucha suerte de que no se le viniera todo el monte encima.

—Ándale, ya estamos a nada.

Con las manos rasgadas, llegaron hasta la galería del nivel que se encontraba a los 207 metros.

—¿No nos podemos detener aquí?

—Muchacho, ¿no sientes el calor? —tosió el minero—. Si esperamos, en un rato se nos va a pegar la piel a los barrotes.

El Tuerto miró por fin hacia abajo. Un lunar rojizo los acechaba. Su presencia lo hizo tambalear.

—Estoy mareado.

—Nos paramos, entonces.

—No, usted tiene razón —jadeó—, nos esperan.

Avanzaron hasta llegar al nivel 142 y a don Justo no se le quitaba la sensación de estar escalando por una chimenea. Tenía los músculos adormecidos y dejaba los barrotes ensangrentados a su paso. Lo consolaba imaginar que, al llegar a su casa, su esposa le curaría las magulladuras y lo alimentaría con una sopa caliente. Estaba acostumbrado a llevar su cuerpo al límite. Por exigencias del dueño, en muchas ocasiones tuvo que doblar turno para extraer más plata; temía que las palmas jóvenes de Bernardo perdieran vigor en cualquier momento.

El chico resbaló. Su caída estremeció la escalera y su grito se heredó al de su compañero. Don Justo miró hacia abajo, pero la neblina ya mordisqueaba la luz que salía de sus ojos. Inquieto, don Justo bajó un pie, pero no lo pudo colocar en ningún tubo, como si de pronto el milagro se comenzara a esfumar. Sollozó.

Contuvo el aire, cerró los ojos y el fulgor de su nieta vino a él; sus ojos, su cabello, sus mejillas. Exhaló y volvió a subir.

Ya en la cúspide, el rastro de la humareda alcanzó a picarle la nariz. El imperio de la luz ocular se contaminó con las cenizas de lo incendiado. Don Justo no pudo evitar respirar aquellas partículas carbonizadas. Se arrastró hasta salir completamente de la chimenea. Contuvo el aire filoso dentro de sus pulmones, se levantó apoyándose en el hastial y se encaminó hacia la salida todavía recargándose en el muro. A unos cuantos pasos, la luminosidad de sus ojos, a pesar de estar manchada de penumbra, describió el camino que llevaba a una rendija por donde se colaba el sol; se trataba del tiro de Sacramento. Entonces corrió con el llanto atorado en la garganta, con las ganas de olvidarse del ardor en sus pies. Pensó en llegar a rastras hasta su casa.

A un par de metros del pequeño agujero que lo sacaría al amanecer, de pronto, el sol se apagó. Don Justo disminuyó el ritmo, miró a un lado y a otro. No encontró la salida. Adelantó sus manos para revisar el muro. Su visión ya era intermitente; aun así, alumbró las maderas y las piedras que obstruían el túnel. Habían cerrado la salida. Escuchó el bramido del incendio, volteó y una nube negra apagó sus ojos. Con la poca fuerza que le quedaba, aventó su cuerpo contra la madera, las piedras y todo lo que se interponía. Arañó, pero la levedad de la fumarada cosquilleó su tráquea antes del último estertor.



Abrió los párpados y clareó el cielo.

—Éste es el más completo —decían.

—Parece que se le secaron los ojos.

Quiso mirar a las personas que lo estaban moviendo, pero sólo veía las nubes.

—¿No fue el último que entró? —preguntó el gerente.

—¿Agustín? —preguntó el sotaminero.

—Pues lo encontramos ahí, luego luego.

—Se parecen —determinó el gerente—. Sí, a éste. Échenle el *flash* —ordenó.

Don Justo quiso decirles que lo llevaran al hospital, que lo estaban esperando. Entonces, el reportero le tomó la fotografía y el cielo se apagó.



Carlos Erasmo Rodríguez Ramos

(Ciudad de México, 1993)

Abogado consultor e intento frustrado de escritor. Es licenciado en Derecho por la Facultad de Derecho de la UNAM. Actualmente se empeña en terminar su tesis para egresar de la maestría en Ciencia Política de El Colegio de México.



El primero de McAllister

¿McAllister? Bueno. La gente siempre habla. Ya sabes. Donde el Altísimo tenga a bien dar cerveza a su rebaño, siempre habrá alguien contando ese tipo de historias. Que si este sujeto dispara dos carabinas a la vez, que si este otro mató a 20 indios él solo, que si aquél cruzó el desierto en una cabalgata. Seguro dirán que hay alguien que traga plomo y caga balas. Lo peor es que nunca se ponen de acuerdo. Un día fue McAllister, al otro Lorentz, luego Wilcox, Dalton. Tú ponle el nombre.

Había oído que McAllister puede ponerse en pie sobre la silla mientras su caballo corre a todo galope y hacer un tiro perfecto, pero ¿matar a tres hombres de un disparo con el rebote de la bala? Sólo un imbécil creería eso, incluso tratándose de McAllister, un tipo de cuidado.

Se dicen muchas cosas. Te apuesto una ronda a que ni la mitad de ellas son ciertas. Por supuesto, siempre juran haberlo visto con sus propios ojos. Gente que quiere llamar la atención. Te engañaron. Eso es lo que pasa. Bueno. Si te gustan ese tipo de historias, hoy estás de suerte. Tal vez no sea tan asombrosa como las otras, con hazañas como las que publican en los periódicos, pero ésta pasó de verdad. Te doy mi palabra.

Yo conocí a los McAllister hace bastante tiempo, antes de que empezaran a circular las historias. Buenas gentes. Incluso conocí a Arthur antes de que lo llamaran “Colorado”. Para nosotros, no era más que Artie. Créeme cuando te digo que tuvo una buena infancia. Nada del padre borracho que lo golpeaba como a un perro. Para nada. El viejo McAllister no tuvo nada que ver. No era el hombre más simpático del mundo, de eso no hay duda, pero cuidaba a su familia y le gustaba el trabajo. Era como una vieja mula que, llevando el arado, siempre marchaba derecho. Él no tuvo nada que ver. “Colorado” McAllister se debe en realidad a Buck Johnson. El pobre

Henry no merecía acabar así. Era buen chico, fuerte como un toro o un caballo, que se ganó el respeto de la gente como se gana en esta región: trabajando.

Escucha. Mi viejo y yo teníamos una pequeña tienda que surtíamos en Nueva Orleans. Buen negocio, sobre todo si vives en un montón de casas entre polvo en algún lugar de Texas. Fue a nuestro pueblo a donde llegó Tobias McAllister desde Irlanda, unos años después de la hambruna en su país. Una cosa relacionada con las papas. Esos imbéciles pelirrojos sólo comen papas y no beben otra cosa que no sea whisky.

El buen Tobias no venía solo. Lo acompañaba su mujer, Susie, y Henry, su hijo mayor. Al principio, los patriotas estúpidos veían con recelo sus cabezas pelirrojas. Muchos irlandeses tomaron las armas por México en la última guerra, y eso no es algo fácil de olvidar. La mayoría de nosotros no éramos tan tontos. Muchos de nuestros padres y abuelos recordaban con nostalgia la vieja Europa. Así que, como eran trabajadores y honestos con todo lo relacionado con su pequeña granja, los dejamos ser. Incluso los dejamos hacer sus viajes dominicales a uno de esos pueblos mexicanos que se amontonan junto a las iglesias. El Señor sabe que en México e Irlanda sus servidores son católicos, y en tierra de nadie, uno no quiere hacerse enemigos por eso. Ya bastante teníamos con los indios. Ellos ni siquiera conocen a Cristo.

Un año después de su llegada, nació Arthur. No. Su nacimiento no estuvo anunciado por nubes negras que oscurecieran el día ni por relámpagos incendiando los techos de los establos. Ni siquiera nos hubiéramos enterado de que nació si no hubieran partido a bautizarlo. Los McAllister eran gente reservada y nadie de nosotros llegó a estrechar lazos con ellos.

Arthur no era, como seguramente has escuchado, un bebé que repartía plomo mientras succionaba la teta de su madre.

Fue un niño normal, o por lo menos lo fue hasta que su madre murió. Una fiebre. Al señor McAllister le gustaba decir que murió de nostalgia por los acantilados y las praderas verdes, que un corazón como el de su esposa no podía soportar la desolación de estas tierras. Después de su fallecimiento, padre e hijos partieron de nuevo. Los católicos no hacen cualquier hoyo en la tierra para meter a los suyos, los entierran junto a las iglesias, en tierra del camposanto.

Fue entonces cuando las cosas se torcieron. Artie empezó a actuar raro y, aunque su padre decía que había heredado la nostalgia de su madre, muy pronto el pueblo estuvo de acuerdo en que estaba un poco retrasado. Para empezar, su apariencia daba mucho de qué hablar. Vestía overoles de mezclilla, camisa y botas que siempre le iban grandes, heredadas, por supuesto, de su hermano Henry. Como su cabello rojo y lacio escapaba del sombrero de paja que solía llevar, no faltó quien lo comparara con un espantapájaros. Además, tenía esta separación entre los dos dientes delanteros que lo hacía ver un poco estúpido. Con esa apariencia, hubiera bastado para saber que era un imbécil. Como bien dicen, un loco es mitad su apariencia y mitad sus locuras. Artie no se quedaba corto en ninguna.

Imagínate. Cuando su padre lo enviaba a la tienda, se quedaba viendo cada producto. El chico podía pasarse horas haciendo eso si no le preguntabas qué buscaba. Dios. Varias veces examiné los productos para ver que tenían de interesantes, y nada.

Lo mismo hacía con los animales, tenía una fijación extraña con ellos. Una vez lo vi mojar los pantalones de risa mientras veía a un caballo espantar a las moscas con su cola. Cada vez que el maldito caballo azotaba su cola contra las grupas y las moscas se volvían a posar en él, el chico soltaba una carcajada. Y aunque yo nunca lo escuché, hubo quien dijo que

lo oía llorar entre los matorrales cuando su padre mataba a alguna gallina.

También daba largos paseos en el desierto, sobre todo cuando llevaba al rebaño de su padre a pastar las hierbas espinosas que crecen por aquí. Volvía siempre al atardecer, con la piel tan roja como el cabello. Nadie tenía idea de qué hacía. Hubo quien dijo que se reunía con los indios. ¡Ja! Sí, claro. Seguro también se topó con la zarza ardiente.

Quien siempre lo ayudaba a recuperar los animales desperdigados era el pobre Henry. Su hermano fue, desde que murió su madre, más que su único amigo, su único contacto con el mundo. Artie no hablaba con nadie que no fuera él. Si quería decir algo, jalaba de la camisa a Henry, le susurraba algo al oído y su hermano lo decía por él. Todos pensaron que, aparte de retrasado, el chico era tartamudo. Henry debía de querer mucho a su hermano para prestarse a esas tonterías. Todos creíamos que el chico no duraría mucho en estas tierras.

Por todo esto, te imaginarás que fue una sorpresa encontrármelo en el bar aquella noche. Mi viejo había hecho un buen negocio en la ciudad o algo así y estaba tan de buen humor que me dio un par de billetes y la tarde libre. Cuando te sobra tiempo y dinero, sólo hay un lugar a donde ir.

Uno se sorprende de los agujeros que frecuentaba, pero bueno, éste tenía su encanto. Todos los hombres del pueblo iban mientras sus esposas esperaban en casa. No creas que por ello faltaba la compañía femenina. En las camas de las chicas del bar, muchos dejaron de ser niños, y no los culpo. Las chicas y el bar estaban tan limpios como se podía pedir. Lo único malo era el whisky. No me quejo, en medio de la nada era tan bueno como cualquier otro. Como la electricidad tardaría unos años más en llegar, el lugar estaba iluminado por lámparas de aceite que hacían brillar las botellas del mostrador y de las mesas.

Artie estaba sentado en la barra y mis amigos y yo ocupábamos una mesa cercana. Según me dijeron, el espantapájaros llevaba horas ahí. Con señas pedía un trago, lo pagaba y se quedaba mirando el vaso varios minutos, como si dudara preguntarle algo. Ésa era otra cosa buena del lugar. Dando y dando. Nada de mierdas de inflar la cuenta de un borracho descuidado. Para nada. Te decía. Luego de mirar el vaso como imbécil, se lo tomaba de golpe y pedía otro. Por su tambaleo en el banco, supe que ya había repetido varias veces. Parecía como si una brisa suave moviera al espantapájaros. Artie debía estar que se caía de briago, y no lo culpo. Habían sido días difíciles para él.

Un par de semanas atrás, durante uno de sus paseos por el desierto, uno de los animales de su padre había entrado a las tierras de Johnson, una de las celebridades del pueblo. Buck Johnson tenía fama de haber sido pistolero en su juventud y, pese a la barriga, la barba descuidada, los pocos dientes y las canas que se empezaban a asomar, seguía siendo tan fuerte como malhumorado. Nadie quería tener nada que ver con él.

Henry fue a recuperar a la bestia y, bueno, la cosa no salió muy bien. Johnson creía, o por lo menos eso dijo, que lo estaba llamando ladrón. Supongo que le resultó fácil negar todo e intimidar al chico para quedarse con el animal. Entonces, a Henry le dio por hacerse el valiente. Un error común por aquí. El animal no regresó a la granja del viejo Tobías, y tres balas se alojaron en el estómago del muchacho. Unas explicaciones confusas al *sheriff*, sobre una riña que acabó mal, y la cosa quedó como si nada. Era más fácil tragarse esa historia que enfrentar a Buck.

Si al viejo Tobías le molestó aquello, no se notaba para nada. Seguía trabajando, y pareció que si alguna vez extrañó a Henry, fue por el par de manos que le faltaban en la granja. En cuanto a Artie, sus paseos cambiaron un poco. Ahora

vagaba por el pueblo, sobre todo cerca de la casa de Johnson. A pesar de eso, ésta era la primera vez que veíamos a un McAllister seguir los impulsos de la sangre irlandesa.

Desde que llegué, el chico había estado callado. De la nada, levantó su cara enrojecida por el whisky y se dirigió a Noah, el cantinero. Quienes estábamos cerca nos sorprendimos al oírlo hablar bien, con las palabras claras y pausadas de una lengua que no había sido entorpecida por el alcohol.

—¿Conoces a Buck Johnson?

Noah también debió de sorprenderse, pero lo ignoró y siguió sirviendo bebidas a lo largo de la barra. Todos saben que un viejo truco del oficio es ignorar a los que andan buscando problemas. Artie no le quitó la vista ni un momento, y cuando lo tuvo cerca de nuevo dijo:

—Sírveme.

La sordera de Noah se alivió. Tomó la botella y llenó el vaso. El chico soltó una risita.

—Escuchas, ¿eh? Pregunté si conoces a Buck Johnson.

Antes de que Noah pudiera aplicar su vieja táctica, Artie lo tomó del cuello de la camisa y puso su cara frente a la suya. Con el movimiento, los vasos cayeron al suelo. El ruido hizo que las conversaciones cesaran y que todas las miradas fueran a la barra. El silencio era tal que todos escuchamos el susurro.

—¿Conoces a Buck Johnson?

Noah se puso pálido, pero al instante recordó lo estúpido que era dejarse intimidar por alguien como Artie. Puso los codos en la barra y sonrió, como pensando en la golpiza que le esperaba a un niño malcriado.

—Sí, ¿y qué?

Todos pensamos que Artie pediría disculpas y se iría a casa con el rabo entre las patas. En lugar de eso, Artie le devolvió la sonrisa. Ya no era su gesto bobalicón de siempre, sino la mueca cruel que llegaría a ser característica de “Colorado”

McAllister. Noah se dio cuenta de que algo andaba mal y quiso retroceder sin que nadie se percatara. Artie lo volvió a acercar a su cara.

—Mató a mi hermano y nadie hizo nada, ¿qué piensas de eso?

Te juro que el cantinero estaba por mojarse los pantalones. Se resistió porque sabía que todos estábamos mirando. Recogiendo los pedazos de su hombría, habló escupiendo en la cara de Artie:

—¿Qué esperabas? ¿Que arriesgáramos el pellejo por esa mierda pelirroja?

Yo sólo alcanzaba a ver el perfil de Artie. Pese a ello, pude ver ese breve destello en su mirada. Un pensamiento extraño me asaltó en ese momento: Noah es hombre muerto. El cantinero estuvo a nada de ser el primero de McAllister. Lo salvó una voz que llegó desde la puerta:

—¿Decías algo de mí, niño?

Buck Johnson estaba de pie en el umbral, con la pistola al cinto y la sonrisa de quien encuentra a un ladrón con las manos en la masa. No sé si fue casualidad o si algún imbécil con ganas de espectáculo le fue con el chisme. Aquello no acabaría bien. Artie se puso pálido y recuperó su aspecto de viejo espantapájaros.

—¿Qué decías de mí, Artie?

Parecía como si ahora una tormenta agitara al espantapájaros. Temblaba de pies a cabeza y movía la boca como si estuviera diciendo varias cosas a la vez. Nunca pareció más retrasado que en ese momento. Pobre Artie. El puñetazo de Buck fue tan fuerte que el viejo pistolero tuvo que sobarse el puño después del impacto. El sombrero de paja cayó al suelo. Para nuestra sorpresa, Artie seguía en pie, babeando. Johnson se acercó de nuevo al chico. Su sonrisa había desaparecido y parecía que lo iba a matar a golpes.

—Se te cayó el sombrero. Recógelo.

—¡Por el amor de Dios, Buck! ¡Déjalo!

Buck volvió la vista en dirección al grito y nadie más habló. A nadie le gustaba ver eso y, aun así, nadie se entrometió. Ninguno moriría por Artie. Eso era seguro. Johnson mostró en una sonrisa los pocos dientes que le quedaban y puso su mano en el hombro de Artie, en un gesto tan amable que parecía que se disculpaba por el golpe.

—Vamos. Recógelo.

Ese cambio de actitud hasta nos hizo pensar que Artie merecía esa lección. El muchacho apenas se había inclinado cuando Buck tomó la cabeza pelirroja entre las manos e impactó su rodilla contra ella. Artie cayó al suelo junto al sombrero, tratando de contener la sangre que salía de su nariz. Johnson lo miró y soltó una carcajada.

—Estos irlandeses. Sírveme, Noah. A su salud, muchachos.

El bar entero rio, liberándose de la tensión de la escena, y las conversaciones se animaron poco a poco. Parecía que aquello había terminado. Quienes conocíamos bien la fama de Buck Johnson no reímos. Sabíamos que tan sólo estaba tomando un respiro. Se puso a beber y a hablar con el cantinero, como si nada hubiera pasado, y unos minutos después, todos se habían olvidado del pequeño Artie. La tormenta había derribado al espantapájaros. Si no fuera por el movimiento casi imperceptible de su respiración, habría pensado que estaba muerto. Sólo era un montón de harapos ensangrentados en el suelo de un bar.

Nunca olvidaré lo que vi en ese momento. Artie alzó la cabeza. La cara bañada en sangre. Tenía esa mirada de hielo de la que tanto se hablaría en los años por venir, la misma que había dedicado a Noah unos minutos atrás. Llevó la mano a uno de sus bolsillos. Yo estaba tan cerca que pude ver que,

al amartillar el arma, el tambor giró para acomodar la bala tras el cañón. En un rápido movimiento, Artie ya estaba de pie, sumergiendo el cañón del revólver en la espesa barba de Buck.

Ustedes en el este piensan que aquí cada maldita partida de póker termina en un tiroteo y que ver sangre y balas es nuestro pan de cada día. Déjame decirte que, el primero de McAllister, también fue el mío. Nunca había visto morir a un hombre. La bala trazó un camino recto desde la barbilla hasta la coronilla. El alma de Johnson se unió al Señor por aquel camino directo, sin rodeos. No es agradable ver eso. Cuando la bala salió, fue como si la cabeza de Buck, por su nuevo agujero, lanzara un escupitajo de sangre, hueso y sesos. Ni siquiera le dio tiempo de cambiar de expresión. Johnson seguía sonriendo por alguna broma de Noah. Quién sabe. Tal vez encontró divertido que Artie le pusiera el cañón en la barbilla. Como dije, un error común por aquí. Bueno. Pues ahí estaba el hombre más temido del pueblo, con una sonrisa caída, los ojos en distintas direcciones y la mitad de sus sesos en el techo y el mostrador. No puedo olvidar esa expresión. Te juro que de vez en cuando veo esa cara en sueños, riéndose, una y otra vez, mientras muestra el agujero que le hizo la bala.

Bien. Entonces McAllister recogió su sombrero y tomó el vaso que Noah acababa de servir al finado Buck. Se lo bebió con calma. Nadie osó interrumpirlo ni detenerlo cuando por fin salió del bar y se perdió en la oscuridad de la noche.

Si me preguntas, Artie lo tenía todo planeado desde que pidió el primer whisky. Tenía dos cosas muy claras: que quería acabar con Buck Johnson y que no lo conseguiría peleando frente a frente. Le fue fácil hacerse el tonto y aguantar los golpes hasta que su rival se descuidara lo suficiente como para meterle una bala. Eso es lo que creo. Astucia y sangre fría, sellos personales de Arthur “Colorado” McAllister.

La mayoría de los presentes no lo volvió a ver. Meses después, el viejo Tobías, que se había convertido a partir de aquella noche en el cliente consentido de Noah, nos contó que lo había echado de casa. Sentado, vaya casualidad, en el mismo banco que había ocupado su hijo, balbuceó un montón de incoherencias sobre lo sagrado de su techo y aquellos que llevan la marca de Caín, el primer asesino.

Yo vi a McAllister una última vez, la mañana después del incidente. La sonrisa de Buck no me dejó dormir, así que apenas se asomó el sol, fui a abrir la tienda. Cuando terminé, me paré afuera para tomar el aire frío de la mañana. Entonces lo vi. Iba sobre el caballo desnutrido de su padre, a paso lento por la calle central del pueblo. Tenía el cuerpo y las ropas de Artie, pero puedo decirte que, desde la noche anterior, ya no era otro que “Colorado” McAllister.

Llámame loco. En ese momento, sentí algo que no he vuelto a sentir en toda mi vida. Sentí que estaba presenciando algo importante. Algo más grande que yo, más grande que McAllister, incluso. Me sentí parte de una historia, aún sin contar, que nos incluía a todos y narraba nuestras tragedias. Supongo que McAllister también lo sintió, porque justo antes de abandonar el pueblo se detuvo unos minutos a observar la salida del sol. Pensé que debía darle algo para su viaje, ya sabes, a modo de despedida o algo así. Tomé unas cosas de la tienda y, cuando iba a llamarlo, vi que McAllister corría a todo galope hacia el desierto.

Me quedé ahí, mirando, mientras el sol se hacía más grande y McAllister se convertía en una pequeña mancha que contrastaba en medio de aquel disco dorado. Poco a poco se fue haciendo pequeño hasta que, con una brisa que barrió el pueblo, se fundió con el sol y el desierto.



Mariana Riestra

(Ciudad Victoria, 1998)

Escritora, traductora y editora. Es licenciada en Lengua y Literaturas Modernas Inglesas por la UNAM. Ha publicado los libros infantiles *¿Qué tiene mi abuelita?* y *¿Qué tiene mi abuelito?* (2020), además de ensayos, reseñas y poemas. Un cuento suyo aparece en el segundo volumen de la antología *Elipsis* (2020). Ha sido becaria de los programas de escritura *Ellipsis*, *Under the Volcano* y el curso de verano de la Fundación para las Letras Mexicanas y la Universidad Veracruzana. Trabajó como editora de *Chilanga*, la subdivisión de género y feminismo de la revista *Chilango*. En 2020 cofundó la Red Universitaria de Mujeres Escritoras, donde actualmente se desempeña como editora y gestora del proyecto. Desde agosto de 2023 forma parte del programa de maestría en Escritura Creativa de la Universidad de Texas, donde coedita *Rio Grande Review Journal*.



Zapatito blanco, zapatito azul

Karina siente un guijarro dentro de su zapato. Se detiene para sacar el pie y dejar la calceta blanca del uniforme expuesta. Se tambalea con una sola de sus piernas, bien plantada en la piedra del río que está por secarse. Hace calor y son apenas cuarto para las ocho. Su hermano la espera impaciente. La mira mientras sacude su zapato y se reincorpora.

El camino es el de siempre. Salieron de casa temprano hacia la primaria, no sin antes servirles arroz y sorgo a las gallinas cacareantes del granero, ése que siempre huele a caca y a humedad. Ambos metieron las manitas en el morral lleno de cosa seca y les llenaron los comederos para acabar más rápido. Se limpiaron el polvo del alimento en la tela lisa de la falda tableada y el pantalón, y agarraron sus mochilas procurando que no se les hiciera tarde.

El río Conchos, que lleva años jugando a quedarse sin agua —salvo por aquella tormenta tropical que, hace algunos años, lo hizo desbordarse y obligó a Karina y Javier a tomar la ruta larga por el libramiento y toparse con los tráileres que echan humo y sus conductores, que lanzan piropos y miradas que le levantan la falda a la niña a la fuerza—, esta mañana se encuentra de nuevo casi completamente seco: su agua se suspendió del suelo al cielo salvo por charquitos y charcotes que, más que refrescar, ensucian. Karina y Javier caminan a su lado, ella ya sin piedritas en el pie.

Sus piernas son mucho más cortas que las de Javier: un paso suyo son casi dos de ella. Lucha por mantenerle el ritmo a su hermano, pero los zapatos le aprietan. Pisa con cautela una de las piedras que se ha alisado bajo los pies de tantos niños. El agua es poca, pero basta para volver el camino resbaloso. Las hojas están pastosas, el musgo llena cada hueco no empedrado y Karina hace su mejor esfuerzo para evitar caer al lodo.

La escuela está lejos del pueblo. Hace unos años, un presidente municipal prometió que construirían una primaria mejor equipada y más cercana a la comunidad. Adquirieron el terreno y comenzaron los planos y la construcción. Y luego, en el tercer día de edificación, mataron al alcalde por andar en malos pasos. Resultó que el dueño de la constructora era primo del presidente municipal y tenía acuerdos con los de la última letra. A los del Cártel del Golfo no les gustó eso. La primaria quedó para siempre en obra negra.

Javier es dos años y 10 meses mayor que Karina. Va siempre tres ciclos escolares por arriba que ella y mamá dice que será el primero de la familia en licenciarse. Los zapatos se los heredó él, así que, en lugar de mocasines, Karina lleva botas. La maestra se la quiso hacer de tos al principio del ciclo escolar, sólo para que Karina le respondiera que no les alcanzaba para comprar otros. La maestra la vio con tristeza, compasión o pena, Karina no supo distinguir entre las tres, pero sintió que su cabeza irradiaba calor y expedía sudor de la vergüenza.

Javier apresura el paso y salen del río hacia la zona pantanosa que lo rodea. Bajo sus andares suena el crujir triste de la maleza, seca por el sol abrasador, pero húmeda por la poca agua que el río le ofrece de vez en cuando. Sin darse cuenta, Karina pisa con fuerza un charco de agua estancada y el charco le salpica las calcetas. Suelta un gritito al aire por el frío y la sorpresa. Su hermano voltea a verla: “Es que yo no sé en qué andas pensando, Kari. No pones atención. Andas como en otro lado”. Ella muerde su mejilla y clava las uñas en las palmas. Su pie helado y la calceta empapada que ahora tiene un tinte café la llenan de sentimiento. Pisa la tierra y escucha y siente el rechinado del agua contra la tela, contra el interior de la bota. Se queda quieta. No sabe cómo seguir andando.

Cuando su mamá le dio las botas de Javier, le pidió que las cuidara mucho. Le dijo que Javier no las había dejado ni

tantito raspadas y que sabía que ella era lumbre para las cosas, que tenía manos de estómago, que era descuidada y, más importante que nada, que esos zapatos eran los únicos que tendría para todo el año escolar. Cómo le iba a decir Karina que las botas no le quedaban, que cada vez que se las ponía tenía que forzar los dedos de su pie por el empeine y la puntera. Cómo le iba a decir que los niños se iban a burlar de ella por machorra. Cómo le iba a decir que las otras niñas llevaban zapatos con moños o flores y lengüetas estilizadas y que ella quería ser como ellas.

Javier la llama. “Ándale”. Le urge que se apure. Karina baja la mirada y ve sus zapatos, uno mojado y otro seco, pero ninguno suyo. Con el agua encharcada dentro de la bota, la presión se siente más. “Ándale”. Karina camina con pasos alargados y forzados. En la tierra ve las huellas ajenas que se crean a su paso: una chiquita, que se borra con el ventarrón que levanta la tierra, y otra pesada, mojada, vergonzosa. “Ándale”. La tierra suena bajo ella.

Llegan a una calle pavimentada y, con el calor del suelo, su pie empieza a sentirse vaporoso mientras las ampollas comienzan a formarse. Siente una naciendo en el juanete, otra bajo el pulgar, otra en donde el talón y la bota se estrujan. Karina trata de concentrarse en cumplir pequeñas metas hasta llegar a la escuela. Llegan a la señal de alto. Bien. Llegan a la tortillería de Chelita. Bien. Llegan a la parroquia. Bien. Llegan a la vulcanizadora baleada y abandonada de don Neto. Ve la primaria cerca.

Las pisadas de las calles son distintas a las del baldío. En el concreto, sus pies se abochornan todavía más. Karina ve los coches pasar, las camionetas llenas de hombres y mujeres que van a trabajar en los campos; ve sus caras, ve el calor y el cansancio, ve la mañana que avanza.

A una cuadra de la primaria, Karina comienza a sentir más miedo. Anda a la espera de los chistes de sus compañeros,

de las preguntas y las miradas fisgonas de las maestras. Las ampollas están cada vez más llenas de agua. En sus plantas, pequeños charcos encapsulados. Sus pies se sienten agigantados y sus piernas andan en automático, robotizadas, ajenas. Pisa. Pisa. El pavimento se siente como arena movediza. Pisa. Pisa. La aglomeración de gente afuera de la escuela es visible desde allí. Pisa. Pisa. Muerde su mejilla y clava las uñas en las palmas. Pisa. Pisa. Siente cómo una de las ampollas se revienta. Se pregunta si habrá sangre. Se pregunta qué tan difícil será sacar la mancha carmín y marrón del blanco, si la tela habrá de percutirse.



Adolfo Ulises León López

(Ciudad de México, 1991)

Licenciado en Derecho por la Facultad de Derecho de la UNAM. Trabajó como abogado en materia aduanera y anteriormente como reportero en el periódico *Reforma*. Ha colaborado en las revistas *Ágora* y *Punto de partida*. En 2007 obtuvo mención honorífica en el 8° Concurso de Cuento Preuniversitario Juan Rulfo y en 2010 el segundo premio de Cuento Breve en el Concurso 41 de Punto de Partida.



Un cuento ganador

Ésta es la historia de cómo me convertí en un abogado con la cartera llena de clientes y de cómo mi amigo Jesús Briseño se catapultó en las letras mexicanas. Nos conocimos en la Facultad de Derecho, Briseño siempre soñó con ser escritor, y yo, sencillamente, con abrir mi propio despacho. Las cosas no iban bien para ninguno. Al terminar la universidad, con algo de ahorros y el apoyo de mis padres, comencé a rentar una oficina en la colonia Doctores. Ofrecía divorcios y pensiones alimenticias a precios accesibles, pero algo ocurría y los clientes no llegaban. Si no conseguía ganancias pronto, tendría que abandonar el proyecto y enrolarme en las filas de la burocracia.

Por su parte, la estrategia de Briseño consistía en rastrear convocatorias literarias y participar en ellas. En alguna, en algún momento, debía ganar, y de ahí las puertas se abrirían solas. Es curioso, nunca gana y no escribe mal. Por alguna razón, me tiene como su lector de cabecera. Le he dicho que, en literatura, tengo opiniones chatas. He leído muy poco y puede que diga que algo es bueno cuando en realidad es malo. Así que no confíes mucho en mi juicio, le digo.

Ésa era nuestra situación cuando, a principios de marzo de 2022, todo dio un giro insospechado. Briseño entró agitado a mi oficina. Es un tipo regordete, y cuando enfurece la sangre se le agolpa en las mejillas.

—No se vale, canijo, no se vale —gritó.

—Cálmate. ¿Qué te pasa? —le di mi lugar en el escritorio. Ocultó su frente entre las palmas y por un momento pensé que lloraría.

—¿Te acuerdas del concurso de los 100 mil pesos?

Claro que lo recordaba. Lo perdió. De eso hacía apenas tres meses. Había puesto mucha confianza en su cuento y la

noche que dieron los resultados fuimos por unas cervezas para intentar subirle el ánimo.

—Pensé que ya era un asunto cerrado —dije—. Ya vendrán más concursos.

—No, Ulises, nada de asunto cerrado, al contrario. ¡Me robaron, canijo, me robaron! No gané, ni modo, sé perder. Pero resulta que hoy compré la revista para leer contra quién perdí. ¿Y adivina qué? El cuento ganador es mi cuento, sólo que firmado por un tal Fernando Gil Bustos. No sé cómo, pero aquí está —Briseño sacó de su mochila una revista plagada con anotaciones y subrayados—. Revolvieron párrafos, cambiaron el nombre de los personajes, pero la historia es la misma.

—¿Y no será una coincidencia?

—¡Cómo carajo va a ser una coincidencia, Ulises! ¡Imposible! Es una historia personal, íntima —se puso de pie y comenzó a dar vueltas por el cuarto—. Dos personas no pudieron haber vivido lo mismo. No, imposible.

—Está bien, supongamos que te plagiaron, ¿cómo pudo pasar? ¿Sospechas de alguien?

—Es lo que me parte la cabeza. Esta vez no compartí el texto con nadie, era un cuento muy personal.

—Mira, Jesús —hice una pausa para aclararme la garganta y elegir las palabras correctas—, sinceramente, creo que se trata de una confusión, de una paranoia de artista, no sé. Mejor olvídalo, déjalo así.

—No, canijo, esto no se queda así.

—¿Y entonces qué vas a hacer?

—Por eso estoy aquí. Quiero que demandemos a ese cabrón.

El mundo de la literatura está lleno de plagios. Ésa fue mi primera conclusión después de decidir abocarme seriamente

al caso de Briseño. Él no era el primero y, seguramente, tampoco el último. Las acusaciones iban desde premios Nobel hasta autores de medio pelo. Los nombres de Carlos Fuentes y Camilo José Cela atiborraban internet como ejemplos de probable impunidad. Otros merecieron su castigo: Bryce Echenique y Sealtiel Alatríste. Al parecer, las opiniones se dividían entre los autores que se defendían bajo la figura de las “influencias literarias”, y acusaban a sus detractores de envidiosos o faltos de talento, y los que, con pelos en la mano, demostraban línea por línea las calcas.

En el derecho mexicano, hay una gran laguna en materia de plagio. La Ley Federal del Derecho de Autor no define el plagio y tampoco dice qué hacer cuando dos personas reclaman la autoría de un mismo texto, qué pruebas son las más adecuadas o si éstas exigen una valoración especial. Además, hay dos disposiciones contradictorias: la primera dice que el reconocimiento del derecho de autor no exige ninguna formalidad; la segunda prevé que un autor sólo será reconocido siempre que su obra haya sido registrada, publicada o su nombre goce de fama. En la práctica, los tribunales han sostenido el primer criterio: quien se proclame como autor de una obra debe demostrar que previamente la registró ante el Instituto Nacional del Derecho de Autor.

El problema era que Briseño no registró su cuento con anterioridad y, sin más pruebas que su dicho, corríamos el riesgo de quedar en el grupo de los envidiosos. ¿Cómo podíamos, pues, probar el plagio? La convocatoria parecía ser de lo más transparente. Los participantes escribían con seudónimo, sus cuentos eran examinados por un jurado que, sólo hasta el momento del veredicto, conocía la identidad del ganador por medio de la intervención de un notario. O alguien obtuvo el cuento de Briseño con anterioridad a la deliberación del jurado y lo modificó, o alguno de los jurados estaba coludido.

Entonces recordé que en el derecho, cuando alguien quiere conocer el significado de una norma que es ambigua, una manera de hacerlo es leer la norma en conjunto con otras que persiguen el mismo fin y, a partir de esa lectura, se aclara su sentido. De trasladar esta idea a la literatura, quizá si presentábamos diversos cuentos de Briseño, podríamos demostrar que entre ellos existían elementos en común y que éstos configuraban un único estilo narrativo al cual podría ligarse el cuento plagiado. El problema era que tanto Briseño como yo carecíamos de las herramientas lingüísticas para determinar qué elementos constituyen un estilo literario. Así, llamé a Amaranta Muñoz, una amiga especialista en letras hispánicas y que ahora trabajaba como editora en la sección cultural de un periódico. Accedió a asesorarme y quedamos de vernos al día siguiente durante su hora de comida.

Amaranta me explicó que el deseo de ser escritor es una fuerza destructora, y para alcanzarlo, una persona es capaz de cualquier cosa. Faulkner dijo que un escritor debía ser como un zopilote, un animal al que le gusta estar solo y alimentarse de carroña y que, con tal de escribir, sería capaz de robarle hasta a su madre. Comentó que hace mucho tiempo un gandalla le robó su historia a Miguel de Cervantes e hizo con ella una continuación. ¿Cómo reaccionó el coloso de las letras hispánicas? ¿Demandándolo? No, por supuesto, no pensaba como leguleyo. Él era un tipo muy sobrado y se vengó desde la literatura. Se pitorreó del apócrifo en su propio *Quijote* y así revolucionó la narrativa. En cuanto a los plagios, Amaranta me contó que a José Saramago no le parecía extraño que dos historias pudieran ser iguales en cuanto a su trama, pues, al final del día, las inquietudes humanas las pueden tener lo mismo un hombre que vive en Antigua y Barbuda y otro que vive en Japón. Sin embargo, puesto que la

escritura no es imaginación pura ni pura experiencia de vida, la mezcla de ambas, la interpretación que uno hace de la vida, eso sí es irrepetible.

Acto seguido, Amaranta tomó ambos cuentos y comenzó a contrastarlos. El de mi amigo se titulaba “La puerta quedó entreabierta”; el de Fernando Gil Bustos, “La entrega”. No había duda, coincidió, a Briseño le robaron de manera descarada. Misma estructura, trama, uso del tiempo y del espacio. Amaranta estaba enojadísima, como si fuera de ella de quien se hubieran burlado.

—¡Qué horror! Me imagino cómo debe sentirse tu amigo.

—Y peor, está que no se soporta.

—Tal vez no lo creas, pero esto cada vez es más común —Amaranta bajó el tono de voz y tomó una servilleta para garabatear en ella—. ¿Sabes qué pasa? Los literatos son una mafia; no lo parece, pero lo son. Hace poco, una compañera reportera documentó un caso de fraude en un concurso literario en Sonora. Era un premio grande, casi 500 mil pesos. El caso es que los jurados tuvieron acceso a las plicas de los autores y, obviamente, premiaron a sus amigos. Después nos dimos cuenta de que esto ocurrió por lo menos en 10 estados más. Se inició una investigación administrativa y despidieron a varios funcionarios de la Secretaría de Cultura. Aquí lo curioso es que nada se dijo de los escritores que son, al final del día, los jurados. Pero, vamos, ¿robar una historia? Nunca habían llegado a ese extremo de cinismo, y si ustedes logran probarlo, sería un escándalo.

Amaranta me aconsejó investigar los perfiles de los jurados que participaron en el certamen. En su opinión, la vanidad es el principal delator de los criminales. El primer jurado era Agustín Navarro, nacido en Cuernavaca, Morelos, en 1964. Su novela *Los sepulcros* se publicó cuando tenía apenas 23 años

y marcó el camino de un movimiento que intentó tropicalizar a la *Beat Generation*. Sus personajes eran jóvenes atormentados, en esta página se drogaban y en la siguiente dormían. La novela se adaptó muy rápido a su tiempo y volvió una celebridad a su autor. Sin embargo, con el segundo libro, su ascensión meteórica alcanzó un punto máximo y de ahí cayó y no volvió a conectar con las generaciones siguientes. La segunda jurado era Maribel Montesinos, poeta chiapaneca; aunque era muy joven —tenía apenas 30 años—, en su currículum destacaban la traducción y edición de al menos 20 libros de cuentistas en lengua maya. Por último, como presidente del jurado estaba Roberto Soimal, uno de los autores mexicanos más celebrados y, por lo que pude apreciar, quizá el que mejor había logrado capitalizar sus redes sociales. Sus seguidores se contaban por cientos de miles y la gran mayoría le dedicaban comentarios elogiosos. Hacía videos para aconsejar a los jóvenes escritores y, para aquellos que quisieran ahondar en su sabiduría, vendía talleres de creación que impartía en cafés y librerías.

Fue precisamente en las redes sociales de Roberto Soimal donde, después de varios días, encontré dos fotografías, una de 2017 y otra de 2019, que ligaban a Soimal con Fernando Gil Bustos. La primera imagen era un salón de clases, en medio estaba Soimal rodeado de sus discípulos. Gil Bustos aparecía etiquetado a la derecha de Soimal, y en la descripción se leía: “Con mis queridos alumnos y amigos”. La segunda fotografía mostraba una fiesta en algún departamento. Al fondo había jóvenes charlando y, en el centro, en una mesa repleta de botellas, estaban Soimal y Gil Bustos. El pie de foto decía: “Gracias por la invitación, fue una gran velada. El futuro les depara un gran lugar en las letras. Persistan en su vocación”. De inmediato llamé a Briseño y lo cité en mi despacho.

Ya no estábamos en cero, era cierto, pero aun así debíamos valorar seriamente nuestras posibilidades reales de ganar el juicio. Por un lado, teníamos el peritaje estilístico que realizó Amaranta, en el que aseguraba que el cuento ganador estaba ligado, a partir del estilo literario, con textos anteriores de Briseño. Por el otro, estaban las fotografías que, si bien no probaban el plagio, sí servían para poner en duda la transparencia del certamen. Así, nuestra única estrategia era convencer al juez de que nuestras pruebas, aunque de manera aislada no demostraban el plagio, estudiadas en conjunto permitían inferir una presunción fuerte de que sí ocurrió. El camino era arriesgado porque dependíamos, sobre todo, de que el azar nos arrojara a la corte de un juez poco formalista.

—Te seré sincero, Briseño, será difícil ganar. Es más, es casi un hecho que te van a contrademandar, y si perdemos, hasta terminarás pagando —dije.

—No me importa, Ulises, vamos con lo que tenemos. ¿Qué van a quitarme? No tengo nada —Briseño se encogió de hombros, hizo una pausa y, al hablar, se le cortó la voz—. Además, hay algo que aún no te he dicho...

El 14 de abril ingresé la demanda. Al mismo tiempo, Amaranta me propuso sacar una nota en el periódico para calentar el asunto en la opinión pública. Al día siguiente la comunidad literaria amaneció con la noticia de que el prestigioso Roberto Soimal estaba involucrado en una demanda de plagio. En sus redes, el autor nos calificó de resentidos y llamó a sus lectores a no dudar de su calidad moral. La Secretaría de Cultura emitió un comunicado en el que expresó que, independientemente del resultado del juicio, iniciaría por separado una investigación. No obstante, una semana después, la ola mediática se nos vino en contra. Buena parte de la plana mayor de las letras dedicó artículos a la defensa de Soimal. El abogado de la

contraparte filtró nuestra demanda y nos acusaron de crucificar a un artista por el simple hecho de tomarse fotografías.

La audiencia se realizó el 6 de mayo. En persona, Soimal transmitía cierto aire lúgubre, tenía ojeras muy marcadas, caminaba encorvado y su calvicie irregular recordaba la tonsura de los franciscanos. Gil Bustos era un hombre alto y llevaba el cabello recogido en una cola de caballo.

En punto de las 11 horas, entró el juez. En mi alegato de apertura dije que la mayoría de los ilícitos se cometen sin dejar rastro y la falta de un supuesto en la ley o el exceso de formalidades no deben ser impedimento para dejar pasar una injusticia. Era verdad, mi cliente no registró su cuento, pero había elementos que permitían presumir una amistad entre el ganador del concurso y el jurado y, con ello, la corrupción en el certamen.

Por su parte, el abogado de Gil Bustos aseguró que nuestra acusación no tenía ningún sustento. Las personas públicas se toman fotografías con extraños todo el tiempo y sería absurdo imaginar que, por esa razón, existe con cada uno de ellos una relación de contubernio.

—Finalmente —dijo— el peritaje debe desestimarse porque no hay manera de autenticar que los textos que presenta la defensa de Jesús Briseño fueron anteriores al certamen. La ley es clara, su Señoría, la única manera de probar la autoría es a través de un registro previo.

Dicho esto, el juez llamó al banquillo al escritor Roberto Soimal. Como era de esperarse, lo negó todo. Tocó el turno de Gil Bustos, a quien sólo le realicé una pregunta:

—Que diga el acusado: ¿cómo se le ocurrió el cuento titulado “La entrega”?

—Verá, es un cuento que considera, que se basa en, aspectos de diversos géneros, como el de terror, pero también

descansa en aspectos psicológicos y de suspenso. Y bueno, eso a grandes rasgos, con estos elementos, pensé en llevar a sus últimas consecuencias los extremos de una relación filial.

Gil Bustos se retiró y, finalmente, llegó el momento en que Briseño subió a declarar. Yo tenía que repetirle la misma pregunta y así lo hice.

—Que diga la parte actora: ¿cómo se le ocurrió el cuento titulado “La puerta quedó entreabierta”?

Briseño se puso de pie, cruzó las manos por debajo de la cintura y habló con una solemnidad que hasta entonces le desconocía.

—Su Señoría, protesté decir verdad. Yo soy el único autor del cuento titulado “La puerta quedó entreabierta”. El otro texto, “La entrega”, es un plagio, no quepa la menor duda. Ignoro cómo ocurrió y estoy consciente de que las pruebas que presentamos no son suficientes. Es cierto, no puedo demostrar que él robó mi cuento, pero sí puedo demostrar que yo lo escribí. El cuento es la historia de una madre alcohólica que vive con su hijo adolescente. Ella vive atormentada y él es incapaz de ver más allá de su mutua incomprensión. Todo el tiempo pelean y se insultan hasta que llega el día en que ella le hace algo imperdonable y él, iracundo, promete vengarse. Esa venganza, su Señoría, consiste en que el hijo conspira para que un depravado entre y viole a su madre cuando ella está perdida de borracha. Su Señoría, para mí fue doloroso escribir esta historia. Como todas las historias que nos buscan y que nos persiguen desde que amanece hasta que anochece. Fue doloroso escribirla porque yo soy ese hijo y esa madre es la madre que no veo desde hace años.

La sala se quedó en silencio por varios segundos.

—Señor Jesús Briseño —el juez resopló y con la mano se apretó la frente y los ojos—. ¿Está usted consciente de que acaba de confesar un delito en mi corte?

—Lo estoy, su Señoría.

—¿Y está usted consciente de que es mi obligación ponerlo bajo custodia y dar aviso a las autoridades ministeriales?

—Lo estoy, su Señoría, es el costo de defender mi obra.

Una hora después, el juez dictó su sentencia y resolvió lo siguiente:

PRIMERO.- Es procedente la vía ordinaria civil en la que JESÚS BRISEÑO GUZMÁN probó su acción y FERNANDO GIL BUSTOS no probó sus excepciones y defensas; ello en relación con diversas disposiciones de la Ley Federal del Derecho de Autor.

SEGUNDO.- Se condena a FERNANDO GIL BUSTOS al pago de \$100,000.00 pesos m.n. por concepto de reparación del daño material; y \$50,000.00 pesos m.n. por concepto de reparación del daño moral.

TERCERO.- Se ordena a la Secretaría de Cultura para que, a través de su publicación TERRACOTA y otras vías que considere oportunas, difunda el contenido de ese fallo y rectifique la autoría de JESÚS BRISEÑO GUZMÁN respecto de la obra materia de esta controversia.

CUARTO.- Dadas las manifestaciones realizadas en audiencia de ley por JESUS BRISEÑO GUZMÁN, dese vista al Ministerio Público adscrito a este Juzgado para que inicie las averiguaciones correspondientes y proceda en consecuencia.



Juan David Laserna Botero

(Bogotá, Colombia, 1984)

Gestor cultural y escritor. Estudió Cine y Televisión en la Universidad Nacional de Colombia, donde también formó parte de la maestría en Escritura Creativa. Fue publicado en la antología *Bogotá cuenta. Casa inventada* (2022).



Dos cuentos

¡Qué carajos estás mirando!

Estoy sentado en un barril, casi a ras de suelo, una luz tenue y cálida aviva las sombras. Tengo el plato de Chicken Katsu Curry frente a mí, humeante. Estoy en la despensa, rodeado de arroces, aceites y vinagres. El arroz está consistente y pegajoso, en el punto exacto; el vinagre es apenas un perfume discreto; el curry robusto, volcánico. Un bocado más de arroz y lava; y otro, con pollo apanado, jugoso, crujiente bocado que bajo con un sorbo de Coca-Cola, directo de la lata, sudorosa y helada. Se escucha en la cocina del restaurante la llegada de los arrumes de platos. Aprovecho los últimos bocados de ardor antes de volver al trabajo. Me pongo los audífonos y enciendo la música de nuevo. En la emisora está sonando Iggy, *Lust for life*. Sumerjo platos en el agua jabonosa, los froto al ritmo de la canción. El curry se ha subido a mi cabeza, sigo fregando loza por un buen rato a un ritmo frenético; acabo y me despido.

Estoy en la calle. Siento el frío de la noche en mis mejillas y en mis dedos. Camino hacia la parada del bus. No se ve una sola persona. Ando despacio, con las piernas cargadas y doloridas por las largas horas de pie. No deseo otra cosa que llegar a casa y una cerveza. En cualquier orden. Quizá también hablar un poco con Lee, si es que está despierta cuando llegue. Pienso en entrar al pub que está a una cuadra, pero miro el reloj y, como no falta mucho para que lo cierren, decido que es mejor ir a casa. Paso junto al pub. Un movimiento leve en la oscuridad del callejón que da a la salida trasera llama mi atención. Hay una pareja desnuda, en cuatro patas, él encima de ella, como luchadores, sus rostros reflejan algo que no es dolor ni placer, tal vez entrega y ausencia. No

sé lo que veo en realidad, está muy oscuro y mi mirada es fugaz. Vuelvo los ojos al frente sin haber dejado de caminar. Cuatro pasos más adelante, escucho sobre la música que suena en mis audífonos un grito desde el callejón: “¡Hey, qué carajos estás mirando!”. No me detengo, el paradero del bus está a pocas cuadras. Continúo, acelerando el paso, y trato de concentrarme en la música, aunque mis latidos tienen un nuevo ritmo. No miro atrás. Quiero estar más lejos antes de hacerlo, pienso que tal vez puedo detenerme en la siguiente esquina, cerca de los contenedores de basura, y mirar si me persiguen. Corro hasta allí. Me detengo y volteo. Ahora estoy en el suelo y recibo un golpe en el rostro, de pronto caliente, en medio de aquel viento helado; el tipo está en cuatro sobre mí, con su verga apuntándome mientras me manda de rechazos e izquierdazos y me muestra los dientes como un perro. Recibo varios golpes en medio de insultos que no logran articularse, sólo rabia. Trago sangre, el dolor en mi rostro se va tornando en adormecimiento y dejo de ver por el ojo derecho. El tipo parece sentir más placer golpeándome ahora que con el sexo hace un rato. Logro mover mi cabeza a un lado y su puño impacta el suelo. Esto lo saca de lugar por un segundo y yo encuentro, junto al contenedor de basura, justo donde mi mano llega, una botella vacía. Se la rompo junto a la oreja. Ahora hay vidrios rotos y tengo su sangre en mi cara. Queda aturdido. Uso todas mis fuerzas y me lo quito de encima.

Echo a correr calle abajo, tan rápido como puedo. Luego de algunas cuadras me volteo, miro, no viene nadie. Tomo bocanadas de aire. A lo lejos, distingo la inconfundible figura de un bus, ese pequeño y rojo hotel de dos pisos con su luz cálida, acercándose. Corro los metros que me restan hasta el paradero ya visible, escupiendo sangre y resoplando, como un atleta de maratón que ha caído, pero ve ya la meta y se levanta, pues siente que debe llegar o morirá.

Quiero evitar a toda costa que el bus me deje, así que voy por el medio de la calle. Me limpio la cara con la manga de la chaqueta para no intimidar al conductor y que me abra la puerta. Cerca de la parada, me volteo y camino en reversa, mientras agito los brazos en el aire, cruzándolos de lado a lado, como si intentara detener un avión. El bus se detiene y el conductor me deja subir. “¿Estás bien?”, pregunta. No puedo hablar. Él continúa: “¿Fue ese loco desnudo? ¿Te asaltó?”. Asiento, tratando de recuperar el aire. “¿Estás bien?”, me pregunta de nuevo. “Creo que sí. Gracias”, digo agachado, con las manos sobre mis piernas temblorosas. Jadeo y me siento mareado. “Disculpe, ¿puede avisarme cuando lleguemos a Brooke Green?”, le digo y me desplomo en la silla más cercana. No hay nadie en todo el bus. Estoy a salvo, pienso al recostar mi cabeza en la ventana.

El conductor me despierta con unos bocinazos y me señala que hemos llegado. Le doy las gracias y me bajo. Cruzo la calle y veo a un zorro caminar sigiloso por la acera que bordea el parque. Me quedo muy quieto mirándolo por mi ojo izquierdo. Es hermoso, de color rojizo encendido, quisiera poder llamarlo y que viniera batiendo la cola como un perro. Mi cuerpo tiembla ligeramente y el dolor en mi cara se despierta con el frío de la calle. El zorro se detiene y se me queda viendo un instante antes de desaparecer tras la reja del parque.

Llego a casa. No hay nadie en los espacios comunes. Parece que todos duermen. Subo hasta el pequeño estudio que tenemos en alquiler y entro con cautela para no despertar a Lee. No quiero preocuparla. En el baño, me desnudo para tomar una ducha tibia. El rostro magullado palpita y arde mientras me limpio. Junto a mis pies se arremolinan ondas de agua rojiza. Me tranquiliza descubrir que puedo ver por el ojo derecho, era la sangre lo que obstruía mi visión. Dejo que el agua recorra mi cuerpo tembloroso y me abrazo, hasta que poco a poco una sensación de alivio se asienta.

Cuando salgo, me miro en el espejo. Apoyado con fuerza en el lavamanos, miro directo a mis pupilas por un buen rato, me hago compañía. Luego empiezo a examinar las heridas. El labio inferior está muy abultado, y cortado al centro. Hago muecas para revisar los dientes. Los recorro con un dedo, compruebo que están resentidos, pero completos y firmes. La nariz, para mi sorpresa, intacta. El ojo derecho se llevó la peor parte, la ceja inflamada lo cubre hasta la mitad.

El cuerpo palpita todavía mientras me visto. Qué sensación hermosa tener puesta la pijama luego de aquello. Voy hasta el refrigerador, saco una bolsa de verduras congeladas y una lata de Guinness. Regreso y subo a la cama. Abro la cerveza y doy un largo sorbo: ácida, cremosa, aguerrida, como el curry, que vuelve a mi mente y me hace sonreír. Forro el paquete de verduras en un pañuelo y lo pongo sobre mi rostro.

Luego de un rato, tomo un nuevo trago, uno largo. Tengo el pecho lleno y plácido. Cubro de nuevo mi cara. Revivo la escena, revivo todo y rompo en llanto, un llanto silencioso, pues no quiero despertar a Lee, tenemos que trabajar cuando despunte el día. Tomo otro sorbo de cerveza, esa amarga cerveza negra, densa y achocolatada, y mientras las lágrimas alcanzan la cortada en mi labio, pienso en el curry humeante.

Candy

A Dante le hubiera gustado poner una lápida que dijera *Aquí yace Candy, la cochinita más linda que el mundo vio*. Le hubiera gustado, pero Candy era propiedad de Nina, entonces él qué podía hacer. Cuando volvió de su viaje, la cerdita había muerto. Nina no se había molestado en contarle. Ni siquiera eso.

—Sé que era tuya. Sé que la tenías desde antes de conocernos, pero podías haberme contado, ¿no? Sabes lo que la quería.

—Ay, no es para tanto —dijo ella y se rio.

—¿Cómo no? Llevo un año entero sacándola a pasear... Era mi compañía. Era más mía que tuya —le dijo Dante con enojo, pero sin llorar.

Le hubiera gustado llorar. Eso es lo que se hace cuando se pierde a un ser querido, se llora. Nina no lloraba. Tampoco le prestaba atención, en realidad. Estaba absorta, o deliberadamente evasiva, haciendo un boceto sobre la mesa de dibujo de cristal iluminado.

—Era yo el que la llevaba al veterinario, yo el que le ponía la comida... Sus chalequitos se los compré yo.

—Sí, bueno. Alguien tiene que trabajar, ¿no? —replicó ella, sin mirarlo.

Dante llevaba ya algunos meses escuchando esa frase como punto final de sus conversaciones. Aquel era el momento indicado para salir con Candy a dar un paseo. Pero la cerdita ya no estaba.

—¿Cómo no la enterraste cuando se murió? —le dijo a Nina, llorando—. ¿Cómo dejaste que practicasen con ella?

—Ay, a ver —respondió con desprecio, dejando en pausa el boceto—. Mira, es mi cerdita y yo decido.

—Era —dijo Dante con tono perentorio antes de tomar su chaqueta y salir de allí.



Algo así como un año atrás, Dante había resuelto que se haría un tatuaje. No tenía decidido cuál sería el diseño. Pensaba que tal vez una chica *pin-up* en el pecho estaría bien, o unas rosas o un puñal, un tatuaje *old school*, quizá en el antebrazo, ya vería. En aquel momento trabajaba como recepcionista de un hotel, en el horario nocturno. Antes había hecho de guardia en un bar, pero aquello era terrible: el frío, los borrachos. Así que había renunciado y, justo cuando estaba dispuesto a retomar su oficio como pintor de casas —trabajo que detestaba, pues casi siempre había que hacerlo de día—, la suerte le sonrió y consiguió el del hotel. No se trataba de un empleo maravilloso, pero ganaba lo suficiente para vivir. El turno de noche le permitía leer, pues era bastante tranquilo. Y lo mejor era que podía aprovechar las horas de la tarde para sentarse a escribir.

Dante rentaba un cuarto en el sótano de un edificio de oficinas, junto a los parqueaderos. Era una habitación pequeña, con un baño pequeño. Una joya arquitectónica, pensaba él, con ironía. Un lugar encerrado, frío y oscuro. Pero, sobre todo, un buen sitio para dormir un poco en la mañana; y era barato. En las tardes, se quedaba allí encerrado trabajando en las historias que algún día esperaba publicar. A veces visitaba la biblioteca, en el centro de la ciudad, donde se sentaba algunas horas a leer, antes de su turno en el hotel. Pero esa tarde fue a un estudio de tatuajes que le habían recomendado por la calle 19. Se fijó en ella tan pronto entró. Rubia, llena de tatuajes: era difícil no mirarla. Esperó su turno. Recibió el llamado, se acercó. Intercambiaron nombres. A Dante le pareció que Nina era una de esas personas a las cuales el nombre les va perfecto. Le mostró en el teléfono las imágenes que tenía como referentes para el tatuaje. Ella mencionó que, al verlo

acercarse, había pensado en él como un tipo al cual le gustaría tatuarse un bosque. Un bosque de ésos que se van fundiendo en sombras y que rodean el antebrazo. A ella le había parecido que eso es lo que él le pediría y ella casi siempre acertaba, le dijo. Aunque esta vez se había equivocado, a veces le pasaba. Entonces, él pensó que realmente no tenía que ser un puñal ni unas rosas, que bien podía ser un bosque. Y le dijo que le gustaba esa idea. Ella hizo el tatuaje y él se esforzó por ocultar el dolor. Al final, los dos estuvieron satisfechos.

Dante la invitó a tomar un trago en el bar de enfrente y ella accedió. Con voz de ultratumba, llamó al hotel y dijo que estaba enfermo. Después de unos tragos, ella lo arrastró a su apartamento, arriba del local de tatuajes, lo empujó a la habitación, se desnudó y lo puso de rodillas. Dante, casi asfixiado entre los muslos de Nina, daba miradas furtivas a la constelación en su cuello, mientras con su bosque sangriento se aferraba a sus senos, y el dolor que sentía en la mandíbula era casi insoportable, y el sabor ácido en su boca era embriagante, y él no creía su suerte.

Lo primero que escuchó a la mañana siguiente, antes de abrir los ojos, fue un ruido suave y ronco, un sonido cada vez más cercano y constante, seguido de una sensación de calor en el rostro. Levantó los párpados con trabajo y, después del sobresalto inicial, una sonrisa fue inevitable: tenía ante sí a una cerdita pequeña, rosada y tierna, que lo saludaba con su trompa graciosa. En la medalla que le colgaba del cuello se leía *Candy*. Dante quedó de inmediato flechado con Candy, tanto como había quedado rendido ante Nina, unas horas atrás. Esa tarde llevó a la puerquita a pasear al parque, mientras Nina trabajaba. En adelante, las tardes con Candy, y las noches con Nina, se hicieron cada vez más frecuentes.



Era Nina quien le había sugerido dejar el trabajo en el hotel, sólo unas semanas después de conocerse. “No lo necesitas, no te preocupes”, le había dicho. Quería que pudieran pasar las noches juntos. Dante tenía sus dudas, no quería dejar de rentar su pequeña joya arquitectónica. Finalmente, pensó que de alguna manera se las arreglaría, estiraría los ahorros, haría trabajos ocasionales de pintura y así lograría conseguir el dinero para conservar el cuarto. Entonces renunció. Pero se llevó una sorpresa cuando, en cuestión de un mes, ella comenzó a usarlo en su contra: “alguien tiene que trabajar, ¿no?”, “alguien tiene que pagar todo, ¿verdad?”. Y le causaba indignación que continuara haciéndolo aún ahora, cuando él estaba en duelo por Candy.

Sentado en la banca del parque donde siempre llevaba a Candy en sus paseos, Dante lloraba imaginando el cuerpo inerte de la cerdita, ese cuerpo rosado y bello siendo lastimado y rayado por unas manos torpes recubiertas con guantes azules, manchados de sangre. No podía soportarlo. Y no saber dónde había ido a parar el cuerpo de la cochinita, de su cochinita linda, lo llenaba de rabia. ¿Sería verdad que, sencillamente, había amanecido muerta un día? Él no lo creía. Candy estaba rozagante tan sólo una semana antes, cuando él había viajado a hacer su curso de literatura infantil. ¡Si tan sólo no hubiera hecho el maldito curso! Tal vez habían matado a su cerdita y él no había podido hacer nada para evitarlo.

Inmerso en el dolor, Dante fantaseaba con ver a Candy arrancar, con su hocico, la hierba alta del parque, y se la figuraba paseando junto a él con su atractivo contoneo de caderas y sus gruñidos divertidos. Allí, solo, en ese parque que no volvería a tener para él la misma gracia, Dante recordó también algunos momentos de su relación con Nina y se sorprendió de lo estúpido que había sido. Rememoró cuando, al comienzo de su relación, ella le dijo que a sus historias “les faltaba vida”,

y que era mejor para él si se dedicaba a otra cosa. ¿Cómo había permitido que lo convenciera de eso? ¿Cómo había podido ser tan falto de carácter como para dejar de escribir y pensar que debía buscar algo diferente? Había llegado hasta el punto de inscribirse en un curso para aprender a dibujar y tatuar. Quería sorprenderla. Si se volvía bueno en eso, podrían trabajar juntos y ser socios, tener su propio estudio. Se había emocionado comprando todo lo necesario, desde lápices y cuadernos de dibujo hasta máquinas y tintas para tatuar. Se dedicó a estudiar y practicar, en secreto, unos meses, aunque con el paso de los días se dio cuenta de que no sería lo suficientemente bueno. ¡Cuánto tiempo perdido! Hacía sólo unas semanas, Candy había logrado que él volviera a escribir. Se había imaginado en sueños una historia para niños basada en su puerquita, su cochinita tierna e inteligente, que ahora ya no estaba.

Esa noche no volvería al apartamento. No quería ver a Nina. Además, tal vez así ella se daría cuenta de que había actuado como una insensible desgraciada y se disculparía; entonces, quizá él podría encontrar dentro de sí la forma de perdonarla, y luego tomaría algún trabajo, y volverían a reír y a recuperar la intimidad que habían perdido. Fue a pasar la noche en su cuarto del sótano. Había hecho bien en conservarlo, había hecho bien en esforzarse por conseguir el dinero para pagarlo, y había hecho bien en no contarle a Nina que aún lo tenía. Ella estaba siempre enfrascada en su estudio de tatuajes y no se interesaba nunca en sus cosas. Pero, de haber sabido, le habría dicho que lo dejara; y él no podía desprenderse de ese lugar oscuro y frío que había sido su casa por años, donde tenía su biblioteca modesta pero digna, su escritorio, sus historias fallidas, su máquina de escribir. Había hecho bien, pues allí practicó para ser tatuador cuando pretendía sorprenderla, y allí había vuelto a escribir a ratos, durante el día, sin que ella lo supiera. En ese lugar ambientado por el ruido constante de

llantas rechinantes, alarmas y tuberías, había estado escribiendo su historia sobre Candy, la cerdita encantadora con la que todos los animales del zoo iban a tatuarse. Ahora, más que nunca, debía terminar de escribirla. Se la revelaría a Nina cuando la tuviera publicada. Tal vez, incluso, ganaría un premio por esa historia y así ella creería en él.

A la mañana siguiente, esperó en la panadería de la esquina, desde donde podía ver el estudio de tatuajes de forma discreta. Tomó un café mientras esperaba que ella bajara del apartamento y entrara al local. Iba a poner las cosas claras. Escucharía a Nina decir que sentía lo de Candy, que volviera, que lo resolverían. La vio llegar. Decidió darle tiempo para que saludara a todos, él terminaría su café. Minutos después, vio salir del edificio a un tipo con una rosa roja tatuada en el cuello y lo observó entrar al estudio. Entonces pagó la cuenta, salió y cruzó la calle. Ya en el local, saludó a los que estaban al frente. Nina, al fondo, hablaba y reía con el tipo de la rosa. Caminó en dirección a ellos, se separaron al verlo venir. Ella dejó de sonreír y se puso a alistar su puesto de trabajo. El de la rosa pasó junto a Dante con una risita engreída y, dándole una mirada fugaz, siguió hacia el mostrador de la entrada. Al llegar junto a Nina, Dante la tomó del brazo y le preguntó quién era el tipo. Ella se soltó de un jalón, le dio la espalda y siguió organizando sus cosas sin inmutarse.

—¿Éste es el idiota que ensayó sus tatuajes con Candy?

—Dante volteó a buscarlo mientras esperaba una respuesta, pero el de la rosa ya se había ido.

—Ay, ¿por qué no te vas? Tengo que trabajar.

—Es él, ¿no? A él le entregaste a nuestra cerdita.

—¡Mi cerdita, sí! —respondió ella, desafiante, aún sin mirarlo.

—¿Y éste es al que estás arrodillando ahora? —Dante la tomó del brazo y la volteó—. ¡Responde! ¿Es éste...?

—¡Sí! ¡É! Es un genio con un lápiz y un monstruo con la lengua, y mucho mejor que tú, en todo. ¡Así que adiós, no te quiero ver más!

—Antes me vas a responder otra cosa. ¿Entre tú y este tipo mataron a mi puerquita? —dijo Dante con voz muerta—. ¡Dime la verdad!

Nina no respondió nada, se rio en su cara y se soltó de su brazo.

—¡Respóndeme! ¿La mataste? ¡Respóndeme! —gritó Dante, desesperado, mientras llegaban otros tatuadores del estudio y comenzaban a arrastrarlo hacia la calle.

Nina se le quedó mirando y riendo, entretenida con la escena.

—¡Respóndeme! —gritó, como loco, una última vez, antes de que lo aventaran en la acera y le cerraran la puerta. Luego, con el rostro anegado y enrojecido, se echó a caminar.

Llegó al edificio de oficinas y bajó al parqueadero por la rampa. Entró en su cuarto, encendió la luz y se encerró. Tomó una botella de vodka del minirefrigerador. Se bebió la mitad de tres tirones, sollozando y maldiciendo. En un maletín, reunió las cosas de tatuar que guardaba bajo el catre: la máquina, los guantes, las tintas; todo lo que había conseguido para su curso. Tomó unos sorbos más de la botella, puso una hoja en blanco en la máquina de escribir apoyada encima de la biblioteca y comenzó a teclear una historia:

Se puso el overol de cuando se ganaba la vida pintando casas, tomó el maletín con la máquina de tatuar y salió. Se detuvo en una ferretería, donde compró un rodillo para pintar y un bote de pintura blanca. Cerca, en un callejón desolado, salpicó pintura, con cuidado, sobre las botas negras que llevaba. Caminó hasta la calle 19 y con sigilo se acercó al edificio, para que no lo vieran los del estudio de tatuajes. Fingió timbrar y estuvo un tiempo ante la puerta, como quien espera que le abran. Entró con su

llave y subió hasta el apartamento. Abrió y cerró la puerta sin hacer ruido. Descargó en el tapete de entrada la pintura y el rodillo. En la habitación principal se escuchaban dibujos animados a todo volumen. Se arrimó a la puerta entrecerrada y escuchó el ruido del calentador eléctrico de la ducha. Entró a la habitación, con cautela miró al baño y, tras los vidrios empañados, distinguió la silueta de un hombre.

Dio vuelta, caminó suavemente, descargó el maletín sobre la cama, se puso unos guantes de nitrilo negros y alistó la máquina y las tintas sobre la mesa de noche junto a la ventana. Fue a la cocina, como quien está en su propia casa —a fin de cuentas lo era, había sido su casa por un buen tiempo—, tomó un pesado rodillo de madera con el que solía hacer pizza para ella, volvió a la habitación y se recostó contra la pared, cerca de la puerta del baño.

Concentrado en el sonido del agua, esperó mientras veía el dibujo animado de una cerdita en el televisor, un programa que nunca había visto. En silencio, las lágrimas rodaban por su cara. De pronto, notó que el ruido proveniente del baño se detuvo. Entonces, levantó el rodillo de amasar contra su hombro izquierdo, escuchó y calculó los pasos que se aproximaban, y, en el momento indicado, dejó ir el golpe con toda su fuerza, por encima de la rosa tatuada en el cuello de aquel tipo. Se agachó y comprobó que ya no respiraba. Dejó el rodillo en el piso. Montó al hombre en la cama. Hizo su mejor intento de tatuarle una bella puerquita en el pecho y, cuando le pareció que había terminado, agarró su kit de tatuaje, sus cosas de pintor y, sin dejar rastro, se fue de allí.

Entonces se detuvo, sacó la hoja y la cambió por una en blanco, dejó el carrito de la máquina listo para escribir. Apuró la botella de un trago, tomó el maletín con las cosas de tatuar, dejó encendida la radio y la luz. Cerró con llave y salió del edificio de oficinas por la puerta del frente, vestido de overol.



Ana Luisa Mata Huerta

(San Luis de la Paz, 1993)

Docente de bachillerato. Es egresada de la licenciatura en Letras Españolas de la Universidad de Guanajuato. Ha publicado trabajos bajo seudónimo, y participado en congresos y encuentros de escritura. Ésta es su primera aparición en un libro con su nombre real.



Ritos familiares

La abuela dice que a los alacranes hay que quemarlos. No basta con perseguirlos hasta sacarlos de los rincones, ni rociarlos con insecticida o hacerlos plasta con el zapato; sólo el fuego puede acabar con ellos. Tienen que sentir el dolor líquido de su propio veneno, lava cociéndolos desde el interior. Deben conocer las heridas que nos siembran a traición, con esas palabras crecieron mi madre y sus hermanas.

Mi abuela sabe muy bien de la duración de las cosas. Por ejemplo, se niega a que le cambien su estufa, la que la ha acompañado a lo largo de su matrimonio, por una más nueva. Demostró ser más fiel que el abuelo y estar en su vida más tiempo que él. Una vez le dijo a mi madre: “Si tú me cambias la estufa, será el mismo día en que dejes ir tu matrimonio”. A veces, luego de una discusión entre mis padres, he visto a mi madre ojeando esa estufa vieja.

La mayor derrota de mi madre fue no haber evitado que la abuela contrajera la enfermedad. De qué sirvió limpiar las compras o plagar el suelo con tapetes sanitizantes, si al final terminó encamada y con el alma apenas habitando su cuerpo. Decidimos no intubarla, ni ella ni nosotros teníamos corazón que lo soportase. La mantuvimos en casa, con la inexperiencia que ninguna buena intención fue capaz de sobrellevar. Nosotros, vestidos de miedo, siempre en la silla contigua. Éramos seis manos haciendo la labor de 20; en mi caso, me tocaba la guardia de madrugada, donde la quietud tiene una cara más horrenda. Llegué a olvidar dónde guardaba mi sueño, el silencio hinchándose y anidando detrás de mi nuca.

La mente de mi abuela no tardó en sucumbir a su propia enfermedad, ahogada por la monotonía y la falta de estímulos. La conciencia se halló perdida entre las memorias falsas que generaba la televisión y las auténticas, las que se podían

quemar con la fiebre. Siete noches infinitas que no hacían más que irla llevando a un lugar donde no podía escuchar nuestros ruegos; Dios dormido en su cama.

La mascarilla de oxígeno le causaba pánico. Nunca supimos el motivo, teníamos que tomarla de las muñecas para que no se la quitara; en cada ocasión, ella irremediablemente terminaba con una pulsera violácea en las muñecas y yo con una mancha a juego en mi propio cuerpo. Me propinaba golpes como si quisiera hacerme desaparecer, sus uñas buscaban horadarme los brazos, dejándome riachuelo escarlata en la superficie. La historia se repitió con mis padres, ella era salvaje cuando se lo proponía.

Su piel y la nuestra empezaron a partirse. La de ella, por la falta de un buen baño y de sus productos de belleza; la nuestra, por el exceso de gel antibacterial. Empezaron a caer manojos de pelo en el piso, no teníamos tiempo para buscar a qué cabeza pertenecían. Aprendimos a dormir con cubrebocas puesto, la liga cortando como una cuerda de metal detrás de nuestras orejas. Ni siquiera nos atrevíamos a limpiar la sangre, no sin desinfectarnos a fondo. Los golpes aumentaron.

Un día, muy de madrugada, forcejeó con mayor furia y encontró una nueva forma de lastimarme. No fueron las nalgadas de la niñez ni los puños huesudos del presente, coléricos de delirio. Me encaró, indignada. Exigió saber quién era yo, qué era ese esperpento que la sostenía de las muñecas, como si le avivara el resentimiento. A qué nombre respondía esa aparición fantasmal a un costado de su cama. Dijo que, de todas las criaturas repulsivas que podían existir, yo era la peor a sus ojos. Le daba asco.

El sueño la fue acunando y, al dormir, respiraba al compás de los bebés satisfechos después de comer. Mis manos cayeron y los pies me devolvieron a la silla. Sentí humedecerse mi

maskarilla; pasé el resto de la noche reprimiendo el estertor de mis sollozos para no despertarla.

Ella salió del delirio al día siguiente, su mente estaba limpia de todo recuerdo.

Perdió gran parte de su cabello, tuvimos que cortar las pelusas sobrantes y rizarlas para que no se notaran los nuevos espacios en su cabeza. Siempre tuvo el pelo quebrado y muy largo, la vi un par de veces acariciando el sitio donde estuvieron sus trenzas, caídas hasta el fin de la espalda. Mañana y tarde tomaba un espejo, buscando a su costado aquello que ya no le pesaba en la nuca.

Se mudó con mis tías en cuanto fue dada de alta, segura de que estaría mejor atendida del otro lado de la frontera, en lo que se conoce como primer mundo. Algunas veces nos toma la llamada. Su vida es plena, sin tiempos para voces grises del otro lado de la línea.

Entrar a su pieza se volvió la actividad familiar de los domingos. Mi madre toma las faldas de algodón en sus manos, como si fuera la cobija de un bebé. Yo observo las carpetas tejidas repartidas en toda la habitación, recuerdo que me contó cuándo realizó cada una. Mi padre se queda fuera del cuarto, el Cristo de madera le devuelve la mirada desde la pared contraria.

De vez en cuando, un alacrán hace acto de aparición. Mi padre lo persigue hasta aplastarlo. Mi madre lo saca al patio y ahí espera, hasta que me le uno con una botellita de alcohol y cerillos. Encendemos una pira diminuta y los tres la vemos arder, hacer justicia, aunque el alacrán más grande se nos haya escapado.



María Alvarez Malvido

(Ciudad de México, 1992)

Escritora, periodista y activista. Es licenciada en Antropología Social por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) y maestra en Comunicación y Tecnología por la Universidad de Alberta, en Canadá. Forma parte del equipo de Digital Democracy, donde colabora con personas defensoras del territorio. Como parte de Redes, A.C., colaboró por cinco años con pueblos indígenas de América Latina. En 2022 fue escritora y editora del proyecto *Seguridad Digital + Lenguas. Reflexiones desde 18 comunidades lingüísticas en África, Asia y América Latina*, de Rising Voices. Ha colaborado en medios como *Nexos*, *Animal Político*, *Periodistas de a Pie* y *Este País*. Actualmente vive en Londres.



Tres cuentos

El rostro del olvido

A primera vista, parecería que el surco profundo entre las cejas de don Lupe es resultado de un enojo perpetuo o de un estornudo que lo dejó plantado para siempre. Podría ser también el reflejo de la inconformidad contagiosa que se extiende por sus rumbos o, como algunos cuentan, el resultado de la molestia que le dejó su apéndice hace unos meses, cuando decidió salir de su cuerpo; o un gran temor —escuché de su nieto— a que el resto de sus órganos quieran escaparse también. El ceño fruncido y los labios tensos e inquietos trazan ya un laberinto de arrugas que se acomoda en todos los rincones de su piel: rodean los ojos, la frente, la nariz, el cuello y la periferia de sus labios gruesos. Da la impresión de que toda su epidermis, como la cáscara de una fruta bajo el calor del sol, se ha arrugado, adaptándose a la nueva expresión que habita su rostro.

El cambio tan repentino del semblante de don Lupe podría sumarse a la lista de los grandes enigmas de la humanidad. Podría incluso encabezar dicha lista (que seguramente existe), si el oído biónico de doña Adelina no hubiera registrado la conversación matutina que determinó el nuevo relieve de su rostro.

Entre la infinidad de diálogos que doña Adelina escucha día y noche en su comedor, éste me lo contó la vez en que un aguacero me mantuvo como radioescucha cautivo que se esforzaba en distinguir el ruido de la lluvia y la infinidad de sus palabras. Recuerdo el monólogo como un tejido de todo lo que aquellos oídos tenían para contar: historias, chismes, quejas, deseos y relatos que han escuchado hasta el diálogo de las moscas que papalotean en su local.

Abierto desde 1957, como dice en la entrada, el comedor de doña Adelina no tiene nombre: tanto se tardó en encontrarle uno, que sólo pintó la fecha de inauguración en la entrada y quedó satisfecha cuando todos comenzaron a llamarlo “Ahí donde Adelina” o “El del 57”. Ahí mismo, donde Adelina, descubrí que la expresión de don Lupe no era el resultado de un enojo ni de un estornudo ausente ni de un apéndice rebelde. Tampoco de la indignación colectiva.

Todo comenzó, cuenta doña Adelina, cuando don Lupe se encontró con el olvido por primera vez. Y en su mirada que hoy arruga el resto de su rostro, quedó grabado el momento en que una palabra lo llevó a olvidar lo que había olvidado.

Fue hace un par de meses, cuando el invierno todavía vestía de escarcha las mañanas. Don Lupe y don Melesio se encontraron para tomar un pancito con café en El del 57, como lo hacían todos los jueves desde que dejaron de vivir pared con pared. A las nueve en punto se sentaban en la esquina del lugar, acompañados por el vapor del café aguado y dulce que les calentaba las manos y el rostro entumido por el frío. Luego de largos silencios libres de prisa, comenzaban a sopear el pan y a recordar su infancia juntos. No siempre encontraban novedades en su memoria, pero invariablemente terminaban hablando del día en que decidieron empacar un litro de jugo y un kilo de tortillas para emprender un camino hasta alcanzar el horizonte y conocer esa línea donde el sol se esconde todos los días.

Aquel día, cuenta doña Adelina —quien ya se sabía la historia de memoria—, todo iba bien con el relato, hasta que llegaron a la parte de su fugaz y hambriento regreso (un día después de haber partido) sobre el lomo blanco de un caballo prestado que se llamaba... “¿Cómo se llamaba?”, dijo don Lupe. “No me digas, espera, no me digas. Prométeme que no me vas a decir. Por nuestra amistad, por el caballo que

nos regresó, que no me vas a decir”, repitió don Lupe mirando por la ventana hacia aquel mismo horizonte en busca de alguna pista, luego se cubrió el rostro con las manos, miró hacia el techo, cerró los ojos con fuerza para concentrarse en la oscuridad de sus párpados, frunció el ceño y comenzó a desesperarse. Nunca había olvidado nada de aquel viaje, tampoco de sus aventuras con Melesio. Cuando su amigo abrió la boca, tomando un poco de aire para decir el nombre del caballo, don Lupe le hizo prometer una vez más que nunca lo revelaría, con el miedo profundo a que éste fuera el comienzo de una vida sin memoria. Como todo buen amigo de la infancia, Melesio cumplió con su palabra: calló con un suspiro, siguió con el relato y nunca más mencionó el nombre del caballo.

Al cabo de unos minutos, don Lupe no sólo olvidó el nombre del caballo al que le platicó hace muchos años lo lejos que estaba el horizonte: pronto olvidó qué fue lo que olvidó. Sin saberlo, la punta de su lengua dejó de buscar aquel nombre del caballo blanco y las letras pronto escaparon de su boca para perderse en los vientos de su pueblo para siempre.

El rostro de don Lupe está desde entonces consciente de su olvido y conserva la expresión de aquel encuentro cuando frunció el ceño, tensó la boca y miró hacia el horizonte asomando los ojos por la rendija de las pestañas, pidiendo a la soledad de sus párpados que lo ayudaran a recordar. Su rostro le pide ahora, con arrugas y surcos, que recuerde que olvidó lo que había olvidado.

Pero don Lupe ya no piensa en el caballo. Solamente se pregunta cuándo fue que comenzó a envejecer tan rápido.

Calcetines

Como cada noche, se despertó con el pie derecho helado, exigiendo atención. Como cada cuatro de la mañana —para ser más precisa—, interrumpió su sueño con la misión casi sonámbula que su madre castigaba con el título de *maña*. El preludio a la misión comenzaba al meterse bajo las tres cobijas, tapar su cuerpo hasta el mentón y desnudar su pie derecho con la destreza del dedo gordo del otro pie. Así, y en posición de Tutankamón, confirmaba la temperatura perfecta para relajar el cuerpo y celebrar el comienzo de una jornada de sueño, regulada por un pie desnudo que salía y entraba de las cobijas con profesionalidad.

Como cada noche, entonces, despertó para concluir la misión de vestir de nuevo su pie derecho y preparar el termostato de la cama para las horas más frías de la madrugada que comenzaban, según su cuerpo, a las cuatro en punto de la mañana. El pie buscó el calcetín, como cada noche, con movimientos conocidos que imitaban a los de un sabueso. Recorrió cada rincón del fondo de la cama. Con desesperación, dobló las piernas para entrar al mundo de las tres cobijas y acompañar la búsqueda con las manos.

Comenzó a gatear, y a gatear, y a gatear más rápido adentro de sus cobijas, con la desesperación típica de cuando un plan se sale de control. De pronto, sus manos sudorosas se tropezaron con uno, dos, ocho calcetines; ninguno de franela, que era el extraviado. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, se encontró con un mar de calcetines. Pronto reconoció el estambre verde de algodón de aquel famoso calcetín de bebé tejido por su tatarabuela, que casi le cuesta el divorcio a su madre, luego de que desapareciera en una carga urgente de la lavadora. Reconoció el calcetín de Pumba que dejó huérfano al de Timón cuando hace no tanto tiempo se

había escondido entre los cojines del sillón de su tía y que nunca más encontró. Por ahí también estaba el calcetín de Navidad en forma de calcetín de Navidad que perdió cuando se escondió debajo de su cama en un intento fallido de emboscar a Santa Claus.

Con la respiración acelerada, se adentró en el mar de calcetines para buscar aquel que recién se había escapado de su cama. Se adentró en una montaña de franelas, algodones y telas sintéticas. Pronto les encontró caras, personalidad, hasta edad y profesión. Algunos terroríficos, con una mueca burlona que parecía reírse de su existencia. Otros tiernos, casi miserables, que le hicieron sentir una mezcla de ternura y compasión. Siempre lo había pensado, pero nunca había encontrado las palabras para reconocer la relación casi personal que sentía con sus calcetines.

Perdió la sensación de firmeza y, como en arenas movedizas, se retorció buscando la salida de ese mar que ya no lo dejaba respirar. Como serpientes, el historial de calcetines perdidos ya le inmovilizaban las muñecas, las piernas, y ahora la boca. Gritó hasta que no le fue posible hacerlo más. Batalló hasta dormirse, o desmayarse, más bien, pues dormir resultaba imposible sin calcetines cuando pasaban las cuatro de la madrugada.

Como cada noche, se despertó con el pie derecho helado, exigiendo atención. Como cada cuatro de la mañana —para ser más precisa—, interrumpió su sueño en busca del calcetín que regularía su termostato, pero esta noche algo era diferente: su calcetín estaba lejos de su pie, cautivo entre los dedos tensos y sudorosos de su mano izquierda, como estrangulado por un puño nervioso que sostiene un cuchillo, o una posible prueba de su visita al mundo de los calcetines perdidos. El listón de clausura, se prometió, de sus misiones nocturnas, o eso que su madre castigaba con el título de *maña*.

Cuando llegó el desierto

Los últimos días de los abuelos al volante eran una amenaza discreta para la ciudad más grande del mundo. El abuelo no escuchaba, pero veía. La abuela no veía, pero escuchaba. Quien manejara el Frijolito maniobraba con los oídos o los ojos del otro, según los achaques de quien pusiera ese día las manos al volante. Entre gritos serenos y coreografías de manos, los abuelos transitaban acompañados por ellos mismos, en trayectos con saldo blanco que sus hijos nunca lograron explicarse.

Así eran los abuelos a bordo del emblemático Frijolito, un resistente y destartado vocho negro de los años noventa, con antena kilométrica y cuatro abolladuras testigas de los choques que nadie jamás vio ni reclamó. Así eran los abuelos, hasta aquella mañana de tianguis que marcó el fin de una era y el principio de un final. El par *kamikaze* atravesaba, como todos los jueves, la avenida más larga de la ciudad guiados por un tanto de intuición mezclada con los sonidos familiares de perros, bicicletas, tamales y cláxones, el color de los semáforos y el eterno gris-contaminación del aire.

De pronto, un tope poco familiar en la avenida que conocían de memoria marcó la entrada súbita a una terracería desconocida. La avenida de asfalto se convirtió en un desierto sin sonido, sin más colores que el blanco reflejo del sol en un mar de arena y tierra. Ciegos por la luz y ensordecidos por el silencio del desierto, descendieron del Frijolito, que ya se hundía lentamente entre las dunas.

El abuelo sacudió la arena de su rostro y se talló los ojos empanizados, recordando fugazmente la última vez que había llorado en el velorio de su hermano, hacía diez años. La abuela lo vio sin mirarlo, mientras movía su mandíbula de lado a lado como examinando con la mente el interior de sus

oídos ya tapados y, como por instinto, empezó a dar brinquitos que alternaban sobre una pierna y sobre la otra, como le enseñaron a hacer de pequeña para sacar el agua del oído cuando nadaba en el río. Pero la arena ya estaba ahí, instalada en los ojos del abuelo y los oídos de la abuela.

El Frijolito se quedó atrás, vencido entre la arena con su antena y sus maniobras. Los abuelos emprendieron su trayecto a casa, con el peso de un desierto en cada uno de sus pasos. Así, lento y sin hablar, caminaron de la mano, con el cuerpo espolvoreado de la arena que llegó a sus vidas para quedarse.





ENSAYO

Nota introductoria

Sin importar su forma, un ensayo siempre intenta una proeza difícil, si no es que imposible: traducir a palabras las veleidades del pensamiento. Las imágenes, sensaciones y balbuceos comienzan a ordenarse en el papel. Los siguientes siete textos son vivo ejemplo de por qué ensayar significa enfrentarnos a una interrogante fundamental: ¿cómo pasar por el lenguaje nuestra vida interior, rica y compleja, que se resiste a ser capturada?

Leilani Ramírez se pregunta sobre la velocidad de nuestras ciudades y la prisa moderna tras algunos incidentes en el transporte colectivo de la capital monstruosa. Samantha Escalante Herrera edifica una fértil cartografía de las distintas casas que habitamos los humanos y los animales que nos permite reconocer en dónde depositamos nuestra simpatía, miedo y ternura. Gabriela Escobar conecta las sensaciones del campo con la vida en las regiones vacías del universo para explorar el significado del espacio en su acepción más amplia y lírica. A partir del encuentro con una navaja extraviada, Frederick Armstrong nos invita a pensar en todo aquello que rodea a los objetos perdidos. Gabriela Mier Martínez imbrica la escritura ensayística y narrativa para contraponer sus recuerdos de La Habana con la relectura de una

novela autobiográfica que escribió hace un tiempo. Finalmente, Brenda Cristina Moreno Rosas parte de la imposibilidad de la escritura para cuestionar los límites de la expresión mediante el ensayo y la creación plástica.

En conjunto, esta serie de textos puede leerse como prueba de que el ensayo es más que un ejercicio de retórica y argumentación: en él se da cabida al sentido del humor, el testimonio, las memorias y los experimentos visuales.

LAURA SOFÍA RIVERO



Leilani Ramírez

(Ecatepec de Morelos, 1996)

Actriz. Es licenciada en Literatura Dramática y Teatro por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha colaborado en las antologías *Mujeres escribiendo Mujeres. Estamos escribiendo nuestra historia. Compilación de biografías de mujeres que han transformado la escena mexicana* (2023) y *La necesidad de una reconstrucción. Ensayos para imaginar un futuro posible para las artes escénicas* (2023).



Caminar

*Casas enfiladas, casas enfiladas,
casas enfiladas.
Cuadrados, cuadrados, cuadrados.
Casas enfiladas.
Las gentes ya tienen el alma cuadrada,
ideas en fila
y ángulo en la espalda.
Yo misma he vertido ayer una lágrima,
Dios mío, cuadrada.
ALFONSINA STORNI, "Cuadrados y ángulos"*

Dicho de un ser humano o de un animal: ir andando de un lugar a otro

La mujer perdió su zapato en uno de los vagones del metro. Miré sus manos que se aferraban a un tubo sucio, sus venas exaltadas por la presión de la supervivencia. Pensé en un mono, en los monos que cuelgan y se balancean en las lianas para llegar hasta otro árbol. Pensé en la fuerza de sus muñecas. Ella era un mono que intentaba llegar a un asiento, se impulsaba hacia adelante, aunque tuviera un pie desnudo. No la culpo. Nos han enseñado a avanzar, a prosperar. Tampoco culpo a todas las mujeres que la empujaron, y me empujaron, en cuanto se abrieron las puertas del vagón. No nos culpo.

A diferencia de los monos, su cuerpo no quedó colgando sobre los aires, las rodillas de la mujer iban directo hacia el suelo. Supe lo que pasaba porque todas gritaban que había una chica caída, caída, como en las guerras, pero todas siguieron avanzando detrás de su objetivo, reitero, como en las guerras. Las mujeres buscando un lugar, un lugar.

Yo estaba sentada cuando la mujer luchaba por encontrar su zapato al mismo tiempo que trataba de sostenerse. Yo ya estaba sentada porque había llegado 20 minutos antes de lo

habitual a la estación, precisamente para no convertirme en un mono, para esperar el tiempo que fuera necesario hasta poder llegar al límite de la línea amarilla y ser empujada por la marea de gente y así alcanzar un asiento en el metro. No porque me moleste ser un mono, sino porque el viaje es largo, Indios Verdes-Universidad, de terminal a terminal. Una no puede ser un mono por mucho tiempo, es necesario dosificar lo salvaje antes de que sea demasiado tarde.

Recuerdo sus puños haciendo fuerza porque fue lo único que miré de esa guerrera que se las arreglaba en aquella batalla, misma en la que yo participaba. En cuanto la multitud la empujó hasta levantarse, pidió su zapato, pero nadie pudo pasarlo porque el combate aún no había terminado, todavía entraban personas al vagón. La mujer mono se balanceó hasta la puerta y lo recogió. Sé que lo tomó porque una señora que iba de pie le comentó a otra que la dueña del zapato ya lo había recuperado. Cuando las puertas del vagón se cerraron y todas estábamos ya dentro de la jaula, se hizo un silencio punzante. Lastimamos a una de nosotras.

Andar determinada distancia

Indios Verdes no sólo me parece un hábitat de animales salvajes, también he pensado que podría ser una cámara de gas. Los policías gritan "detrás de la línea amarilla, avancen, detrás de la línea amarilla, avancen, detrás de la línea amarilla, avancen". Nos piden que no empujemos, incluso cuando todas estamos inmóviles esperando en los andenes; probablemente es el tono de sus voces lo que nos motive a ser salvajes.

Ellos nos prohíben empujarnos y, en ocasiones, son los mismos policías quienes lo hacen. Nunca he visto a ninguno pedir que abran las puertas cuando las mujeres quedan atrapadas con sus mochilas o bolsas entre las puertas del vagón,

tampoco las persuaden de bajar y esperar el otro tren; al contrario, empujan. Los policías lo hacen porque no hay tiempo, las empujan porque ellas desean ser empujadas, necesitan subirse a ese tren, de verdad lo necesitan.

En la fila del mexicable, transporte que uso diariamente al igual que el metro, también imagino que camino hacia una cámara de gas, sobre todo cuando el paso es lento y los vigilantes con sus chalecos anaranjados gritan a través de sus altavoces. Exigen que avance, que no retrase a los demás, que me suba aunque sea parada, que lo importante es avanzar, ahorrar tiempo, ganarle al tiempo.

En su libro *Un día más con vida*, Ryszard Kapuściński relata una anécdota de una comunidad en Angola. Se había concretado un encuentro a cierta hora, el primero en llegar fue Ryszard, le pareció que ya era bastante tarde, pues no había nadie más que él, y entonces se acercó con el organizador para preguntarle a qué hora se iniciaría la reunión. Éste le dijo que el evento daría inicio cuando todas las personas llegaran. Gran respuesta, ¿no? ¿No podrían funcionar así los empleos y las escuelas? “Una escuelita de la lentitud”, dice Vivian Abenshushan en su ensayo “La escuela por venir”, un espacio “sin precipitación, sin ansiedades, sin fechas límite, sin producto final”. Respiro. El simple hecho de imaginarme un lugar así me devuelve el aire, libera la tensión de mis hombros y reduce el ángulo de mi espalda. Respiro al escribir esto, mucha razón tiene Maricela Guerrero: “dibujar hojas y árboles es respirar”.

Si alguien o algo me concediera tres deseos, uno de ellos sería precisamente ése: que en la vida se normalice la lentitud. Dos: una casa con jardín. Tres: una casa cerca de cualquier estación del metro. Tal vez la construcción de espacios en donde se piense el tiempo de una manera distinta, y no como el enemigo que hay que vencer, evite que las personas

se empujen para alcanzar un lugar y decidan esperar el próximo metro en vez de abarrotar los vagones. Tal vez eso abra la posibilidad de la espera. Espera, espera... ¿Corremos para alcanzar el tiempo o para huir de él?

La rapidez no es precisamente la responsable de que esa mujer haya perdido su zapato. Es decir, afirmar que la lentitud es la solución a los problemas ciudadanos, como es el caso del metro, resulta una respuesta muy sencilla, demasiado fácil, exigua. Si fuera el caso ya la hubiéramos implementado, ¿no? El gobierno hubiera realizado programas para fomentar la lentitud de la vida, por ejemplo, la carrera de los 1000 metros de tortuga, otorgaría becas para estudiantes que se piensen titular a lo último o bonos extras para trabajadores y trabajadoras que llegan tarde o entregan todo después de la fecha indicada, y la escuela zapatista o la de Cerdeña, que menciona Vivian en su ensayo, no nos resultarían tan ajenas en nuestro sistema educativo.

Lo que es cierto es que el ritmo acelerado y descontrolado de la vida influye demasiado en las decisiones que tomamos los seres humanos. ¿Cruzar la línea amarilla o mantenerse al margen? Si nos decidimos por la segunda corremos el riesgo de llegar tarde. La circulación del metro no tiene un horario fijo, y si lo tiene casi nunca lo cumple. Las unidades entran a la terminal de vez en cuando, no llevan un ritmo armónico, se quedan tres, cinco o hasta diez minutos esperando y luego cierran las puertas y se van. No hay patrones y como no hay patrones no sabemos con certeza a qué hora llegará uno de esos vehículos naranjas. Donde sí hay patrones es en las oficinas, ahí nos esperan con un reloj en la mano para “chechar”. Qué uso tan feo para este verbo, ¿chechar qué?, ¿el tiempo, la disciplina, la obediencia?

El metro no funciona como las orquestas musicales en donde cada quien sabe en qué momento entrar. En el metro

de la Ciudad de México no existe la rutina; parece contradictorio, pero sé lo que estoy diciendo. Me refiero a que todo puede suceder ahí. Una vez vi rodar un melón por los suelos, una chica lo levantó y comenzó a preguntar por la propietaria, al final se lo quedó ella; hace años me encontré a mi hermana en el mismo vagón, y antier le fracturaron los dedos a una señora en la estación Hidalgo de la línea 3. En este lugar no cabe la rutina, caben 170 pasajeros por vagón, pero no la rutina. Por supuesto que no los he contado; si no pude ver el rostro de la mujer que perdió su zapato, mucho menos podría haber contado cada cabeza que sube al vagón conmigo.

Según una nota de septiembre del año pasado, publicada en *El Economista*, en los nueve vagones que posee cada tren del metro de la Ciudad caben un total de 1530 personas, 360 sentadas y 1170 paradas. ¿Habrán contado a las personas que ocupamos un mismo espacio, a las que vamos casi cargando en nuestras piernas o a las que compartimos el asiento con una amiga o hermana?

Decidimos ser monos porque no queremos que nos descuenten una jornada laboral por 15 o 20 minutos de retraso. Ser tortuga o caracol no es una opción cuando sabemos que a veces hasta por 10 minutos de demora no se nos permite ni siquiera tocar la puerta de un salón de la universidad, ni explicar, ni chillar, ni rogar, nada. ¿Quién inventó el tiempo? No, mejor dicho, ¿quién inventó los relojes? ¿Para qué? ¿Cuál fue su afán por medir la vida y organizar nuestro caminar?

En esa misma nota se aclara que las cifras son estimadas, pues nadie sabe con exactitud cuántas personas suben en las horas pico, vaya, nadie sabe realmente cuántas personas habitan la Ciudad de México, el país, el mundo, ¿o sí? Los censos son estimaciones, pero una verdad absoluta no existe. Los seres humanos buscamos certezas en el tiempo; si no podemos contarnos a nosotros, contemos los segundos.

El reloj no nació cuando nació el tiempo. En la antigüedad las civilizaciones dividían el día de la noche por la simple presencia y ausencia de la luz. El primer instrumento para medir el tiempo fue el reloj de sol, inventado por los egipcios. A través de las luces y sombras que se miraban en los obeliscos se medía el tiempo. También existieron los relojes de agua, la cual caía en recipientes marcados, pero se dice que descubrieron que conforme la fuente primaria se iba vaciando el agua caía más lento, entonces el tiempo no era exacto. ¿Qué hacían después con el agua? ¿La bebían? ¿Ganaban segundos de vida?

Consulté una investigación llamada *Relojes, en la medida del tiempo*, realizada por la curadora chilena Carolina Barra. En el primer apartado se indica que durante la época de la colonia algunos cronistas medían el tiempo de grandes sucesos a través de credos. Es decir, el tiempo estaba regido por lo eclesiástico. “Oye, tú, llegaste 10 credos después, ¿qué pasó?”. “Sucede que...”. “No me importa, 10 credos de castigo”. “Me hiciste perder mi tiempo”.

En 1393

apareció

el reloj de

arena; éste no me parece

tan ajeno, pues forma parte de muchos juegos de mesa. Y ahora que lo pienso es más divertido jugar con él, ver el tiempo agonizar frente a nuestros ojos incrementa el suspenso del juego. Matar el tiempo jugando *100 mexicanos dijeron* mientras mato al tiempo atrapado en un reloj. Condenado a otra partida, a la revancha, a la vida eterna. Termina donde nacerá. Origen y final. Ya no quiero jugar.

Alrededor del año 1300 ya comenzaban a surgir los relojes mecánicos; en 1657 el matemático holandés Christian Huygens construyó el famoso reloj de péndulo, el favorito de las personas con ansiedad. Este reloj me representa no sólo por la ansiedad, también por el vaivén del péndulo. En italiano existe una palabra para nombrar a las personas que viven en la periferia y viajan diariamente hasta las capitales: *pendolari*. Justamente viene de la idea de un péndulo, se refiere al ir y venir haciendo grandes trayectos. Llegar al punto, tocar y regresar, tocar y regresar, tocar y regresar, por eso me representa. En Italia, a este fenómeno se le llama *pendolarismo*; acá, en México, le llamamos *periferia*, pero me gustaría adoptar la palabra italiana, sólo por la imagen del reloj.

La evolución del reloj se dio con el tiempo, o sea con él y durante él. Surgieron el reloj eléctrico, los relojes de pulsera que se produjeron en masa durante la Primera Guerra Mundial y así hasta llegar al reloj digital y al reloj inteligente.

Está bien, no hay manera de responsabilizar únicamente a Huygens ni a los egipcios. Esa mujer perdió su zapato por otras razones, pero algo interesantísimo propuesto en la investigación de la curadora chilena es la transformación del tiempo a través de la evolución de los relojes, quiero decir, sobre el concepto del tiempo. Ella cita en su investigación a su compatriota, el historiador Eugenio Pereira Salas, quien hace hincapié en la forma en la que se comienza a pensar el tiempo como un mecanismo de control para las masas. Nos explica que desde la época de la colonia el lenguaje de las campanas manipulaba a la sociedad, pues indicaba las horas de rezos, el día y la noche. La Iglesia era dueña del Tiempo de las otras personas, por así decirlo, y este poder se heredó después a las empresas para controlar los tiempos de producción. En conclusión, seguimos moviéndonos al ritmo de esas campanadas. Vendemos tiempo a cambio de salarios insuficientes.

Es cierto: la culpa no la tiene la invención del reloj, ni mucho menos el concepto del tiempo. Organizar nuestro andar tiene muchas ventajas, pero la guerra de las manecillas deja estragos en nuestras vidas y hace que las mujeres mono pierdan sus zapatos dentro del metro. Caminar lento en la ciudad se ha vuelto un acto de rebeldía. Resistir ante el minuterero. Corremos para huir del tiempo pensando que viene detrás de nuestros talones, cuando en realidad lo traemos en las plantas de nuestros propios pies.



Samantha Escalante Herrera

(Mérida, 1987)

Psicóloga. Es licenciada en Psicología y maestra en Psicología Clínica por la Universidad Autónoma de Yucatán. Explora el mundo a través de las prácticas narrativas y colaborativas.



Casas

Casa nido

La avispa africana Odynerus vespiformis lleva gotas de agua a los nidos de barro fabricados y abandonados por otras abejas a fin de romperlos y remodelarlos para su propio nido.

JUHANI PALLASMAA

Muchas especies de animales preparan con cuidado el lugar que protegerá a sus crías. Nido. Lugar seguro. En mi familia, la preparación para el nacimiento de mi hermano menor consistió en deshacer mi nido con el fin de construir uno para él. En mi nido vivíamos mi gato Bart y yo. Cuando llegaba del kínder lo llamaba y él llegaba corriendo desde el patio, haciendo un ronroneo combinado con maullido. Encontraba la manera de subirse a mi hamaca durante la noche sin que yo me diera cuenta, mientras dormía, y por las mañanas me saludaba cerrando y abriendo sus ojitos con suavidad. Solíamos buscar caracoles en el jardín. Yo los metía en una caja de cartón en un acto de inocente e infantil crueldad al intentar coleccionarlos. Bart me acompañó cuando aprendí que a ellos no les gusta vivir encerrados. Con sus ojos bizcos, miraba cómo los caracoles buscaban salir apenas yo los metía.

Un día llamé a Bart. Ya no llegó. Mi papá se lo había llevado a vivir a otra parte, según dijo mi mamá, porque temía que sus pelos pudieran provocar enfermedades a mi futuro hermanito. Bart se quedó sin casa, desapareció mi nido y apareció uno para el nuevo bebé.

Casas que ya no lo son

Una tarde más, como ninguna otra. Camino con Garú y Kali hacia el parque. Salimos todas las tardes a las seis, porque el sol yucateco que está por ocultarse ya no hace hervir el asfalto que podría quemar sus patas. A esa hora los kaues, esos pájaros negros que parecen cuervos, llegan a sus casas para descansar. Hacen un gran escándalo y me encanta escucharlos e imaginar sus conversaciones. ¿De qué hablan los kaues y por qué gritan tanto cuando están llegando a sus hogares? Viven en las ramas de los árboles del parque, de los pocos que sobreviven en el fraccionamiento de miles de casas de interés social. La constructora dejó sólo unos cuantos, sin pensar en las casas de los pájaros ni en la sombra que los árboles nos daban a los humanos. La constructora no sabe de equilibrio ecológico. O no le importa. La constructora. ¿Quiénes son la constructora? ¿Dónde viven?

Estamos ya muy cerca del parque. Los últimos rayos de luz dejan el cielo rosáceo con tonalidades que ascienden hasta el gris azulado. Conforme nos aproximamos más a nuestro destino, las orejas de mis perros se levantan y mis tímpanos se irritan. Los kaues están armando un alboroto más fuerte de lo usual. Parece una protesta. Cuando por fin llegamos al parque, Kali se detiene en seco con el hocico olfateando el aire. Garú me ve y también olfatea. Yo hago un recorrido con la vista, incrédula. Las copas de los árboles del parque están podadas. Sólo unas cuantas ramas sobrevivieron a la masacre. Algunos perros olfatean un nido que está tirado en el suelo. Los kaues, que llegaban a su lugar de descanso, no lo encontraron más. Eran sus árboles, pero ya no eran sus árboles. Eran sus casas, pero ya no eran sus casas. Todos los animales del parque, humanos y no humanos, observamos y olfateamos el desolador escenario, mientras los kaues gritan más fuerte y seguramente

dicen cosas diferentes a las otras tardes. Pienso en qué harán. Qué sentirán al enterarse de que ya no tienen casa y recuerdo cuando yo tenía seis años y llegué a la mía, pero Bart ya no estaba y ésa ya no era mi casa.

Casas grandes y pequeñas

Hay una reunión familiar en Motul, en casa de la bisabuela. A mí me encanta ir para trepar el árbol de ciruelas que vive en su gran solar. La bisabuela nos sirve a todas las nietas y bisnietas platos grandes y llenos de potaje de lentejas. ¡Coman, coman! Obedecemos y lo disfrutamos. La luz del sol que se cuele entre algunos árboles del patio logra entrar por la ventana de la cocina. Doy una cucharada del potaje humeante y observo las sombras que se crean entre los cucharones viejos y deformes que cuelgan de la pared, sobre la estufa. Una mariposa negra y grande revolotea cerca del alto techo. En un momento de su vuelo, un rayo de sol toca sus alas y ella se ve aún más negra. Una de mis primas grita mientras señala a la mariposa. La abuela le dice que a ella le importa volar, no estar en el piso, así que no se acercará. Hay que dejarla volar y tú acábate la comida, le dice. Cuando terminamos llega el bisabuelo y nos dice, otra vez, que comamos. Nos sirven otro gran plato. Nuestros papás llegan a salvarnos del empacho y conversan. Hablan de la prima Maru que ha conseguido un trabajo en la nueva empresa, una maquiladora gringa llamada Monty que se instaló en el pequeño pueblo prometiendo *progreso*. Después del auge y explotación del henequén, la familia lleva décadas teniendo dificultades para recuperar algo de solvencia económica. Maru podrá obtener un crédito para una casa y la familia lo celebra. Desde ese día, en cada reunión, se habla sobre la casa de Maru. Cuando se la den, cuando viva en ella.

Años después, cuando por fin obtuvo su casa, la decepción no se hizo esperar. Era una casa muy pequeña, de interés social, que ni siquiera tenía patio y que no se comparaba en nada con el lindo solar donde creció. Ahora, Maru se siente encerrada ahí, así que pasa los días en el solar de la bisabuela.

Casas cárceles

En el solar de la bisabuela había cerdos. Aunque el patio era enorme, los chiqueros eran muy pequeños. Vamos a ver a los cochinos, me decía ella, tomándome de la mano. Yo pensaba que esos animales vivían en granjas bonitas y de madera de color rojo. Que salían a tomar el sol mientras se revolcaban felices en el lodo, como aparecía en los libros de la escuela o en los cuentos. Los cerdos de la bisabuela sí tenían lodo en las patas, porque el piso del chiquero estaba sucio. Al día siguiente se los llevaban. Yo no sabía a dónde. Algunos meses después de visitar a la bisabuela y ver a esos cerdos, descubrí su destino. En el patio de la casa de una tía, vi y escuché que varios hombres sometieron y asesinaron a un cerdo que gritaba y trataba de huir despavorido. Nunca volví a escuchar un sonido tan aterrador hasta que vi un documental de las granjas de cerdos y vacas. Estos animales, así como los que viven en zoológicos, no tienen casa, sino cárcel. Después de ver el asesinato de aquel cerdo en casa de mi tía, pasé varios días pensando en los que ahora estaban encerrados en el chiquero de la bisabuela. Había una cerda con sus hijitos jugando alrededor de ella. Se perseguían entre sí haciendo sonidos graciosos. ¿También llevarían a esos bebés a la casa-matadero de mi tía?

Los cerdos no eran los únicos que vivían encerrados en ese gran solar. A unos metros de los chiqueros había un cuarto que más bien parecía una celda, porque tenía una reja.

Entraba un poco de luz por una pequeña ventana que iluminaba la habitación pintada de color azul cielo. Dentro había una hamaca de hilos verdes y amarillos que se mecían lentamente. Ahí estaba el tío Julio. Siempre que lo veía, estaba acostado meciéndose y dando la espalda a los barrotes. Como si prefiriera ver la resignación de la pared que dolía menos que la inalcanzable libertad al otro lado de la reja. En su juventud, comenzó a hablar solo y a veces le hablaba a la gente en la calle. Se volvió *el loco del pueblo* hasta que un día llegó ensangrentado a la casa de la bisabuela, pues unos hombres lo golpearon. Ella ya sabía reconocer cuándo su hijo entraba en periodos peligrosos de monólogos que parecían no tener sentido. Con dolor, los bisabuelos convirtieron la pequeña bodega de la casa en la celda que protegería al tío Julio, cual nido abarrotado, en sus lapsos de locura. El tío, consciente de que algo sucedía con él, tomó el consejo de algún amigo y decidió internarse en el psiquiátrico de la ciudad de Mérida, a 40 minutos de Motul en combi. Lo encerraron una semana y no lo querían dejar salir. Una de sus hermanas, que tenía contacto con amigos de las autoridades, consiguió que lo liberaran. Él, quien había entrado por voluntad propia y caminando, sólo pudo salir ayudado por sus hermanos, pues ya no se podía sostener solo. Nunca volvió a tener los momentos de lucidez y, por su propio bien, tuvo que ser encerrado en esa celda, en la que yo lo veía cuando era niña, después de ir a ver a los cerdos, que también estaban encerrados. Cuando pasaba por esas cárceles, mi cuerpo sentía el encierro y mi voz también se aprisionaba en silencio. Dudas comenzaban a formarse en mí, aunque en ese momento no podía darles forma ni expresarlas: ¿por qué estaban encerrados los cerdos y el tío? ¿Por qué alguien tendría que estar encerrado? ¿Es suficiente ser diferente, en cuerpo o mente, para merecer un encierro?

A menudo recuerdo y me pregunto en qué soñaría el tío todo el tiempo que dormía en su hamaca dentro de la celda. Tal vez soñaba con los días en los que caminaba por el pueblo con libertad. A menudo me pregunto con qué sueñan los cerdos de las granjas si nunca han pisado el pasto o si nunca el sol ha tocado su piel, más que el día en que los llevan al matadero.

Casa móvil, casa emocional

¿Qué tiene que suceder para que alguien viva mucho tiempo en una misma casa? Recuerdo las marcas de los cuadros en la pared de la casa de mi abuela. Pasaron décadas hasta que pareció necesario pintar las paredes. Cuando quitamos los cuadros, la pintura que estaba debajo de ellos era mucho más fuerte que la de las zonas donde nada protegía la pared de la luz del sol o del paso del tiempo. Como si las marcas de los cuadros fueran una especie de portal al pasado.

¿Qué tiene que suceder para que alguien no viva mucho tiempo en una casa? Yo, en cambio, nunca he visto ese fenómeno en mis casas. Nunca he pasado suficiente tiempo en alguna de ellas para que pueda apreciar esos portales al pasado que dejan los cuadros sobre la pintura que tiene décadas de edad. Mis portales al pasado son otros, porque me he mudado 10 veces en mi vida. La primera mudanza ocurrió en mi adolescencia, en compañía de mi familia, porque mi mamá quería dejar de vivir con mi papá de una vez por todas. Nos cambiamos de casa y él volvió a vivir con nosotras unos meses después. Las demás mudanzas sucedieron en mi adultez, por decisión propia, para estar en pareja, para ya no estar en pareja, para estar en un lugar mejor, por trabajo. A falta de una casa fija y después de cientos de cajas cerradas, abiertas y trasladadas, comencé a pensar que lo mío era tener una casa móvil. Un conjunto de cosas —o personas— que trasladaran

mi casa emocional a la próxima casa física que habitaría. Algunas libretas, plantas, cuadros, fotografías, libros, una taza de barro para café, tatuajes, mi esposo y yo, nuestros gatos y perros, éramos la casa móvil que contenía mi casa emocional durante mucho tiempo.

Las casas emocionales también necesitan mantenimiento, atención, cuidado. No siempre escoges lo que las constituye, a veces ellas te eligen y, a veces, se derrumban.

Llevaba una semana de casada en mi nueva casa. Mi esposo trabajaba fuera de la ciudad y yo platicaba con mi hermana en la sala. La puerta que daba a la cochera estaba abierta. En medio de una carcajada, entró. Un gatito hermoso y pequeño. No tendría ni un año. Mi hermana y yo cortamos en seco la conversación al sorprendernos, cual amantes de los gatos, por ése tan lindo y tan Juan por su casa. Se acercó a los platos de comida de mis dos gatas y se puso a comer como si hubiera vivido ahí desde siempre. Le llamé por teléfono a mi esposo y le conté del bello gatito confianzudo. Ese día agregamos un plato a nuestra familia.

Ternura, belleza, búsqueda constante de atención y cariño. Hablador, con antifaz, ojiazul, colicafé. Lo llamamos Crix.

Pasaron mudanzas y ocho años. Ocho, como las ocho vidas de Crix. Me encontraba en una playa el día que empezaba el caluroso invierno de Oaxaca. Faltaba una semana para la firma de mi divorcio. De pronto, mi aún esposo me llamó disculpándose por interrumpir mis vacaciones y diciendo entre sollozos: "Murió Crix". Mis vacaciones murieron también. Yo morí también.

Crix nos dejó, después de habernos admitido en su vida de cuatro patas y de habernos nutrido el hogar con su existencia. Mi esposo y yo nos divorciamos a mi regreso, pero Crix nos unió de otra forma y se quedó más que nunca en nuestra casa emocional.

Casa tierra, casa yo

*De mi esférica idea de las cosas,
parten mis inquietudes y mis males,
pues geoméricamente, pienso iguales
lo grande y lo pequeño, porque siendo,
son de igual importancia; que existiendo,
sus tamaños no tienen proporciones,
pues no se miden por sus dimensiones
y sólo cuentan, porque son totales,
aunque esféricamente desiguales.*

PITA AMOR

Me sorprende pensar con detenimiento que nací (de) en una tierra donde se puede cocinar enterrando la comida, envuelta en hojas de plátano, porque la tierra y el sol son el mejor horno.

Me sorprende darme cuenta de que extraño Campeche, una pequeña ciudad de la que renegué cuando llegué a vivir en ella y que ahora anhelo volver a habitar y a que me habite. Extraño el viento que se siente en la Puerta de Mar que mira al malecón, viento que tantas veces escuchó mis dudas.

Detesto el sonido del tráfico de la gran ciudad donde vivo ahora y detesto que me cueste trabajo ver los celajes, a causa de los edificios altos que me rodean, pero adoro ver y escuchar a mis vecinos pájaros. Ellos viven en un poste de electricidad que está frente a mi ventana, en el cuarto piso de un departamento que es aún más pequeño que la casa de la prima Maru, pero que contiene una casa emocional muy grande.

Cerca de esta ciudad, no hay cenotes que refresquen mi piel, pero sí hay bosques frescos a los que he aprendido a pedir permiso para entrar en ellos y que me ayuden a recordar que soy parte de la tierra.

Cada vez que termino de desempacar después de cambiar de casa, temo colgar mis cuadros, porque a lo largo de

mis mudanzas comienza a vivir en mí la cada vez más fuerte sospecha de que, cuando los cuelgo, una mudanza nueva se asoma. Aún no distingo qué parte de mí decide esos cambios.

A veces construyo nido y luego lo deshago. A veces se me rompe y eso no siempre lo veo venir. Pero donde sea que me encuentre, descubro materiales nuevos que me ayudan a construirlo. A construir mi casa, ya sea en tierra caliente o templada; en tierra que está al nivel del mar o dos mil metros por encima de él. Tierra. La tierra. Hogar para mis gatos, para los kaues y para las mariposas negras. Hogar para esta casa, que soy yo, como los caracoles que intenté coleccionar mientras Bart me observaba, pero que siempre se salían de la caja llevando a cuestas su propia casa, para vivir en la tierra, para vivir con la tierra.



Gabriela Escobar

(Montevideo, Uruguay, 1990)

Música y escritora. Publicó la novela *Si las cosas fuesen como son* (2022, Premio Juan Carlos Onetti 2021 en Narrativa). Colaboró en la antología de poesía lésbica *Devotas* (2021).



Asimetría de los cuerpos

Declarar amor, caer hacia arriba

A.L.

En el campo de manzanas también había peras y en los bordes de los cultivos las peras nacían rojas como manzanas. En el cruce el contagio. Las manzanas se alargaban, las peras se engrosaban y el sabor migraba de una fruta a la otra. Las comíamos recién fumigadas, la lengua picaba, la cabeza dolía, el patrón tuvo enfermedad de la sangre y dijimos: las manzanas.

En verano dormíamos entre los barriles de miel porque la casa qué calor, me bajaba el azúcar entre las sábanas y medio dormida trepaba el barril, metía la mano, chupaba los dedos, y entre mis dientes quedaban las alas de las abejas muertas en el proceso apicultor. Después, mi lengua tenía alas. Y a veces, el piso cuerpos: abejas sin tridimensionalidad.

Pienso en lo que sube. Si vuelco el plano, lo que sube va hacia un costado. Si giro la hoja, estas letras caen.

Estábamos entre los manzanos, paradas, midiendo la distancia entre el sol y nuestros pies. Marzo, todos los días caían manzanas de los árboles. Una cruz en el aire. Golpes secos contra el pasto el fruto tirándose a la tierra, es la rama que lo suelta o es la fruta que se sacude para abandonar el tronco común. El sonido de los golpes subía por la ventana y se metía en los sueños. Y yo soñaba que mi corazón era una mano que golpeaba la puerta.

Algunas manzanas caían fermentadas, muertas antes de morir, las subíamos a la camioneta y las llevábamos a la fábrica

de sidra, otras caían inmaduras y las mordíamos mucho antes de tragarlas, pero todas las manzanas caían en vertical de la rama al pasto.

Y hubo una
que se detuvo en el aire.

“En la antigüedad, lanzar una manzana a alguien era declararle simbólicamente el amor; y de manera similar, atraparla era mostrar que se aceptaba aquel amor”. Escucho un golpe y otro y otro. El manzano lanza una declaración al suelo. Una, otra, y otra y otra.

¿Por dónde miran las manzanas, dónde tienen el ojo?

También caía agua del cielo entonces saqué una foto: rayas verdes, puntos rojos, el pasto lloroso con cáscaras salpicando. Jugábamos a caminar en lo oscuro sin estrellas, ir con la boca abierta hasta llegar con los dientes a una manzana, la que traía un pedazo en la boca se lo pasaba a la otra, era la manera de declarar un beso. El resto de los días y de las noches, nuestro cuerpo tuvo cuatro manos, dos corazones y el doble de mitocondrias. Así, cavábamos un pozo, mirábamos dentro, metíamos raíces, y cerrábamos con tierra.

Por el agua cayendo comimos tarta de frutas, oímos radio y practiqué música en una melódica. Hacía años que tocaba para no pagar boletos, había aprendido cómo estirar o apurar la música para bajar donde quisiera. Tocaba una y otra y si me faltaban paradas recitaba información falsa y verdadera sobre los compositores de la música que tocaba: Chopin, Piazzolla, Gilda, Mozart y Anónimos. Tocar en el ómnibus era poner el tiempo en el espacio, aprender cuántas canciones entran en dos kilómetros, encontrar el ritmo justo

para saltar trayectos. Era mantener un ritmo propio mientras el bondi se movía a su manera, frenando las ruedas cuando mi música no paraba o temblando ventanas a contrapelo de un estribillo. Con el brazo agarrotado, los dedos hiperágiles, la manguera de plástico en mi boca, la baba, la baba, los niños diciendo “es un *piano a flauta*”, “un piano de viento”, las confusiones de si soy macho o hembra o nena o varón, y cruzarme a mi profesora de piano y tocarle Bach con las manos heladas, construir un recuerdo que dice “me odió y no me dio monedas” pero recordar mejor y descubrir que sí, que sonrió y fue amable, además.

En la radio también llueve, la estación sintoniza ruido que sueña a espacio, a tamaño, a grandes distancias.

En el inicio, cuadro vacío.

Agregamos una nube.

Agregamos viento.

Agregamos una alfombra de ondas lentas, pesadas.

Tenemos ruido blanco.

Desde que vimos la manzana detenida en el aire, pienso en los astronautas: por qué algunos se vuelven alcohólicos cuando llegan del espacio, qué pasa con sus huesos, cómo pueden dormir flotando dentro de las naves. ¿Existe el yo que no pesa? ¿Qué es la gravedad? ¿Siempre atrae más lo denso? ¿Puede la gravedad, en vez de unir dos cuerpos, separarlos?

La manzana no puede darle la espalda al cielo. No tiene atrás.

Cuando abrió el cielo borramos el perímetro y salimos a caminar. Dijimos: Vamos a ver qué hay allá. Siete cuerdas lejos encontramos un pino, tres clavos le sostenían un cartel: co-

NOZCA SU PLAGA.

Una fila breve de personas esperaba turno, con tallos y frutos enfermos entre las manos, en frascos, o bolsas. En la espera simpatizaban contándose los síntomas y efectos del padecer cosechas con problemas. Luego entraban de a uno a la casa de Selmar y Chicha, que diagnosticaban y ofrecían métodos de cura. Vimos manzanas grises, peras huecas, hongos en rama, y nos divertimos hasta que la imagen de la enfermedad dejó de seducirnos.

Podríamos haber llevado nuestra manzana, la que se detuvo en el aire, pero no estaba enferma, y nadie nos creería si decíamos que, por unos segundos, la fruta, sin estar agarrada de nada, no cayó al suelo.

En el espacio, en la órbita terrestre, las plantas crecen igual que en la tierra. La microgravedad no afecta el sentido del crecimiento. El agua, en cambio, no fluye. El chorro se repliega sobre sí mismo y todo caudal se dispersa en gotas aisladas.

Amaneció. El manzano cachorro todavía no da manzanas, nos sacamos una foto con él, nos llegaba hasta la cadera. Sin aviso, se hizo la hora de dejar de hablar en plural. Salimos —saliste y salí— del campo al camino. Desde la nave con su mínima ventana, el astronauta nos mira y ve:

Un manzanar

Luego dos puntos que se mueven y tienen pelo humano

Un camino de árboles y sobre él, uno de los puntos avanza.

El mismo camino de árboles y sobre él, avanza el otro punto en dirección opuesta.

La nave del astronauta gira por la órbita terrestre, tan rápido, que la noche y el día se alternan cada 90 minutos. Tan

rápido, que cada vez que pestañea, el astronauta aparece 8 kilómetros adelante.

¿Adelante?

El astronauta mira por la ventana: los puntos se alejan, se alejan, se alejan, les crece el pelo, se alejan más, más, y más, más, y más y más.

El astronauta observa, mira cómo nos alejamos y cómo se alejan las manzanas y el verde lloroso y el barril de miel y el pozo a dúo y proyecta una línea e imagina: si los puntos siguen su camino indefinidamente
alrededor de la Tierra
a la velocidad de mi nave
dentro de 45 minutos se van a reencontrar.

Y enseguida
volver
a separarse.

Al terminar la misión, los astronautas vuelven desinflados a la Tierra, dentro de la piel el hueso ha empezado a desaparecer: el cuerpo que flota no precisa osamenta. El regreso es lento, tardan meses en recordar que, en algunas partes del universo, las cosas pueden caer.



Frederick Armstrong

(Tampico, 1972)

Contador público con estudios en literatura iberoamericana, literaturas mexicanas en lenguas indígenas, escritura creativa y teología. Ha colaborado en periódicos del norte de México y en publicaciones de la Universidad Iberoamericana, el Instituto Cultural Tampico y PastoralSJ.



Nada está en su lugar

*Things are in the saddle,
And ride mankind.*

RALPH WALDO EMERSON,
“Ode, Inscribed to William H. Channing”

En la bolsa de unos pantalones cortos guardados en un cajón encontré una navaja que consideraba ya perdida. La distracción, aunada a la necesidad de categorizar la ropa en niveles de suciedad (bajo el pretexto ecológico de ahorrar agua), me hizo prescindir, por un par de años, de dicha herramienta. El gozo de recibirla como regalo de cumpleaños se repetía ahora en el gozo de recuperarla. Un mismo artefacto me generaba una reiterada satisfacción por su presencia.

De los placeres cotidianos, pocos serán más gozosos que el involuntario y fortuito gusto de encontrar algo que se daba por perdido. Me refiero, por supuesto, al ámbito de lo inanimado, pues un ser querido extraviado —sea de la especie que sea— entra en una esfera distinta y nunca se da del todo por perdido hasta que lo es. Lo extraviado es aquello que no vemos, esté donde esté. Existe y no existe. Los objetos, al estar ausentes, corren el riesgo de tomar cualidades otorgadas por el recuerdo; al igual que la flecha, el lazo y la cruz descritas por Borges, pueden mutar en algo distinto hasta ser “rebajados o elevados” por la memoria.

En *Cien años de soledad*, el gitano Melquíades pregona: “Las cosas tienen vida propia [...], todo es cuestión de des-pertarles el ánima”. Algunas veces parecen tenerla. Parecen contar con voluntad de entrar y salir de nuestras vidas. De colmarnos de felicidad o fastidiarnos. De ser algo más que cosas que nombramos para entender y catalogar el mundo. Los llenamos de cualidades y los estampamos con recuerdos;

incluso, como menciona el teólogo Leonardo Boff, se tornan sacramentales dependiendo de la historia y el linaje del objeto y de cómo nos hemos relacionado con él. Adquieren, además, cualidades únicas. Cuando hablo en estas líneas de una navaja, estoy refiriéndome a una en particular. Manufacturada en serie, igual que miles, tal vez millones, que pueden ser idénticas, pero no serán nunca a la que me estoy refiriendo. Al leer la palabra *navaja* cada quien imaginará una diferente. Los objetos nos ayudan a representar la realidad, a armar y entender lo que vamos experimentando. Cuando faltan, el mundo que percibimos queda trunco, incompleto.

Y vaya que padecí el abandono de mi navaja. Pasé mucho tiempo buscándola, tratando de adivinar dónde la había perdido e incluso llegué a pensar que me la habían robado, culpando a otros por mi descuido y haciendo diversas teorías al respecto. (¿Es el objeto de quien lo pierde? ¿De quien lo encuentra? ¿De quien lo extraña?). Prometí mandar a san Pafnuncio, san Pascual Bailón y a toda la corte vernácula que se da a la tarea de encontrar lo perdido a cambio de un soborno de rezos que, por lo general, queda en promesa. Todo fue en vano, aquel instrumento perdido estaba donde había sido dejado. Él conocía exactamente su localización. Quien no la sabía era yo. ¿Quién estaba entonces perdido?

Cual prueba de carbono 14, olvidado junto a la navaja encontré un cubrebocas, signo de los tiempos y del olvido. Signo también de una disminución en el uso de los pantalones cortos que insinúa una caída en picada de la actividad al aire libre. Pienso en las cosas que cargo en el bolsillo y considero habituales. Ricardo Rivadeneira V., en su ensayo “En busca del objeto perdido”, menciona que “pensar el pasado constituye la posibilidad de recordar a partir de las vivencias cotidianas, las cuales están mediadas por el contacto con los objetos de uso y con las rutinas. Es entonces en medio del ambiente

doméstico donde afloran involuntariamente los momentos y los objetos perdidos”.

A esta disminución en el uso de cierta ropa, obedece el reencuentro con mi navaja. Sacaba, no sin cierta melancolía y resistencia, algunas prendas que ya no usaba o no cabían y revisaba los bolsillos, seguro de que era una actividad fútil. El hallazgo iluminó un domingo ordinario opacando el sinsabor de despedirse de aquella ropa; a pesar de ser una actividad que debería darme gusto por la reutilización a la que sería sujeta, no deja de ser un desprendimiento de algo que me ha acompañado a surcar la realidad. Más allá del materialismo y la acumulación impuesta por el capitalismo voraz, los objetos nos ayudan a completar nuestra cosmovisión. Existe, sin embargo, un desequilibrio en este vínculo: nuestra existencia está íntimamente ligada a la posesión y el dominio de los objetos, ellos en cambio no tienen necesidad de ser poseídos. Su existencia no estriba en la dependencia que tengamos de ellos; la nuestra, por otro lado, muchas veces se sostiene y mantiene gracias a su presencia.

Claro que no todo lo que se pierde regresa. Muchas veces nos es arrebatado. He sufrido en mi vida un par de asaltos y en ambos he perdido de manera irrevocable sendas navajas (¿casualidad?, ¿confabulación cuchillar?). Una, multiherramientas que había sido un obsequio; la otra, de hoja sencilla, comprada para reemplazar la que creía perdida y aguardaba pacientemente a ser encontrada en la bolsa de un pantalón: esa misma que ahora, como el hijo pródigo, regresaba. Valga hacer una aclaración para estos tiempos de violencia y autodefensa: mi *love affair* con las navajas, más que por protección o ataque, estriba en una idea peregrina y *survivalista* de “qué pasaría si”. Creo que fue por mi padre y su temor a la bomba atómica, entre otros riesgos que siempre están a punto de materializarse, que comencé a vislumbrar escenarios catastróficos

de los que sólo me salvaría con una navaja y las agujetas de mis zapatos. Recuerdo que a los ocho años tenía una cartera de plástico de *Los duques de Hazzard* que nunca albergó un solo peso, pero sí una lupa, un anzuelo y un pequeño rollo de hilo, por aquello de tener que pescar para sobrevivir. Si bien vivo en la costa, creo que exageraba un poco y, más aún, porque no sé pescar.

Otras veces, el objeto se ausenta y opta por permanecer así. Nos reta a que lo reemplacemos. Quiere tornarse en sujeto, tener nombre propio, ser identificado, deseado y buscado. Como si quisiera mostrarnos quién manda. Los *resistencialistas* citarán a Pierre-Marie Ventre: “*Les choses sont contre nous*”, es decir, “Las cosas están en nuestra contra”.

El Oxford English Dictionary (OED) define el *resistencia-lismo* como una filosofía de mofa que sostiene que los objetos inanimados son hostiles a los humanos o buscan frustrar sus esfuerzos. El término, acuñado por el humorista británico Paul Jennings, puede ser catalogado por el OED como “filosofía de mofa”; sin embargo, es bastante real y poco divertido cuando nuestras pertenencias juegan a las escondidas con nosotros. La subyugación humana a los objetos no es un tema advenedizo. Ya Virgilio lo manifestaba en el primer libro de las *Geórgicas*: “Por decreto, todas las cosas se inclinan hacia lo peor y a reincidir en el abandono”.

He vivido suficientes pérdidas y ausencias para saber que el resistencialismo existe también *a contrario sensu*. El descuido inconsciente me hace ir en contra de los devenires de los objetos, truncando sus anhelos de permanencia al olvidarlos o extraviarlos. Esta relación genera un círculo vicioso en mi interacción con ellos. Puesto que son caprichosos y aparecen y desaparecen de mi campo sensorial, no tengo un incentivo claro para estar pendiente de ellos. Claro, les proporciono los cuidados básicos, pero entran y salen de mi

dimensión tan fácilmente que no llego a extrañarlos, pues asumo que están por ahí. Cuando me percato de su ausencia, considero que reaparecerán en algún momento. Esta filosofía (¿también de mofa?) me lleva a extrapolar, y pensar siempre que las cosas se darán por sí solas. El universo se acomodará. La mano invisible del mundo objetal los devolverá en su debido momento. No es necesario preocuparse. El karma se hará presente. Dios proveerá. En este pensamiento sustento (o justifico) mi descuido y desorden. No es un optimismo de libro de autoayuda (quiero pensar), es sólo una forma desarraigada (¿descuidada?) de ir por la vida. El tiempo es también una expresión de mi desorden, pues lo pierdo, lo desaparezco y lo despilfarro.

Las cosas llegan y se van. Desaparecen. Se pierden. Reaparecen en lugares inesperados. Vivo con la certeza de que mis extravíos están ahí, en algún lugar. Danzan en mi mente y en la vida. Son recuerdos que se materializan y materia que se vuelve memoria. Como el gato en el experimento de Schrödinger, el objeto extraviado está y no está. Al no tener lugar conocido, son y no son. Puedo despejar la incógnita buscándolo, pero algunas veces prefiero quedarme con la duda y no abrir la caja. El desorden trae una felicidad momentánea mezclada, no siempre en partes iguales, con ansiedad.

El orden está sobrevalorado, ya que todo es contenido por el cosmos. Todo está en algún lugar. Una persona ordenada simplemente tiene un rango más cerrado en cuanto al conocimiento de dónde están sus cosas. Su margen de error es menor. En mi caso, la variabilidad es enorme, pues puedo saber que algo está “por ahí” o “en ese altero” o “en cualquiera de esos botes”. Vivo sumergido en un ambiente de alta entropía poblado de papelitos con notas, libretas a medio llenar, cajas que pueden contener múltiples cosas. Mis hijas se reían porque tenía un sobre en el que había escrito en letras

grandes “ver qué son” a manera de recordatorio para descifrar la maraña de papeles, notas y *tickets* que contenía.

Intento organizar mi vida, trato de bajar la entropía, dedico tiempo a actividades que me den la sensación de control. Ordeno mis archivos electrónicos, paso apuntes de un lado para otro, separo papel y plástico para reciclar, redistribuyo mis libros. Sólo confundo *laborar* con *ordenar*. Vienen de nuevo a mi mente las *Geórgicas* donde Virgilio deja instrucciones sobre una vida agrícola idealizada y evocativa de tiempos mejores. En un ambiente enrarecido por la guerra civil, triunviratos y alianzas fallidas, la dictadura de Octavio y el fin de la República, Virgilio intenta ordenar el ambiente bucólico para obtener una sensación de entendimiento y acomodo de la realidad cada vez más confusa y caótica.

Ordenar me da también un miedo atroz. ¿Qué sigue? ¿Qué ocurre con el sistema cuando la entropía tiende a cero? ¿Qué queda de la sogá cuando se ha desatado el nudo gordiano? ¿Qué hay más allá del orden? Prefiero no averiguarlo y mejor postergo. Evito terminar de ordenar al igual que Penélope evita acabar de tejer el manto de Laertes. Como si una vez finalizada la actividad hubiera que tomar una tremenda decisión con profundas implicaciones y la renuncia a lo hasta ahora conocido. Prefiero, ante eso, refugiarme en la dispersión de mi entrópica realidad, confiando en que las cosas se acomodarán, se tornarán irrelevantes o regresarán, como mi navaja, la cual ahora permanece en algún lugar, aguardando el momento propicio para volverse a extraviar.



Gabriela Mier Martínez

(Ciudad de México, 1969)

Socióloga y narradora. Es autora de la novela *Un lugar sin alegría* (2016, Premio Nacional de Novela Breve Amado Nervo 2015) y del libro de cuentos *El valle de las iguanas* (2018, Premio Nacional de Cuento Jesús Amaro Gamboa 2016). Ha colaborado en *Pie de Página*, *Revista Late*, *El Estornudo*, *Punto en Línea* y *Letralia*, entre otras publicaciones. Fue becaria del Programa de Estímulos a la Creación y Desarrollo Artístico en 2018. Actualmente es beneficiaria del programa Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales (SACPC), y participa en un taller de periodismo gonzo en la escuela de la *Revista Late*.



Tal vez el olvido

[...] es una sensación que puede sentir una persona que sale de la casa cuando se está quemando, o sea, la casa se quemó de todos modos y yo me salvé la vida... pero la casa se quemó.

REINALDO ARENAS

Cuba es mi tristeza y mi obsesión. En el año 2014 terminé de escribir una novela. La primera parte de la trama sucede en La Habana. Ahí viví durante los años del periodo especial en tiempos de paz, como nombró Fidel Castro a ese tiempo de miseria, que, igual que un *déjà vu*, regresa después de 30 años.

¿Acaso se fue?

La Novela comienza así: “Recuerdo una noche de verano. Llovía”.

Las noches y las tormentas me atraen. Caminar por el malecón habanero, luego de una tormenta, me llevaba a no sé cuál lugar de mi memoria.

Floté en La Habana nocturna.

Descansé sobre las bancas vacías de sus parques a mediodía.

Bajo la sombra de un framboyán conocí a Ziomara. Una mujer robusta, mulata, que me alquiló un cuarto dentro de una casona en la calle Línea, en El Vedado, el lugar con más vida artística y cultural en la ciudad. Un barrio de clase alta, o lo que quedó de ella luego del triunfo de la revolución.

Ziomara me daba consejos. Me protegía. Pero luego de un año de vivir juntas, ella se fue al campo a cuidar a su madre enferma y rentó su casa a un español.

Me mudé a un edificio de cantera, justo del otro lado de la calle Línea, a un departamento en un segundo piso, de techo alto, con tres habitaciones, tres baños y tres tinas que no

servían más que para lavar la ropa. Olía a gas, a potaje de chícharo, a comino.

Estaba una cuadra más cerca del mar.

En La Novela hay un personaje inspirado en la dueña de ese apartamento. Cristina, la pálida Cristina. Una mujer silenciosa y metódica. Fuera de lugar. Me daba la impresión de que se había quedado atrapada entre copas de Baccarat, platos de porcelana, y un piano de cola al que le faltaban teclas y alguien que lo tocara. Todo, incluido el apartamento, lo heredó de una tía que se fugó de Cuba luego del triunfo de la revolución, en 1959.

Esa palabra: *fuga*: la persecución y la huida.

Hace un par de meses, vi en YouTube una vieja entrevista que le hicieron a Reinaldo Arenas, en la que habla de la sensación que le produjo haberse ido de Cuba y llegar a Miami durante el éxodo del Mariel, en 1980.

Está sentado, con una camisa clara de rayas y una corbata oscura mal ajustada. Observa al interlocutor con sus pestañas hermosas y tristes. Dice que su sensación no es de triunfo, tampoco de alegría, que es más bien una sensación de paz por estar vivo y por haber salido de la isla.

Esa palabra: *isla*.

En el apartamento de Cristina había dos cuartos disponibles. Elegí el más iluminado. Viejos afiches de artistas de rock y rubias en bikini estaban pegados en las paredes. Los quité. En el clóset encontré algunas prendas de vestir. Despojos. Es lo que queda de los que se van. Como la tía de Cristina. Como Reinaldo Arenas. Como el hijo de Cristina, que desde hacía dos años estaba en Italia. No lo conocí más que en fotos. En cada pared estaba él. Sobre las mesitas esquineras de caoba estaba él. En los ojos de Cristina estaba él. Un muchacho trigueño, de cabello largo, con una pequeña arracada en el lóbulo de la oreja derecha, siempre sonriente, siempre viendo

fijo a la cámara. Un muchacho que no quiso ser como el Che. Eso, sobre todo eso, le dolía a Cristina. La revolucionaria Cristina. Todos se van, pero no todos se van igual, argumentaba. Recuerdo sus silencios. Su amargura por la ausencia del hijo que conocí a través de sus despojos. El color y el estilo de su ropa. Los frascos de perfume y agua de colonia vacíos en el tocador. Su olor a sal impregnado en las sábanas. La forma hundida del colchón donde durmió. Los casetes aventados en un cajón. Supe que su grupo musical favorito era Roxette, y su canción, “Listen to Your Heart”. Había más de 10 casetes con ese nombre y con la cinta rota. Tiré todo en el cesto de basura y Cristina casi me mata. ¿Cómo se me ocurría?

Cada día de esos años sentí pena por ella. Era verdad. Es verdad, todos se van. Menos Cristina. No quiso. No pudo. Luchó, alfabetizó, soñó.

Esa palabra: *sueño*.

Anoche soñé a Cristina. No recuerdo qué, sólo tengo la sensación de haberla visto entre la bruma onírica, como una sombra en movimiento. Al despertar estiré mi brazo hacia el buró para alcanzar La Novela. La tengo a la mano. Se llama *Un lugar sin alegría*. Con ella obtuve un premio. En el acta del jurado dice que fue por unanimidad y otras cosas que me halagan. La leo y dudo. Veo errores. La reescribo en estas páginas. Repito imágenes, copio frases textuales, y todo cambia. Me gustaría saber por qué no le puse nombre al personaje principal. Una mujer joven que, según la trama, escapa de su país por un desamor y se refugia en Cuba. Quiero volver a cada personaje. A través de ellos volver a Cuba. Y, a través de Cuba, volver a mi primera juventud. Que cada cual tome el sitio que corresponde. Tomar mi sitio. ¿Quiénes son La Jabada, Reine, Luka, Antonio, la vieja Rosa? La vieja Rosa sí seguiría siendo la vieja Rosa. Ya murió. Me lo dijo Luka, que en realidad no se llama Luka ni toca el oboe ni es el tercer hijo de Antonio, que tampoco se llama Antonio.

Quiero traerlos a la realidad. Arrancarlos de la comodidad de la ficción.

¿Qué me hace volver? ¿Para qué regresar? Pienso en lo que escribió Joan Didion en “Sobre tener un cuaderno de notas”. Todo vuelve, dice. ¿Qué es exactamente lo que una quiere recordar cuando anota algo? ¿Cuánto de todo aquello sucedió realmente?, se pregunta Didion. Yo hablo de una novela, no de un cuaderno de notas, sin embargo, es para mí una urgencia regresar. “Tal vez sea difícil entender qué valor tiene el recordar a uno mismo en ese estado de ánimo, pero yo sí que lo entiendo”, señala Didion.

Yo también lo entiendo.

Creo que lo más odioso que se padece allí es precisamente la impotencia ante la injusticia. O sea, no vamos a pensar que en cualquier lugar del mundo donde uno esté no hay injusticia, en cualquier lugar puede haberla, pero la posibilidad de señalarla ya es un consuelo.

REINALDO ARENAS

El 11 de julio del año 2021 vi, a través de las redes sociales, las insólitas imágenes de las protestas que iniciaron en San Antonio de los Baños, al suroeste de La Habana. Al verlas, recordé la tarde del 5 de agosto de 1994, en La Habana, cuando un amigo venía en su bicicleta china y me salió al paso en la calle Línea.

¡Vamos, monta!

Me senté en la parrilla trasera. En la avenida Paseo, R. giró a la izquierda y nos dirigimos hacia el malecón.

Vi el mar. Su azul y su brillo.

A mi amigo le escurría sudor por la espalda, por el pecho, por las piernas peludas. Se detuvo en una esquina y

observamos a decenas de personas que caminaban de prisa, eufóricas, desorganizadas. Iban hacia el malecón y levantaban los brazos. La mayoría eran hombres flacos. Gritaban hambre. Gritaban libertad.

Esa palabra: *hambre*. Esa palabra: *libertad*.

Se escucharon sirenas de policía y vimos camiones verde olivo. Iban hacia los hombres flacos.

Desde los balcones sonaban ollas y sartenes, como en carnaval. Quienes trasteaban ollas y sartenes eran mujeres flacas. Coreaban hambre. Coreaban libertad.

¡Abajo Fidel!

De inmediato llegó él. Eso dijeron, que era él.

Los que gritaban hambre desaparecieron entre callejuelas. Los que gritaban libertad desaparecieron entre callejuelas. Los que gritaban abajo Fidel desaparecieron entre callejuelas. O se los llevaron en camiones verde olivo.

¡Viva Fidel!

La furia que recorría las calles se guardó en las casas, y los sartenes y las ollas descansaron en armarios y estufas. Esa noche sólo se escucharon las voces de Ruth y Raquel, protagonistas de la telenovela brasileña *Mujeres de arena*.

¡Patria o muerte, venceremos!

Esa palabra: *muerte*.

Días después, al mar se le concedió permiso para recibir a miles de balsas con miles de hombres y mujeres que se iban sobre cualquier cosa que flotara. Sobre cualquier cosa que guiara. Nunca se sabrá cuántos murieron en la travesía.

Los vi irse. Sus costillas se alejaron hasta desaparecer entre el azul y el brillo del mar.

¡Aché pa ti!, decían las madres.

Yo las vi. Elevaron sus brazos con las palmas al cielo y bendijeron a sus hijos.

Esa palabra: *madre*.

Tanya es otro personaje de La Novela. Es madre. Se llama Regla. Cuando la conocí supe que seríamos amigas. Es 20 años mayor que yo, pero eso no impidió que luego de conocernos conversáramos todos los días, por horas, que nos hiciéramos cómplices, que nos quisiéramos cada vez más. Tiene un hijo al que conocí cuando él apenas tenía un año. Ella moriría y mataría por él, como la mayoría de las madres por nuestros hijos. La descripción física que hago de ella en La Novela es real. Ojos castaños, gentiles. Desde joven, su mirada es como la luz melancólica de la vejez. Es blanca, pero no pálida. Socióloga, igual que yo. Me contó que fue la carrera que le asignaron, porque, como dijo Reinaldo Arenas en la entrevista que vi en YouTube, “ahí, las tareas se asignan”. A Regla y a mí nos hubiera gustado estudiar Letras. La última vez que fui a Cuba, en el año 2007, fue la última vez que la vi en persona. Al principio nos mandábamos cartas y fotos. De vez en cuando una llamada telefónica. Nunca dejamos de pensarnos ni de preguntar una por la otra.

Hace poco me llegó una solicitud de amistad a mi cuenta de Facebook. Era ella. Los mismos ojos castaños y gentiles. La misma luz melancólica de la vejez en su mirada. Me alegró verla. Me dolió verla. Vi a una anciana. Y no lo es. A los 70 años no lo eres. Como verás, me escribió por Messenger: estoy destruida.

Esa palabra: *destrucción*.

Una madre destruyó su piano. Dejó de tocarlo cuando su hijo mayor se fue de Cuba luego de entrar a la embajada de Perú en La Habana, en abril de 1980, junto a cientos de personas que querían escapar de la isla. Ella, la madre, militante del Partido Comunista de Cuba, integrante de los Comités de Defensa de la Revolución y de la Federación de Mujeres Cubanas, tiene presente la fecha en la que su hijo se fue, 25 de abril de 1980, y la ropa que llevaba puesta, pantalones de

mezclilla y playera azul. Guarda en su memoria una imagen y tres palabras.

La imagen: un joven recién bañado, bien peinado.

Las palabras: mami, me voy.

Conocí a esa mujer a través del documental *Los que se quedaron*, producido en 1993. Aparece en pantalla, seria, delgada, lentes, pelo corto y canoso. Sesenta y pico de años. Su mirada es un abismo color miel. En un momento de la entrevista se siente atacada y juzgada por su interlocutor, y le grita que eso que él quiere que ella le diga no se lo va a decir. ¿Qué quiso el interlocutor que ella le dijera? ¿Qué no quiso decirle? Habla de su piano, está triste, dice que siempre, a una hora del día, lo tocaba. También dice, mientras baja la mirada, que cuando su hijo se fue el piano se desafinó y ya no pudo arreglarlo. Dejó de tocarlo. Un día lo sacó al patio y lo quemó. Quien la entrevista insiste, ¿por qué no le contestas las llamadas a tu hijo?, ¿por qué no lo llamas?, ¿por qué no le escribes una carta?, y ella responde que todo tiene su tiempo.

Esa palabra: *tiempo*.

El 26 de enero de 2023 recibo por Messenger un mensaje de voz de Regla. Me cuenta que, luego de muchos intentos por salir de Cuba, su hijo, el niño que conocí cuando tenía un año y que en La Novela es Tati, ahora treintañero, por el que Regla moriría o mataría, logró salir de Cuba.

La saludo. Le digo que sé de ausencias. Le mando abrazos y besos. Me despido con un te quiero mucho. Otra vez ella. La misma voz de los noventa, aunque ahora hay una especie de chasquido entre sus dientes.

El audio corre.

La recuerdo. Joven, con un vestido amarillo de flores, ¿son margaritas?

¡Ay, mi niña!, dice.

Y me pienso dejando apenas la adolescencia, tomando café junto a ella.

Yo sé, hija. Me llama hija. Me agradece la comunicación. Dice que pidió mucho para que su hijo pudiera salir de Cuba. Habla de la situación allá, indescriptible, hace un silencio y menciona la palabra *tortura*, y que su hijo no tenía manera de avanzar, que trabajaba y trabajaba y siempre con una cara de angustia tremenda, porque al final del mes lo que se gana no da ni para empezar, que yo no puedo ni imaginarme cómo está eso, que la Cuba que yo conocí no es ni parecida, y eso que la cosa estaba en candela, dice, que si es duro para las personas que ya han vivido, imagine lo que es para quienes están empezando, para quienes tienen anhelos, deseos.

Esa palabra: *deseo*.

En realidad, se alegra de que su único hijo se haya ido. Está tranquila, por supuesto que le duele, pero sabe que es un buen muchacho, trabajador, serio, con buen comportamiento, buena educación, no porque ella se la haya dado, que se la ha dado, dice, pero que a veces una educa a los hijos y después cogen otros caminos, que, en realidad, quien conoce a su muchacho, le dice que es muy correcto, y que ahora lo que tiene que hacer es luchar por abrirse un camino. Suspira. Dice que me quiere, que siempre me ha recordado con cariño, que ojalá algún día podamos volver a vernos.

Recibo más audios. Me cuenta su día a día. Cada audio termina con un te quiero, mi niña. Y un suspiro.

Yo, por suerte, siempre tuve conciencia de que tenía una máscara puesta, pero que tenía un rostro. Y me fui de allá para salvar ese rostro.

REINALDO ARENAS

Toda memoria tiene el potencial de desaparecer, dice uno de los personajes del documental mexicano *Diáfano*. Tal vez ésa sea la razón por la que vuelvo a *La Novela*. ¿Dónde están hoy sus personajes? ¿Comienzo a olvidarlos? Vuelvo, una y otra vez, a esa noche de verano. Hacía calor. Yo estaba en la terraza del segundo piso de aquel edificio de cantera, en el corazón de El Vedado. No en la cama. Estaba sentada en una mecedora antigua de madera negra y Cristina, que en realidad no se llama Cristina ni es pintora, salió a darme las buenas noches y a decirme que se iba a dormir. Me pidió cerrar bien y con cuidado el ventanal, y que no olvidara meter la mecedora a la sala. Luego se perdió por el pasillo como un fantasma, con su bata de casa y su peinado pasado de moda y su tristeza. Cuando pienso en ella veo con más claridad las ausencias no sólo en su mirada. Veo su amargura. También su bondad. Si la recreara sería más amable con ella. En cambio, a su hijo, al que no le puse nombre en *La Novela*, lo destrozaría.

¿Cómo se desenmascara a un personaje? ¿Cuál es su verdadero rostro? ¿Se puede salvar un rostro?

Indago. Busco mi rostro entre esos lugares por los que anduvo la mujer joven sin nombre que no huyó de su país por un desamor. Busco entre el calor húmedo del trópico. Entre calles cada vez más rotas, entre gente cada vez más rota, entre casas y edificios cada vez más rotos. Vuelvo al verano de 1992. La noche está vacía. Una tormenta cae sobre La Habana y me arrastra hacia un portón donde hay un hombre. Es viejo, negro. Está sentado en una mecedora de caoba, todavía mantiene el esplendor del ebanista que puso todo su empeño para que su obra permaneciera a pesar del tiempo y la miseria, y tal vez el olvido.

Esa palabra: *olvido*.



Brenda Cristina Moreno Rosas

(Ciudad de México, 1998)

Ensayista y traductora. Es egresada de la licenciatura en Lengua y Literaturas Modernas Inglesas de la UNAM. Ha publicado ensayo, relato y reseña en diversos medios impresos y digitales como *Punto de partida*, el *Blog de los jóvenes de la Revista de la Universidad de México* y el *Blog Liprópolis de Universo de Letras*.



La no escritura

Comenzó como un nudo en la garganta, un leve temblor de manos que desencadenó un mutismo interno que me hacía incapaz de expresar lo que sucedía a mi alrededor. Para Mutis, la voz era exilio, pozo cegado que se levanta como hierba furiosa o la pezuña de una bestia. Para Lispector, el grito de un ave de rapiña en pleno vuelo.

Recuerdo que quería decir algo, detener el derrumbe. Separé los labios y traté de encontrar la voz que pulsaba debajo de la piel, pero sólo encontré un silencio putrefacto, sofocante, que dificultaba la respiración, que consumía hasta los huesos. Cuando el interior colapsa, el mundo externo le sigue en un acto de solidaridad.

Hay experiencias que aún no cuentan con un lenguaje para ser nombradas, la pérdida súbita y violenta de aquellos que amas es una de ellas. Dejé de escribir por ello, por el dolor que se acumula, que silencia, que convierte a las personas en sólo un recuerdo. A veces, el lenguaje se convierte en un obstáculo. Somos emoción antes que pensamiento.

Cada vez que intento regresar a la escritura, algo se disuelve, se diluye entre líneas. Comienza con una palabra, se transforma en oración y se difumina mediante el silencio. Me encuentro reducida a lo que no produzco, limitada por el cursor.

Irrumpiendo el espacio en blanco, sólo estas líneas:

Mi mente se nubla cada vez que debo tener una mejor percepción de las cosas. En vez de parar, corro hacia el vacío, con el corazón en la garganta, adrenalina punzante y violenta. Huyo hasta que las cosas se salen de control. Hasta que es demasiado tarde.

Desahogo la frustración, el hartazgo que nace de la fijación. Tacho las palabras, que dejan a su paso la sombra de su



ausencia. Una mancha de tinta que, al igual que una herida, crea una marca profunda en el pliego.

No debería provocar tal angustia leer y ser leído. Tan común como una conversación, excepto que, al hablar, medimos la reacción del otro mediante expresiones, pautas y silencios que

marcan el ritmo. En cambio, en la escritura nos encontramos vulnerables, expuestos y arrinconados ante la necropsia del razonamiento. Conscientes de que nuestra elección de palabras nos puede llevar a una significación distinta.

Pienso en la primera vez que intenté escribir una historia, el impulso que nació de la imaginación, de los trazos imperfectos que se convirtieron en un relato infantil sobre un conejo que se coronaba como el rey de un pueblo. El ímpetu no residía en la perfección, sino en la escritura disoluta, sin restricciones, ni miedo a la apertura.

Ahora me encuentro ante la página, incapaz de escribir una sola palabra. Posibilidades que paralizan, atormentan ante sus probables manifestaciones, consecuencias, vueltas de las que no hay retorno. Palabras tan elementales cuyas ramificaciones se expanden en tiempo real. Latentes y carentes de certeza. ¿Cuántas veces una palabra nos ha llevado a los momentos más inesperados? Decisiones que pendían de una sílaba y se expandieron estruendosamente.

De regreso a la máquina, al martirio. Recordar la compulsión, el deseo de desistir y dejar de lado la escritura. Las palabras emergen forzadas, dan la ilusión de flotar en el papel, carentes de vida, conscientes de pasar por el ojo inquisitivo del crítico. Llevar el pensamiento al matadero. Una introspección tan personal que no quedan dudas de lo valiente que uno es al compartir lo que escribe. Cuando uno escribe sin ganas, se siente como anunciar un producto. La honestidad desaparece y en su lugar aparece el lector invisible, aquél que juzga en silencio.

Las palabras nos traicionan, como la orilla del océano contraída ante un terremoto. Las oraciones caen pesadas contra la tinta, retorciéndose, abnegadas a su pulcro papel.

En las últimas semanas, he notado una tendencia a guardar silencio, incluso en presencia de aquéllos que se preocupan

por mí, efectos colaterales de la no escritura. Al escribir, siento las palabras arañando mi garganta, desesperadas por salir y liberar las penas que se acumulan en mi interior. Nada perdura



lo suficiente; círculos, generalizaciones. Vislumbramos las emociones y cavilaciones de otros mediante el texto, representando aquello que no puede ser enunciado. Plasmar en la página una idea, un sentimiento o una queja otorga cierto sentido de confidencialidad; perderlo significa tener que guardar los secretos bajo llave, donde eventualmente se pudren.

La desesperación de sentarse frente a la computadora, la libreta desgastada o el papel que se encuentra al alcance y no poder expresar lo que hierve en nuestro interior es similar a encontrarse en medio del tráfico a la hora de salida. La saturación de información sobre las expectativas de escritura, los lineamientos y los sesgos atribuidos a nuestras aspiraciones es como escuchar la disonancia de voces en una multitud.

¿Por qué escribir cuando todo ha sido dicho? Cuando parece imposible formular una idea sin pensar en el otro, en el pasado, en lo que se encuentra muerto y desolado.

No creo que exista una respuesta certera a ello.

Se escribe por desobediencia, por desesperación, por deseo, por pasión, por temor. Se escribe para transmutar las palabras hasta que las imágenes se vuelvan cuerpo. Para lanzarse al vacío, la configuración final que se espera de nosotros.



Imágenes de la autora

A stylized, hatched map of the Americas, showing the continents of North and South America. The map is rendered in a light gray color with a fine, diagonal hatching pattern. The word "NOVELA" is written in a bold, black, sans-serif font across the center of the map, positioned over the North American continent.

NOVELA

Nota introductoria

Escribir es siempre un reto. Desde el proverbial bloqueo ante la hoja en blanco hasta las tribulaciones cotidianas en el trabajo y el hogar, la literatura exige al escribiente un perpetuo acto de malabarismo en el que el tiempo, la vida personal, la pasión artística y la necedad son las pelotas que deben mantenerse en el aire a cualquier costo. La escritura es eso: un afán necio por dar nuestra visión de los hechos durante nuestro breve paso por el mundo. Todas las personas tienen cosas que contar, secretos que las vuelven personajes interesantísimos, chismes o chistes memorables; pero sólo los escritores se toman la molestia de sentarse a ponerlas por escrito. Sólo a los escritores les parece valioso, fundamental, invertir una parte de su vida en imaginar la de otros.

¡Ah, si todo fuera tan fácil como imaginar! Por desgracia —y también por fortuna—, la realidad nos ancla a la tierra: el componente humano prevalece en los textos literarios, a veces en el fondo, camuflado entre elementos fantásticos o futurísticos; a veces de forma llana y explícita. Así, al referirnos a un texto determinado, lectores y escritores podemos discutir en torno a los grandes temas: el amor, la muerte, la amistad, el miedo... Esas preocupaciones que a nadie le son ajenas. Escribir en un país como México, además, cuya tierra

se riega a diario con sangre civil desde décadas atrás, hace verdaderamente complicado sustraerse de la realidad en favor de la imaginación. Y, sin embargo, una nueva generación de narradores va encontrando nuevas formas de narrar entreverando lo imposible y lo real.

Cuatro egresados de la segunda emisión del Diplomado en Escritura Creativa de la UNAM nos ofrecen una muestra de lo anterior: María Villa, en su cuento de tintes sobrenaturales “Principio de Arquímedes”, retoma la figura de la bruja como gestora del conocimiento, al tiempo que hace gala de su facultad para atender el ritmo y la sonoridad de las palabras. Con sensibilidad, aunque no desprovisto de crudeza, Jonathan Pérez Juárez aborda dos tipos de violencia dolorosamente comunes: la obstétrica y la intrafamiliar, en su cuento “Lagunas”. Por su parte, Erick González, a caballo entre la objetividad de la cámara de seguridad y una sutil ironía, nos presenta “Guardián”, un cuento más extenso cuyo asunto es también vasto: la corrupción. Para finalizar, Christian Placencia Basaldúa comparte un capítulo de *Atrapasueños*, novela juvenil que, con elementos fantásticos y un fresco sentido del humor, se ocupa de un tema inagotable: el complejo proceso de crecer, reconocer nuestros dones y defender la identidad propia.

Con talento nato y una disciplina admirable, estos narradores en proceso de formación ponen de manifiesto su lectura atenta del mundo, de la literatura que los antecede, así como de la que se está produciendo en este momento. María, Jonathan, Erick y Christian son —me regocijo al afirmarlo— escritores necios, empecinados en aprender a escribir cada vez mejor. Leamos estas historias, mientras llegan sus libros.

ATENEA CRUZ



María Villa

(Tlalnepantla de Baz, 1991)

Estratega en *marketing* cultural. Es licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad La Salle. Cursó la maestría en Literaturas Española y Latinoamericana en la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado poemas y cuentos en revistas como *Castálida*, *Punto de partida* y *Mi Valedor*.



Principio de Arquímedes

(Cuento)

Se deshacía. Es verdad. Yo la vi. Flotaba, nunca se hundió. Cuando el cuerpo muere debe hundirse y ella siempre estuvo arriba. Veía las olas cubrirla, los peces más valientes acercarse. Estaba muerta. Lo sé. Nadé hacia ella, pero no logré alcanzarla. Llegar significaba morir. No quería. Debe entender que no quería. No le hice nada, ya no respiraba. Su cuerpo se volvía ceniza. Poco a poco. La sal la disolvía y los peces estaban ahí, a la espera, al acecho de su cuerpo, de lo que quedaba de él. Quisiera no haberla visto, para mí tampoco es agradable esta historia. Estuvimos ahí durante días. Teníamos sed. Ella siempre fue más valiente que yo: entendía el mar. Me dijo que iba a entrar, que iba a negociar. No sé con quién, no pregunté. No la cuestionaba. Sus planes salían bien, eran locuras, pero resultaban. La dejé ir, claro que sí. Buena nadadora, piernas fuertes. Me dijo que conocía el Pacífico. Que era el mar donde se guardaba el sol. *El Caribe no tiene eso*, me decía. *El caribe sólo tiene agua turquesa. El color del agua no es importante, lo importante es dónde se guarda el sol, dónde se echa por última vez. Ahí está la energía que buscamos, ahí está lo que necesito.*

No sé dónde aprendió tanto. Su papá era pescador, me lo dijo. Creo que no lo conoció, pero dice que la visitaba. Que le hablaba en sueños para platicar del mar. Le digo que yo tampoco creía sus locuras. Le decía que no dijera esas cosas, que teníamos que usar la cabeza, que para eso Dios nos la dio, para pensar. En cambio, ella nomás la usaba para la imaginación. No se enojó ni una vez conmigo. Un día, antes de perderla, me vio con esos ojos de bruja y dijo *voy a conseguir comida*. Era bien noche. No se veía nada, verdad de Dios. Nada, nada. Haga de cuenta que el mar era cueva de lobos. Pues va

usted a creer que caminó para allá. Vi su cuerpo perderse entre la espuma y luego la perdí. Sus cabellos negros se confundían en el mar. Las olas eran altas. El mar arreciaba. Me quedé bien preocupada, pero la esperé. Le grité antes, le grité varias veces que no se fuera, que íbamos a encontrar algo. Pero no. Ahí va la necia. Bellísima, eso sí. Algo pasaba que cuando se metía al mar se veía irresistible. Una belleza que no había visto nunca. Salió como a la hora. No me pregunté dónde estaba, pero salió con dos pescados grandes en la mano. Con eso comimos tres días. Ni un rasguño tenía. Nomás la piel y el cabello pegajosos. Pero estaba feliz, se le notaba. Le hice muchas preguntas porque, como se da cuenta, yo soy una persona de detalles. Necesito saber. Necesito ver todo. Pero no me dijo nada. Y a ella le permití eso: que se quedara callada.

Ella venía de un pueblito bien chiquito que se llama Mोगotes, yo en mi vida había escuchado hablar de él, pero así decía ella. Que era un poblado de 800 personas y daba al mar. Su bisabuela fue fundadora del pueblo. Le pregunté cómo llegaron y no me supo decir o, más bien, no me quiso decir. Me dijo que ya me enteraría, pero mientras tenía que aguantar. Que ése era un secreto de ella y de las mujeres de su familia. Le digo que era bruja. O parecía, por lo menos. Siempre con sus misterios. Pero no se crea que era aburrida, no. Le gustaba reírse. Lo del misterio no lo podía evitar, aunque en realidad ella prefería ser normal, lo que se dice normal. Tener amigos, echar el cotorreo, pasear en bote. Era muy popular en la escuela. No me acuerdo de nadie que no la quisiera. Conmigo siempre fue amable. Yo era nueva en el barrio y me recibió. Tuve miedo de acercarme porque le digo que yo la veía muy bruja, pero muy popular. Pues eso da miedo, ¿qué no? Pero era insistente. Nos hicimos muy amigas. Me enseñó la bahía. Los secretos que tenía que saber del océano me los contó ella. Que eso de la ciencia y la brujería eran lo mismo,

me contó. Que las palabras difíciles ellas las aprendieron y las inventaron antes. Me dijo cuándo podía acercarme al agua y cómo. Me enseñó a flotar y a nadar. *La sal es nuestra amiga*, me decía. *Así flotamos sin esfuerzo. No luches. Es como bailar, ¿te gusta bailar?* Sí me gusta, pero no sé cómo. *Sólo te tiene que gustar*. Si sigo, no acabo. Me habló de las conchas marinas, de sus colores, de los peces que iban cerca de la costa, los que nadaban más profundo, más al centro. Me contó de las rocas que están hechas de otras rocas, de los monolitos, de ese punto donde rompe la ola y se acumulan las piedras. Del principio de Arquímedes: *Cuando sumergimos un objeto en el agua, éste flota por una fuerza igual al peso del líquido que desplaza*. Mi memoria no es buena, pero aprendí lo que pude. Haga de cuenta que me estaba entrenando.

El día que nos perdimos fue porque caminamos muy lejos. No me dijo a dónde íbamos y yo no pregunté, no importaba. Era bonito estar con ella. La hacía sentir a una, cómo decirle, especial. Esa mera es la palabra, como que una era única, pues. Creía yo que estaba naciendo de nuevo. Ni mi madre santa, que adoro, me dio nunca tanta atención, me enseñó tantas cosas. Estaba enamorada. No era bonita como los hombres dicen bonita. Era bonita de otra manera. Bonita de verdad. Ese bonita que no se trata de cómo se ve una, sino se siente y entonces se ve, ¿sabe cómo? No le interesaban los novios, ni las novias, vaya usted a saber. Le interesaba vivir. Lo que se dice sentirlo todo. Yo creo que ella estaba enamorada de cosas que uno no puede entender porque somos incapaces de verlas. El amor bueno. Pero doloroso también. Traía un agujero en la garganta, se le veía cuando miraba el atardecer, se veía como si tuviera ganas de irse, de echarse allá y no volver nunca. No conocí a su mamá. Desapareció, decía ella, cuando tenía 12 años. A la que sí vi varias veces fue a la abuela. Una señora como de 80 años bien fuerte.

Entrona con la vida. Hacía de comer bien rico, el mejor asado de pescado que haya probado. El día que nos perdimos eso comimos. Luego, la caminata. Era un día como todos los demás, ella conocía la zona y yo también, pero de repente ya estábamos en un lugar que no habíamos visto nunca. Por las olas se nos figuró mar abierto, cosa rara porque ya sabe usted que no se llega caminando aquí a mar abierto. Un frío canijo. Un frío que en el pueblo jamás había sentido hasta ese día. Quisimos regresar, pero ya no hubo camino de vuelta. Como si nos tragara la arena, todo eran dunas y olas altísimas. Ni un alma. Un surfista, esperaba yo. Pues nada. Eso no parecía el pueblo. Las dunas eran cosas que yo no conocía, y menos junto al mar, se me figuraba que eso sólo salía en el desierto. *No*, me dijo. *Mi abuela me ha contado. También pueden hacerse formaciones desérticas a la orilla del mar, pero no sabía que teníamos unas tan cerca*. No comimos. Caminamos hasta cansarnos. Ella fue la que dijo que había que dormir. *Estamos perdidas*, reconoció. No dije que sí luego luego, pero me di cuenta de que no teníamos muchas opciones, que era eso o morir agotadas. El tiempo pasaba de una forma distinta, no sé explicarle cómo. Sólo pienso que las horas que hubo sol fueron tantas que ningún reloj las podría haber contado bien. La luz del sol me pegó recio una mañana. Abrí los ojos y la busqué. No estaba. Se había ido a no sé dónde. Anduve hasta la playa. Cualquier caminata era cansada porque ya le digo que no es lo mismo caminar sobre dunas, que caminar sobre la bahía. Los pies se hundían, resisten. No es queja, igual llegué. Entonces la vi, flotaba. Tranquila, serena. Bellísima. Yo sé que el muerto flota después de 48 horas de haber estado al fondo del mar. Flota porque su cuerpo cambia, lo aprendí de ella también. Pero ya le digo que no podía ser, porque ella recién se había ido, 12 horas a lo mucho. Está viva, pensé. Pero la angustia no me paró, le grité preguntándole por qué

se alejaba. El agua la llevaba lejos de mí, cerca de donde el mar es más oscuro porque no ve fondo. Nadé tanto como pude. Mis pulmones se cansaron de gritar. Floté cuando la tuve cerca. Ya le expliqué que se deshizo frente a mí. Su cuerpo en pedazos pequeñitos de polvo. Era eso, puro polvo. Me eché a llorar. Le pedí que no me dejara sola. Imagine usted eso. Dos mujeres en medio del mar. Nosotras y los animales que no conocemos. Que nos miran de lejos. Nos esperan para comer. Ni un ave cruzó el cielo ese día.

De lo demás recuerdo muy poco. El viento soltó una ventisca que me cegó los ojos, no pude nadar. No luches, me acordaba de sus palabras. Déjate llevar. Ella lo decía así muy fácil, como si dejarse llevar no fuera un suicidio. Estaba loca. Una bruja de mar, sin duda. No sé nada más. Alcancé a ver la arena a lo lejos arremolinarse hacia el agua. Fue lo último.

Lo siguiente fue mi cuerpo en la arena. Una costa conocida, su cuerpo había desaparecido. Busqué a su abuela en el mercado, la señora vendía ostiones frescos. Ni rastro. Se había ido también. No puedo explicarle lo que sentí. Hay cosas así, ¿ve?, que no tienen palabras. Usted quiere que le dé algunas, pero no puedo. Era un hueco. Un pedazo mío estaba indefenso. Mamá no parecía preocupada por mí. Como si el tiempo se hubiera detenido o como si hubiéramos cambiado de tiempo. Una intenta. Le juro que lo intenta. Que la vida corra. Pero tenía preguntas, ¿sabe? Y luego esto. Viene y me dice que encontraron su ropa. ¿Qué quiere que le diga? Pues sí, esa ropa la conozco, era de ella. Pero nadie se acuerda, nomás yo. ¿Dónde está el cadáver? Si hubo muerte, ¿a dónde se fue? Pues no, le digo que no lo va a encontrar porque se deshizo. Se la comieron los peces, yo la vi.

Lo de mi cuerpo es otra historia. No sé cuándo comenzó. Seguro en el mismo instante que desperté, pero no lo pude ver.

Estaba distraída. Así pasa a veces, el dolor es una enfermedad también, una fea porque se confunde con cualquier otra cosa. Así me pasó. No supe, ni pude ver lo que venía. Las piernas me cambiaron. La sed era insaciable, la piel se me caía. Se deshizo.

Ahora usted me ve raro, para mí tampoco ha sido fácil entender que me eligió, pero es así. Los ojos un día se me hicieron gelatina y mis pulmones se ahogaban con el oxígeno. Me metí a bañar pa ver qué pasaba y me sentí mejor. Cuando salí de la regadera, otra vez me vino el cuerpo agotado, me faltaba el aire. Abrí el agua. Dejé que cayera hasta que el edificio se quedó sin una gota. Sentí culpa, pero sobre todo sentí angustia. Caminé a la playa, pues dónde más iba yo a tener agua que no se acabara. Llegué sola, no sé cómo, pero llegué. Entré al mar como ella me enseñó: sin resistencia, con pasos firmes pero lentos. Las olas no me tiraron ni una vez. Así fue que tuve paz.

No me va a sacar del mar, señor. Ya entendí que ella no se fue. Regresó. No entiendo todavía qué me toca, cuál será mi papel. Mientras, soy un pez más, ya me ve. Un mamífero acuático, más bien. La busco. Todos los días la busco. Y aquí me voy a quedar, con mi cuerpo escamado hasta que ella me susurre qué hacer.



Jonathan Pérez Juárez

(Tijuana, 1999)

Periodista. Es licenciado en Lengua y Literatura de Hispanoamérica por la Universidad Autónoma de Baja California. Sus textos aparecen en las antologías *Nacieron en lunes* (2021) y *Fragmentario* (2018), las revistas *Punto de partida*, *Armas y Letras*, *Penumbria*, *Gramanimia* e *Hipérbole Frontera*, y en los sitios web *Neotraba* y *Glocal Media*. Obtuvo la beca Talentos Artísticos del Instituto de Cultura de Baja California en 2017 y 2018.



Lagunas

(Cuento)

Inició como el eco que rebota en las paredes de una caverna. Después trepó en su espina dorsal en busca de la luz. Al soltar un gemido, Natalia reconoció lo que estaba esperando: el dolor. Un caudal azotó su barriga en cuanto se puso de pie. No había ninguna mancha en su falda, como si la fuente se negara a romper. Israel estaba en el patio, fumando un cigarro antes de irse a trabajar. Logró llegar hasta él apoyándose de las paredes.

—No me chingues, la cesárea ya está programada. Tengo que cruzar. Ahorita la línea estará atascada y ya voy tarde.

—Oliver ya quiere nacer.

—¡Qué la madre! Tómame un ketorolaco y se te pasa —tiró la colilla al suelo, metió su mandil de Broadway Pizza en el carro y partió rumbo a la frontera.



Su mamá creía en muchas cosas, no sólo en la Virgen y en Jesús. También acudía con la curandera para que le hiciera limpias con huevo, ramas de pirul y escupitajos de aguardiente. A Natalia esos rituales no la asustaban, pero no podía decir lo mismo de los aullidos maternos cuando iban a la laguna a lavar ropa.

—Vente, Armando, no te quedeeees —clamaba su mamá. Un pavor horrible inundaba cada poro de su piel al escuchar aquello—. ¡Tu alma te está llamandoooooo!

Su mamá tenía que gritar mientras caminaba por la orilla, pues el agua solía atrapar el espíritu de los bebés dormidos. Sólo con el poder de la voz se podía salvarlos. Quienes no eran nombrados regresaban con fiebre, sin parar de llorar, y

terminaban cual cáscara de huevo: sin clara ni yema. Natalia, a sus siete años, se imaginaba que en cualquier segundo emergerían espectros de las profundidades dispuestos a atraparla.

Aunque su mamá no la mencionara, Natalia intuía que el miedo que le provocaban los alaridos era la posible conexión entre esa creencia y la leyenda de la Llorona. En algunas noches de lluvia un viento inusitado prolongaba susurros por las calles, hacía que los perros aullaran casi al unísono. De entre esa sinfonía macabra se alcanzaba a oír el llanto de una mujer. Cada que un hombre o un chiquillo amanecía ahogado, la Llorona era la culpable. Por ello, las mamás hablaban en su mismo idioma —el del lamento—, para pedirle que no confundiera a sus hijos que asesinó con los bebés de las doñas de Zacapu.



La Morita era una colonia sin pavimento y llena de casas levantadas con tablas y techos reforzados con chapopote. Natalia se fue a vivir con Israel sin saber un pequeño detalle: compartiría techo con su suegra. Ésta la escudriñó largo rato, sin tener la educación de apretar la mano que Natalia le ofreció. No le prestaba sus sartenes sin teflón, y se unía a los alegatos de su hijo de que no sabía cocinar cuando ella misma le quitaba la espátula y le batía la comida.

Esa tarde su suegra se hizo la sorda mientras Natalia se sostenía del marco de la puerta. Sus otros dos hijos eran muy pequeños, incapaces de ayudarla. Tuvo que arrodillarse por las contracciones para provocar en su suegra un poco de lástima. Ella le marcó a Camila para que se la llevara. Su cuñada vivía a dos cuadras. Casi tuvo que cargarla para llegar al Bulevar 2000, donde pidieron un taxi. Ninguno de los choferes se paraba al ver la situación, hasta que uno accedió cuando Camila vació la cartera.



Natalia, su papá y su mamá paseaban junto a la laguna un sábado. El hijo de una de las lavanderas se resbaló y cayó al agua. Sólo se veían sus piernas mientras la mamá gritaba desesperada. Esos segundos de indecisión y angustia entre los ahí presentes se hicieron eternos. El papá de Natalia se apresuró al rescate, pese a las advertencias de su esposa de que no iba a salir, de que la Llorona lo iba a arrastrar. Hizo como que no la escuchó y se tiró un clavado. Natalia lloraba sin dejar de ver el punto donde desapareció. Tras un largo silencio emergió con el niño desmayado. Dándole respiración de boca a boca reanimó al hijo de la lavandera, quien le agradeció entre bendiciones. Su papá era todo un héroe.



Cuando Natalia llegó a Tijuana, Israel encarnó el anhelo de una nueva vida en el norte, lejos de los frijoles acedos de Michoacán. Pronto la ilusión se esfumó como espejismo del desierto, pues su temperamento era tan árido como la región y su actitud tan volátil como el clima.

—¿Otro? —espetó cuando la vio con prueba de embarazo en mano—. ¿No ves que ya no cabemos aquí? A ver cómo te sacas ese chamaco porque yo no lo quiero.

Mientras los meses iban pasando y la panza de Natalia se inflaba, en Israel parecía derretirse la dureza de su primera reacción. Incluso llegó a decir “nuestro hijo”.



—Voy a meter mi mano —avisó el doctor.

Estaba acostada sobre una cama en un cuarto de hospital. El médico puso una cubeta bajo su entrepierna. En ese

momento no había nadie que nadara por su hijo, quien se ahogaba de cabeza en la laguna de su vientre. Pese a todo pronóstico se aferró al encantamiento de las palabras de su mamá.

—Vente, Oliver. No te vayas —musitó apretando los dientes al sentir la mano ajena abrirse camino en su interior—. Tu alma te está llamando.

Antes de sumergirse hasta el fondo alcanzó a oír un chorro llenando la cubeta. El doctor sacó sus dedos al mismo tiempo que una garra huesuda y fría entró en su pecho y abrió una llave, por donde se le drenaba la vida.



Oliver apenas y pesaba en sus brazos. Recorrió sus cejas pobladas con el dedo. Acarició la tela de su trajecito blanco y posó su cabeza en la mano, mientras con la otra jugaba con su cabello rizado, muy parecido al suyo. Intentó pensar en una canción, pero le resultó imposible recordar alguna. ¿Qué canción de cuna se le canta a un bebé que ha nacido muerto? Una que tenga el efecto contrario y le abra los ojos en lugar de arrullarlos.

Israel se lo quitó con cuidado, como evitando despertarlo, y lo regresó al ataúd. Él no la abrazó, ni pensar en que le pidiera perdón. Y aunque Israel sí lloraba, ella no. Su suegra y otros dos hermanos de Israel estaban al fondo de la sala de la funeraria tomando café y comiendo Canelitas mientras platicaban. Para ellos no era un velorio, era una reunión más.

—¡Cállense el hocico! —ladró Natalia, sin importarle la mirada de reproche de Israel. Su suegra sólo la vio con su repudio habitual y salió de la sala. Siguieron conversando afuera, sus risas llenaron el pasillo.

En el entierro los ocho hermanos de Israel y su mamá lo abrazaron, ya que no dejaba de sollozar. Ella sólo miraba,

alejada unos pasos atrás. En cuanto a sus hermanos, sólo Josué emigró a Tijuana, pero no la quiso acompañar porque no soportaba los funerales. Natalia, sola como estaba, no le iba a dar el gusto a nadie de verla llorar. Ya tendría tiempo suficiente para que sus lágrimas llovieran sobre el desierto que le creció dentro.

Una parte de su ser fue depositada en la misma caja que Oliver el día que lo enterraron en el Panteón Municipal Número 11. La conciencia de saberse mutilada se acentuó al perder la capacidad para generar vida, pues su matriz no soportó la catástrofe. Estoica ante las miradas ajenas, no se dejó derrumbar cuando bajaron el ataúd en el agujero. Por más que resistiera, el peso de sus senos, pletóricos de leche que nadie iba a beber, la hundía más y más en arenas movedizas.



A los pocos días llegaron unos papeles del Hospital General de Tijuana. Israel ni siquiera tocó el sobre, como si éste chorreara sangre. Natalia se lo arrebató a su suegra creyendo que era una carta donde explicaban que todo había sido una broma retorcida, y su hijo se encontraba en el área de maternidad.

Sólo se trataba del informe de la autopsia. El bebé pesaba 2980 gramos. Varón. Causa de muerte: asfixia por desprendimiento prematuro de placenta normoinserata. De manera abrupta el saco amniótico cedió, provocando que derramara chorros de sangre. Esto la llevó a un choque hipovolémico que la dejó un día y medio en coma. Durante ese periodo soñó que no paraba de caer en un pozo sin paredes. Cuando logró despertar se vio rodeada por varios calentones que la ayudaban a conservar la sangre que le quedaba. Oliver luchó, pero al no contar con asistencia médica durante la emergencia, en algún punto de su traslado al hospital se ahogó con todos los líquidos.



Pese a que los familiares de Israel le daban el pésame, sentía que toda condolencia era una burla, cada abrazo un insulto. En cuanto a Israel, el reproche se había vuelto su forma de comunicación. Ya no se quedaba callada ante los menosprecios. A la menor oportunidad era ella la que iniciaba las discusiones. Ni siquiera le agradecía que se hubiera encargado de los gastos y trámites. Fue lo mínimo que pudo hacer. Las veces en las que él se encerraba a destrozar el cuarto, Natalia le recordaba el revólver que guardaban debajo del colchón.

—Tú te debiste morir y no mi bebé —le susurraba detrás de la puerta—. Si eres hombre agarra la pistola y mátate.

Por más placer que le hubiera dado escuchar el balazo, sabía que ese sacrificio no le devolvería a Oliver. Israel se enfrascaba en su trabajo, y en los días de descanso se la pasaba jugando en el Nintendo 64, sin despegar la mirada de la tele, sin hablar. No importaba que Israel fuera el responsable de lo que pasó, Natalia no sabía cómo desatar el nudo de la culpa que ataba su garganta. En su cabeza no dejaba de atormentarla el mismo pensamiento: debí haberme ido antes al hospital.



Todas las mañanas maldecía al sol que se atrevía a crear un nuevo día para una mamá huérfana de hijo. Un temblor sin redención se hospedó en sus nervios, y no parecía querer irse. Cada que escuchaba a sus dos hijos gritar, ya sea por estar jugando o por peleas, los imaginaba degollados o que un camión les había aplastado la cabeza. Tenía que correr y asegurarse de que seguían con vida.

Para tranquilizarse acariciaba sus talismanes: las prendas y juguetes que tenía preparados para Oliver. Eran sus dosis

diarias de anestesia emocional y al mismo tiempo una aguja en el corazón, pues le recordaban todos los sueños que quedaron en obra negra. Su favorito era el patito de goma. Planeaba bañar seguido a Oliver en la tina de plástico, esperando que le gustara y se convirtiera en un gran nadador como su abuelo. Nunca imaginó que el agua terminaría por reclamarlo.



—¿Puedo pasar? —su suegra irrumpió en su cuarto sin tocar como acostumbraba—. ¿Viste la llave del portón?

Ella tenía la mitad del revólver dentro de la boca y le estaba quitando el seguro. Ni se inmutó por la intrusa, misma que se puso roja.

—Ah, ya la vi —cruzó el cuarto tambaleando, y como entró se fue. Natalia escondió el revólver en un cajón debajo de la cama. Luego de varios días reconsideró lo que estuvo a punto de hacer, aterrada de sí misma. Lo mejor sería tirar el arma. Cuando buscó en el cajón lo halló vacío. Removió su cuarto sin encontrar nada.



Los Bañados. Ése era el apodo del grupo de familias que vivían en una pequeña colonia cerca de su casa en Zacapu. Los niños de esas familias andaban desnudos por la calle, únicamente cubiertos por camisas rotas y costras de mugre. “Qué triste se oye la lluvia en los techos de cartón”, esa canción de Los Bukis la hacía llorar a sus ocho años por no tener nada que darles.

Los aguaceros de Michoacán hacían papilla las casitas de cartón de los bañados. Tras las lluvias era casi seguro que uno de esos niños se resfriara, le diera neumonía y muriera. Con

los puños apretados por la impotencia se prometió a sí misma que de grande sería doctora para ayudarlos a todos ellos. Su plan se fue borrando, pues en su propia casa apenas y había para tragar. La comida no les iba a caer del cielo, así que tuvo que conformarse con terminar la primaria.

Cuando comenzó a andar con Israel, le contó su sueño. Él le prometió que, si se iba a vivir a su casa, la ayudaría a estudiar. Luego vino un embarazo, y otro más, y a Israel le aceptaron la visa de turista. Comenzó a trabajar ilegalmente en una pizzería, se iba a las dos de la tarde y regresaba a las cuatro de la madrugada. Ella pasó de soñar con una bata blanca a vestir un mandil de cocina.



Le exigió a Dios una respuesta, lo maldijo por su silencio. Finalmente intentó aproximarse a Él desde otro ángulo, y quizá encontrar el sosiego que necesitaba. Por ello se refugió en la religión cristiana. Pronto se desencantó de ella gracias a la cantidad de blasfemias que ahí ocurrían. Los esposos de las “hermanas” se metían con las de danza, el pastor se quedaba con todos los diezmos. Inclusive su propia suegra, luego de llegar a su casa de la congregación, buscaba alguna foto de Sarah, su nuera gringa, esposa de Antonio, para mandar a hacerle brujería.

Cuando una “hermana” le explicó que quizá Dios se había llevado a su hijo para que ella tuviera un angelito que la cuide, ganas le sobraron de abofetearla. Salió ofendida del templo; sin embargo, algo en esas palabras le caló hondo. La certeza de que su hijo seguía existiendo en otro plano, dígame el cielo, la reconfortaba un poco.



La única razón por la que seguía en el mundo era por su hijo Esteban, quien apenas andaba aprendiendo a caminar. Se apoyaba de las paredes y lograba acercarse a ella para decirle “¡mamá!”. La sonrisa de su bebé era una soga arrojada al pozo. Cuando volvía a cargarlo se olvidaba por instantes del patito. A sus dos hijos les recordaba que tuvieron otro hermano, cuya fecha de muerte coincidía con la fecha de nacimiento. Así mantenía vivo a Oliver, como si sus palabras lo materializaran.



Natalia conoció a Israel cuando tenía 18 y él 24. Ambos trabajaban en una fábrica de juguetes. Cuando se iban conociendo, a Natalia se le hizo raro que hablara mucho de su mamá. Le narraba cómo ella le chingaba vendiendo cocadas cerca de la Basílica de Guadalupe en el D. F. antes de venirse a Tijuana. A Israel le cambió la cara cuando Natalia quiso saber sobre su papá.

—Está muerto —le dijo. Por la severidad de su rostro no volvió a tocar el tema.

Un día su cuñado Antonio regresó de Playa Vicente, el pueblo natal de Israel en Veracruz, para decirle que don Pedro, su papá, ya se encontraba muy enfermo.

—¿No que se había muerto? —le reclamó Natalia frente a su hermano.

—¡Tú cállate!

—Carnal, cuando llegué con mi apá y me acerqué, como ya está ciego por la *diabetis* me tocó la cara. Me dijo: “¿Israel, eres tú?”. No seas culero y ve.

—¿Ya no te acuerdas de cómo abandonó a nuestra jefa?

—¡A nosotros nos buscó! Fue ella la que no nos dejó verlo.

—Me vale madres, para mí ya está muerto.



De la boca de Israel no salía el nombre de Oliver. Nunca asumió su responsabilidad en palabras. En varias ocasiones, mostraba indicios de que la ponzoña de la culpa lo corroía y necesitaba escupirla cual culebra que lanza veneno: “por tu culpa choqué, ¿para qué te vas riendo?”. Cansada de sus quejas, su suegra y esa casa donde el fantasma de Oliver gateaba entre los pasillos, le puso un ultimátum: o se salían de ahí, o se llevaba a sus hijos para que se quedara solo como perro. Tuvo que irse a vivir un mes con su hermano Josué para que Israel la tomara en serio y le hiciera caso.

La convivencia con su esposo rebasó lo insoportable cuando pasaron los años y su visa de turista expiró. Al intentar renovarla, la migra descubrió que Israel cruzaba casi a diario para trabajar, por lo que quedó vetado. De la noche a la mañana se vieron obligados a dejar su vivienda de dos pisos en un fraccionamiento del Infonavit para mudarse a una casa hecha de tabiques y apenas dos cuartos. Los gritos y las peleas escalaron en ese nuevo lugar del que salían tarántulas, ciempiés y viudas negras de las paredes, como si la hostilidad entre ambos las llamara. No fue hasta que Israel se atrevió a golpearla repetidas veces que decidió salir de ahí.

Ni una cobija le agarró, tampoco quiso sacarle un peso cuando tramitó el divorcio. Al inicio de la ruptura gran parte de su sueldo como operadora de una fábrica de televisores se iba en rentar un cuartito de vecindad. Su orgullo e integridad eran más fuertes que el hambre. Sola había llegado a Tijuana, sola podía salir adelante. Sus hijos iban y venían entre su casa y la de Israel como un péndulo que no terminaba de detenerse.

Lo único que le pedía a la vida era paz. Para su sorpresa, en esa fábrica conoció al que sería su siguiente pareja. Andrés le llamaba la atención por su bigote poblado y varonil, sin contar

su enorme sentido del humor. Su transparencia, en las citas y en la vida en pareja, la convenció de volver a confiar en el amor. No fue fácil, pues ella estaba lista para pelear con uñas y dientes ante el menor problema. Un día Andrés la sentó frente a él y la miró a los ojos.

—Escúchame bien porque no te lo voy a decir dos veces. Si yo estoy contigo es porque quiero una vida tranquila. Si a ti te gusta andar como perros y gatos entonces lo mejor sería que me vaya.

Natalia se quedó pasmada ante sus palabras, como si hubiera despertado de un largo sueño. Poco a poco Andrés le ayudó a ver que había otras formas de vivir más allá de las que aprendió con Israel.

Al inicio de la pandemia, Andrés sufrió problemas por las piedras en su vesícula. Con los hospitales colapsados, y sin nadie que quisiera ir a su casa a atenderlo por miedo al virus, a Natalia no le quedó más que convertirse en su doctora personal, aprendiendo a inyectarle sus medicamentos y a monitorear sus signos vitales. Bajo su cuidado, Andrés logró mejorar. Con el apoyo de su hijo Esteban, quien la alentaba a retomar sus estudios, y la experiencia de haber salvado a Andrés, tomó fuerzas para estudiar un curso de enfermería auxiliar.



—Naty, ¿ya supiste? —la llamada de Sarah la tomó desprevenida. No pudo recordar la última vez que hablaron.

—¿Sarah? ¿Qué pasó?

—Israel acaba de fallecer de camino al hospital —sin darse cuenta se paró de su cama por el *shock*. Días antes, Esteban le hizo saber por Facebook que Israel contrajo coronavirus. Colgó la llamada y se fue directo a la casa de Israel para ver a su hijo.

Si bien sintió pena por la muerte de su exesposo, su conmoción se centró en Esteban. Volver a hacerse cargo de él durante el confinamiento fue similar a volver a criarlo. Aun con 20 años, para ella seguía siendo el mismo bebé que aprendió a caminar solo. Ahora le tocaba acompañarlo en su duelo, abrazarlo mientras se retorció de la aflicción al día siguiente de la muerte, asistir juntos al entierro, y compartir recuerdos entre lágrimas y risas de lo cascarrabias que era Israel. Semanas después las preguntas se desenterraron de su inconsciente, sin intención de marcharse. ¿Por qué tuvo que irse a trabajar y dejarme sola? Ahora que se ha ido, ¿pudo conocer al hijo que dejó morir?



Su amistad con Sarah se renovó, cosa que no la dejó muy feliz pues su excuñada hablaba por horas sobre sus problemas con Antonio. En su momento, Natalia y el hermano de Israel tuvieron una buena relación. Incluso llegó a defenderla de Israel varias veces. Algo pasó después de perder a Oliver, su cuñado le retiró la palabra por completo y nunca supo por qué.

—Es que no te quería contar, Naty. *Look*, no te vayas a ofender, así me dijo Antonio que le dijo Israel. No sé si sea cierto, *right?*

—¿Qué cosa? —interrumpió a Sarah, en una de esas llamadas que podían seguir por horas.

—Es que me contó que te dejó de hablar porque, según Israel, tú mataste al *baby* que iban a tener. *Maybe* escuchó mal...

—Sarah, ahorita no puedo hablar.

Colgó, ofuscada por tal declaración, y bloqueó el número de Sarah al instante. Sabía la clase de monstruo que llegaba a ser Israel. Pero decir algo así, después de todo lo que pasó, era inconcebible.



Cierta irritación la poseyó durante meses, hasta que terminó por movilizarla hacia un lugar que tenía abandonado. Después de todo, el cielo no era el único lugar donde ocurrían reencuentros ni Dios la única respuesta a las penas.

Visitó la olvidada tumba de Oliver, la limpió y volvió a llorar como en antaño. En la tumba sus talismanes encontraron un hogar, puesto que no era capaz de tirarlos, pero tampoco consideraba sano tenerlos cerca. Entre las figuritas que aún permanecían sobre la lápida, se encontró el patito. Ya se le había borrado la cara y estaba lleno de tierra y polvo. Aunque limpiar el sepulcro le otorgó cierta tranquilidad, sentía que faltaba algo, y el animal de goma le dio la respuesta.



Gracias al pavimento, los Oxxos y un mayor tráfico, Zacapu era un pueblo distinto al que recordaba. En cuanto a la laguna, ese color verde claro la mantenía intacta como en los recuerdos de su infancia. Como ya casi era de noche y el sol expiraba por el horizonte, la sinfonía animal hizo su movimiento de apertura. Cigarras y sapos competían por ser la voz principal, luciérnagas formaban constelaciones en movimiento.

Ahorró durante más de un año en su trabajo como enfermera en una clínica pequeña para poder pagar esa travesía, en la que Michoacán sólo era la primera parada. Los ríos, cenotes y cascadas del sureste la esperaban. No eran sólo unas vacaciones cliché de autodescubrimiento. La mayoría de su vida la pasó en Tijuana, por lo que viajaba al otro extremo del país para buscarle el reverso a una vida marcada por la pérdida.

La lejanía con sus hijos disparaba su ansiedad. Pero una voz en su cabeza le susurraba que era momento de ir más

allá del miedo. Además, Andrés la apoyó desde el primer minuto que le mencionó la idea. La incertidumbre era su más grande oportunidad.

Sin importar los años transcurridos, Natalia intuía que bastaba con ver el sitio específico para reconocerlo. Caminó por un buen rato. Era ahí. Casi podía escuchar los gritos de su mamá clamando por su hermano, pero ya no eran motivo de terror.

Las palabras de Sarah le provocaron una indignación ineludible. ¿Cómo se atrevían a profanar su luto con semejante acusación? Sólo entonces llegó a comprender a la Llorona. Según la leyenda, La Llorona se encargaba de acabar con hombres y niños, pues se decía que ahogó a sus hijos en la laguna tras el abandono del padre. Pero ¿y si ella nunca los ahogó como todos aseguran? ¿Y si la muerte de sus hijos fue un accidente, y el padre culpó a la Llorona, diciendo que los había matado? Natalia comprendió que un tormento como el que expresaba la Llorona por las noches era comparable al de una mamá que perdió a un hijo en un giro cruel del destino. Madres como ellas eran condenadas por amar a un bebé que no pudo vivir. Un dolor así trascendía el cuerpo, el espíritu y el tiempo. Entonces en eso no estás sola, Llorona, pensó Natalia.

Sentada en el borde de la laguna, sacó el juguete para colocarlo sobre la superficie. No estaba lista para soltarlo, nunca iba a estar lista. Con esa inseguridad liberó al patito, que abandonó sus dedos delicadamente. La risa de un pequeño jugando del otro lado de la orilla le recordó que a unos metros de ese lugar otro niño se salvó de ahogarse gracias a su papá.

Las lágrimas de Natalia se fusionaron con su reflejo en el espejo acuático. Estaba a punto de irse cuando una duda la hizo voltear. El patito seguía sin hundirse en el agua.

—Ya me voy, Oliver. Mi alma te estará esperando.



Erick González

(Ciudad de México, 1992)

Licenciado en Contaduría por la Facultad de Contaduría y Administración de la UNAM. Trabaja en su primera novela a la vez que se desempeña como contador. Ésta es su primera publicación.



Guardián

(Cuento)

19 de mayo. 18:56 horas. Colonia Nápoles, Ciudad de México

Desde la penumbra de su cabina de vigilancia, ubicada junto al recibidor, Gilberto observó a los últimos empleados que quedaban en el pequeño edificio arremolinarse tras la puerta de salida. Uno tras otro, jóvenes en su mayoría, cruzaron el umbral y se dispersaron por la calle como pájaros volando lejos de su encierro.

En contraste, la jornada del portero apenas iba tomando ritmo. Su rol como guardián del edificio le demandaba turnos de hasta 24 horas seguidas, con responsabilidades que se distribuían entre autorizar accesos, recibir paquetes, estar al pendiente de las cámaras de vigilancia, y poco más. Si bien todo aquello podía resumirse en el simple y soporífero acto de no moverse de su sitio, en el lapso de un día o hasta que llegara su relevo. Y quedaban todavía muchas horas por delante para que eso ocurriera.

No obstante, esa noche, melancólica y con ánimos de lluvia, guardaba para Gilberto un interesante cambio en la rutina. Él lo sabía. Pasadas las dos de la tarde había recibido una llamada de la dirección de Farmasina S.A., la única empresa que hacía uso de las instalaciones, para solicitarle una revisión minuciosa de los videos tomados por las cámaras en su turno previo, dos días atrás. El dueño y director de la empresa tenía la sospecha de que documentos confidenciales de uno de sus clientes habían sido extraídos sin autorización (y sin retorno) de las oficinas. Y, para que Gilberto supiera hacia dónde debía enfocar sus esfuerzos de búsqueda, le había proporcionado santo y seña del paquete de documentos que, por razones no del todo claras para el portero, había tardado

casi 48 horas en figurar como desaparecido. El director incluso le había dado el nombre de algunos empleados, en especial uno, a quienes no le costaba trabajo señalar como posibles responsables del hurto.

No era común que documentos de tal relevancia se perdieran. Y menos que alguno de los trabajadores los sacara por propia mano, sin autorización de por medio. Las más de 20 cámaras, repartidas en el interior de las oficinas, el estacionamiento y el acceso al inmueble, estaban ahí para desalentar a cualquiera de extraer documentos sin permiso. El director de Farmasina, empresa de servicios de consultoría en registros sanitarios de plaguicidas y fertilizantes, no dudaría en hacer rodar cabezas si se confirmaban sus temores, pero antes necesitaba recuperar los papeles.

A Gilberto le quedaba claro que, con tanta competencia en el sector, el robo de documentos de uno de los clientes podría desembocar en un escándalo capaz de hundir a la empresa, con todo y sus treinta y tantos trabajadores. Por lo tanto, quedaba en sus manos descubrir al responsable (en caso de existir uno) y averiguar el destino de los documentos antes de que tuvieran que informar al cliente. Después de todo, estaba a cargo de la seguridad del edificio y, aun si no podía achacársele culpa alguna por no detectar un robo entre tantas cámaras que debía vigilar, a él le tocaba arrojar luz sobre el caso.

A minutos de las seis de la tarde, hora de salida de los trabajadores, el portero había devuelto la llamada al director para comunicarle sus hallazgos: en efecto, uno de los empleados había intentado llevarse los documentos, pero todo parecía indicar que se había arrepentido en el camino. Y los documentos habían acabado en la trituradora. Si habían salido del edificio, lo habían hecho en calidad de confeti, junto a los kilos de papeles que a diario eran desechados en la empresa.

Sin embargo, el director, desconfiado como se esperaba de alguien en su situación, había insistido en mirar por sí mismo los videos. Le había pedido a Gilberto tenérselos listos para las siete de la noche, cuando calculaba que no quedarían más que ellos dos en el inmueble.

—Ya vine a ver mi película, Gilbertito, espero que estés listo —escuchó la voz del director mientras sus pasos entraban en la cabina.

—Claro que sí, don Fernando, ya aquí le tengo todo, para que no le queden dudas y se pueda usted retirar tranquilo.

El director jaló una silla y se acomodó junto al portero. Éste pudo sentir la seda de la camisa del otro rozando la manga abombada de su chamarra oscura. El rostro de don Fernando, prácticamente desprovisto de cejas y salpicado de marcas que evidenciaban un caso importante de acné juvenil, reflejaba los destellos emitidos por la computadora.

—No es que no confíe, Gilbert, pero Martínez insistió tanto en que la desaparición de esos papeles tenía que ser obra del señor Alcalá, que sólo quiero asegurarme de que no se nos esté escapando nada.

—Entiendo, don Fernando, pero ahorita que mire los videos verá que el responsable es el otro que le dije... Ya si esto no le parece prueba suficiente, tendría que interrogar al señor Alcalá usted mismo.

—Imposible. Me imagino que sabes que el señor va a andar fuera por un tiempo... No puedo esperarme a que regrese para interrogarlo. Necesito salir de dudas ahorita mismo.

El portero se limitó a responder con un asentimiento. Era más que evidente que no habría forma de convencer al director de la pérdida de minutos (tal vez horas) que sería mostrarle los videos, pero tampoco estaba tan mal; ya con el alivio de saber que la confidencialidad del cliente no había sido vulnerada, el asunto destacaba como una forma cuando menos entretenida

de pasar el rato. El portero movió hacia el centro de la pantalla el primero de los videos. Empezaba con el asistente administrativo de la empresa, el hombre señalado por Martínez, arribando al edificio. Tan temprano como de costumbre.

17 de mayo. 07:49 horas

El señor Alcalá dobla la esquina. Lo sigue su reflejo, que se aprecia alto y llenito, en los ventanales del Oxxo ubicado en la planta baja del edificio de seis niveles en donde transcurre la mayor parte de su vida. Se detiene a saludar a Charly, un compañero suyo, a quien encuentra recargado contra los vidrios de la tienda, fumando el primero de los muchos cigarrillos que entrarán a su boca durante el día. Los ojos amarillentos del muchacho tardan un segundo en enfocarlo, sus córneas atravesadas por un color rojizo, que delata la falta de sueño.

—Qué dice, señor Alcalá, ¿ya listo para darle? —le dice el joven, de un cabello negro tan rizado que parece lana de borrego.

—Ya listo, mi estimado. ¿Y tú?, agarrando ánimos por lo que veo —le contesta el señor Alcalá—. Nomás cuidado con los cigarrillos —agrega con preocupación genuina—. Te lo digo porque mi hermano, en paz descansa, se acabó por fumar tanto. Yo por eso ya dejé el cigarro. Cuando quieras, dime y mejor te preparo un cafecito.

Charly le agradece el gesto, pero no hace por continuar la plática. El señor Alcalá entiende que no debe molestarlo más y sigue su camino hasta la entrada del edificio. Toca el timbre, para que Gilberto lo deje pasar. Mientras espera, saca su credencial de su mochila. El tarjetón lo identifica como empleado, desde hace tres años, de Farmasina S.A. El aspecto de la persona en la foto no ha cambiado mucho. Es el rostro de un hombre ya bien entrado en sus 50 años, de barba cortada

al ras, pelo castaño sembrado de canas y ojeras profundas que son la firma de un desánimo permanente, a pesar de la sonrisa que se esfuerza por dibujar.

Un zumbido desagradable le indica que debe empujar la puerta. El señor toma una última bocanada de aire antes de entrar.

—A ver, Gilbert, no necesito ver esto —le dijo el director al portero, obligándolo a poner pausa—. A esa hora, nadie que no fuéramos mis gerentes y yo sabía de la existencia de esos documentos, o de la visita que nos iba a hacer el cliente ese día.

—Pues como dijo que quería verlo todo...

—Esto no. Vámonos hasta donde Martínez informa al señor sobre la visita. Me dijo Martínez que desde ese momento tuvimos que haber desconfiado. Debió ser como a las...

—La primera vez que Martínez y el señor Alcalá se encontraron fue poquito antes de las nueve. Déjeme le muestro.

17 de mayo. 08:42 horas

Las llantas del carrito de servicio emiten su rechinido clásico mientras el señor Alcalá lo empuja suavemente a través de los corredores del quinto piso. Luego de haber pasado por los dos niveles inferiores, sólo éste le falta para dar por terminada su primera labor del día.

Navegando por los pasillos, se siente un tripulante de cabina repartiendo aperitivos y buenos deseos para la jornada que no tiene ni una hora de haber iniciado. En el tiempo que lleva trabajando en la empresa, su trato amable y solícito para con los empleados ha sabido ganarle el cariño de muchos, sobre todo de la parte subordinada de la plantilla, integrada por químicos, biólogos y agrónomos que le responden el saludo con la mejor sonrisa que a esa hora son capaces de ofrecer.

—Qué pasó, mi Toño, ya vámonos, ¿no? —bromea el señor Alcalá con uno de los tantos trabajadores sentados a lo largo de las filas de escritorios.

—Ya vámonos, señor —le contesta éste, pidiéndole de paso uno de los jugos enlatados que transporta en el carrito.

—¿Qué pasó con ese Azul, mi Lalo, otra vez perdiendo de último minuto?— se divierte con otro, que le devuelve una risa animosa y se queda con una bolsa de papitas.

Sólo en el lugar vacío de la doctora Esmeralda, la jefa de Charly, se topa con un papelito que reza: “Me lo llevas a la sala de juntas, por fa”, haciendo referencia al vaso de café de Starbucks que le sube todas las mañanas. Son malas noticias, piensa. El mensaje sugiere que don Fernando ha convocado una reunión de gerentes, una en la que no faltará Martínez, su jefe, a quien no soporta ver ni en fotos. Pero sabe que no le quedará más opción que atender el encargo en cuanto termine de surtir al resto de la plantilla.

Su recorrido por el quinto piso toca puerto en el escritorio de Lizi, mujer de treinta y tantos años a la que, sin decirlo, considera su única verdadera amiga dentro de la empresa.

—¿Y a usted qué le voy a ofrecer, Lizi: un juguito, unas galletas...?

—Muchas gracias, señor Alcalá, pero estoy tratando de comer menos cosas empaquetadas —le responde ella, girándose sobre su asiento para saludarlo de beso.

—Bueno, le robo una agüita —agrega.

La mujer hace una pausa para tomar de la botella. Su coleta de caballo, sujetada por un moño grande, la hace lucir incluso más joven de lo que es. Acabado de dar el primer sorbo, la encargada del área de tráfico lo pone al tanto de sus peripecias de camino a la oficina y le pregunta por su hija, a lo que el señor responde con un discurso preparado. Le dice que la niña está bien, batallando con la secundaria, pero contenta. Ni siquiera

a Lizi ha podido contarle la verdad: hace meses que no ve a su hija, la madre no lo deja. Le exige más dinero que los ocho mil pesos que, con mucho trabajo, consigue mandarle cada mes.

Antes de que puedan continuar aparece Martínez en escena.

—Señor Guácala —exclama el gerente administrativo, tan sólo bajar del elevador—. Le estoy marcando y no contesta —suelta en tono de reclamo. Me hace venir a buscarlo yo mismo; nos urge que nos ayude en el sexto piso.

Los otros empleados vuelven a sus computadoras para no presenciar el espectáculo de payasos del que, para mala fortuna de todos, aparte de gerente es amigo del director. El señor Alcalá se conforma con responderle que irá en un minuto, en lo que suele ser una estrategia infalible para sacárselo rápido de encima. Pero esta vez el rubio viene con algo más que decirle. Trae un recado de don Fernando: a las nueve con 30, él y sus gerentes recibirán la visita de un cliente importante. Se había contratado un banquete para ofrecerle un desayuno en la sala de juntas a las 10, sin embargo, los meseros habían cancelado. Ahora necesitaban a alguien para servir los platillos y las bebidas y a don Fernando se le había ocurrido que él podía sacarlos del apuro.

—¿Y no necesitan que les cocine? —no se aguanta las ganas de preguntar el señor Alcalá, que mira sus pocas esperanzas diluirse en la carcajada que suelta enseguida Martínez.

—Ni que estuviéramos locos para enfermarlos con su comida, señor Guácala —remata el gerente, en su ruta de vuelta al elevador.

—Lo bueno que ni quería —acaba diciéndose el hombre que se rehúsa a caer en la trampa de sentirse humillado, atrayendo una sonrisa compasiva de Lizi. A fin de cuentas, está acostumbrado a los exabruptos de Martínez. Aunque, eso sí, que el inepto se atreva a calificar de enfermiza la labor de un

cocinero como él, con estudios y décadas de experiencia, le sigue doliendo. Porque además le recuerda cómo fue degradado del puesto de responsable de cocina que tuvo a su ingreso en la empresa, para acabar bajo sus órdenes. Tanto se había alegrado por encontrar un empleo como ése a su edad para que, al cabo de unos meses, don Fernando anunciara que había decidido cerrar el comedor, en un esfuerzo por reducir gastos, instalando a cambio el servicio del carrito y asignándole a él sus nuevas funciones.

Claro que había también una versión no oficial (pero sabida por todos) acerca de la decisión de don Fernando. Se hablaba de que el culpable había sido Martínez, después de que éste se ausentara por más de una semana de las oficinas bajo el pretexto de una fuerte infección estomacal que, según él, había contraído luego de comer unos chilaquiles preparados por el ahora asistente administrativo. De ahí el apodo con el que insiste en llamarlo.

Ni las convicciones estoicas del señor Alcalá consiguen evitar que su mandíbula se tense y su garganta se ocluya al repasar esas estampas en su memoria.

Gilberto miró a don Fernando frotarse con una mano la barbilla, después los cachetes. Los videos seguían corriendo pero el director se hallaba sumido en sus propias cavilaciones.

—Martínez tenía razón cuando dijo que no debimos confiarle esa tarea con el cliente —dijo al cabo de unos instantes—. Lástima que los videos no tienen sonido pero nada más con ver la cara del señor me doy cuenta de su molestia con Martínez. A un empleado molesto con su jefe no debería permitírsele tener contacto con los clientes. Caray.

—Lo bueno es que no pasó a mayores, don Fernando.

—Pues veremos. No sabes cuánto deseo que estés en lo correcto, Gilbert.

Las imágenes en la pantalla no tardaron en mostrar al inculpado por Martínez entregándole su Starbucks a la doctora Esmeralda, a quien tuvo la suerte de toparse afuera de los baños del sexto piso. Tan sólo dos minutos después de eso, el señor ya se encontraba sacando tazas, platos y cubiertos de los anaqueles de la cocina, dándoles una lavada rápida en el fregadero.

—Ayúdame a adelantar el video hasta donde el señor entra a la sala de juntas para servirnos el desayuno —le pidió entonces don Fernando al portero—. Si es culpable de algo, ahí tuvieron que haber nacido sus planes.

17 de mayo. 10:01 horas

El señor Alcalá se detiene con el carrito junto a la puerta de cristal. No hace falta que toque, Martínez ya lo ha visto y con un movimiento de mano le pide que ingrese. El ímpetu de la voz que domina al interior de la sala lo desconcierta en un inicio. Le pertenece al cliente, hombre de rasgos orientales y mirada rigurosa, quien se encuentra a mitad de una queja dirigida a don Fernando con motivo de alguna demora en los servicios que recibe de su empresa.

Al señor Alcalá no le parece el mejor momento para servir un desayuno, pero si Martínez le dio luz verde, ¿él que más puede hacer? Por fortuna, nadie repara en su presencia mientras dispone los manteles, los cubiertos, las tazas y los platos con fruta.

Sentados a la mesa se encuentran, además de Martínez, don Fernando y el señor Wong (como se refieren al cliente), la doctora Esmeralda y el doctor Alberto. El señor Alcalá se hace cargo de llenarles las tazas de café con leche, al gusto de cada uno, valiéndose de movimientos ágiles y precisos, aprendidos en sus años como mesero.

Aun cuando no es intención suya escuchar lo que se discute, termina por enterarse de las razones que tienen así de inquieto al invitado de sus jefes: el señor Wong, de nacionalidad china, es fabricante de plaguicidas y busca, desde hace meses, entrar al mercado de dichas sustancias en México. Para ello requiere que el organismo competente, la Comisión Federal para la Protección contra Riesgos Sanitarios (Cofepris), le libere los permisos de importación y venta de todos y cada uno sus plaguicidas. El problema radica en que el equipo de don Fernando le ha pedido tres meses de plazo para tramitar el permiso tan sólo del primero de los productos, y el cliente alega que no puede esperar tanto, que necesita generar dinero para echar a andar algunos otros proyectos en el país.

En cuanto termina de servir los cafés, el señor Alcalá baja corriendo a la cocina por los platos fuertes. Al volver, se percató de que la mayoría de sus comensales apenas si han picado sus platos con fruta, de manera que elige aislarse en un extremo de la sala, haciendo tiempo, mientras finge arreglar algunos detalles en las charolas a bordo del carrito.

Sobre la mesa ha aparecido un legajo. Se trata de un borrador de la solicitud de registro de algún plaguicida, elaborado por el equipo de don Fernando. El señor Alcalá puede intuirlo por el tiempo que lleva trabajando en la empresa y gracias a que Lizi lo puso al tanto de los procesos alguna vez.

El mismo don Fernando se encarga de explicárselo al señor Wong: Farmasina tiene más de 10 años de experiencia armando solicitudes de registro de plaguicidas en favor de sus clientes. Los tres departamentos en los que se divide la empresa, trabajan cada uno en una parte del legajo que, una vez aprobado por don Fernando, es ingresado a la Cofepris, la cual emite su resolución tomando en cuenta la opinión de dos autoridades revisoras más: la Secretaría del Medio Ambiente y la

Secretaría de Agricultura. Los departamentos de toxicología y ecotoxicología de Farmasina, enfocados en evaluar los riesgos del producto para la salud humana y el medio ambiente, trabajan la parte que será revisada por la Cofepris y por la Secretaría del Medio Ambiente, en tanto que el departamento de efectividad biológica, el que se encarga de determinar si el producto funciona, prepara la parte que será evaluada por la Secretaría de Agricultura. Los dos primeros departamentos son supervisados por la doctora Esmeralda, y el tercero por el doctor Alberto. En cuanto a los tiempos de aprobación, éstos varían de un cliente a otro, y de un producto a otro, pues aun cuando a las autoridades no les toma más de dos meses emitir su resolución, Farmasina tiene que asegurarse de que el legajo vaya completo, con todos los estudios y pruebas de laboratorio requeridos, y en eso puede llevarse meses.

Don Fernando argumenta que tres meses de plazo son en realidad poco considerando que la evaluación ya realizada por su equipo para el primero de los productos, la misma que yace sobre la mesa, arrojó que éste se encuentra lejos de cumplir con los estándares de aprobación, al menos en lo que respecta a los análisis toxicológicos y ecotoxicológicos, por lo que sería necesario hacer modificaciones al producto. Sin embargo, el cliente no parece abierto a escuchar razones y responde con una amenaza: o acortan el tiempo o se va en busca de otra empresa que pueda hacerlo.

El señor Alcalá mira a don Fernando acomodarse el nudo de la corbata antes de rebatir con una proposición que lo deja frío: si el señor Wong se queda, no sólo tiene garantizada la aprobación de todos sus productos, sin necesidad de cambiarles nada, sino que además don Fernando está dispuesto a presentarlo con un buen amigo suyo, cercano al gobierno, quien, afirma, podrá ayudarlo a conseguir los mejores contratos gubernamentales para sus plaguicidas.

El espacio entre que don Fernando termina de hablar y el señor Wong contesta se llena de un silencio expectante. Al final el empresario chino le regala un asentimiento, que es seguido por un carraspeo de Martínez, dirigido al señor Alcalá, para que comience a servir los platos.

En los minutos siguientes el ambiente se relaja. Para todos con excepción del mesero. Una vez distribuidos los refinados *omelettes*, entra y sale de la estancia varias veces. Pero ya no es él ése que rellena las tazas y pregunta a los comensales si algo más se les ofrece. Ése es sólo su cuerpo. Su mente se encuentra lejos, dando vueltas en un torbellino de inquietudes que toma fuerza con cada indicio que capta en sus múltiples reingresos a la habitación. Porque el señor Alcalá no entenderá de formulaciones químicas, ni de niveles de toxicidad. Pero sí sabe que de lo que se habla ahí adentro es de maquillar estudios, de corrupción, de privilegiar el negocio de un cliente por sobre el daño que pueden causar sus productos. Le basta con escuchar que el esposo de la doctora Esmeralda les echa una mano con la aprobación de las solicitudes de registro desde su puesto como inspector en la Cofepris, y que Martínez se encarga de llevar todos los borradores a un valioso contacto que tiene en la Secretaría del Medio Ambiente, quien se los devuelve con los cambios pertinentes, para que el pecho le hierva, para que sus tos de fumador regrese en episodios que por poco le quitan el aliento.

No estaba listo para que sus ligerísimas sospechas de que algo chueco podía existir en ciertas partes del proceso, fundadas en comentarios que había llegado a oír por los pasillos, se transformaran de golpe en una realidad tan abrumadora como irrefutable: la empresa para la que trabaja es una cosa podrida más. Una farsa en la que poco importan los legajos que los científicos de la plantilla se tardan meses

armando, a comparación de los contactos que se jactan de tener el director y las cabezas de su equipo.

—Elegió bien el país al que vino a vender sus plaguicidas, señor Wong —oye decir a don Fernando, al tiempo que todos se levantan de la mesa—. Ya verá que éste es el paraíso.

Gilberto aprovechó la ausencia de acciones relevantes en los videos que cruzaban por la pantalla para dar unos tragos a su refresco. Terminado el desayuno, el director y sus gerentes habían ido a despedir al cliente a la puerta de las oficinas, para después volver a la sala de juntas, en donde el señor Alcalá terminaba de levantar la mesa. Don Fernando había puesto especial atención a los movimientos del señor durante los pocos minutos que éste se había quedado solo con el legajo, el dichoso legajo, el mismo que acabaría perdido. Sin embargo, ni una sola vez las manos del hombre habían tocado los papeles. Si algo raro podía percibirse en su comportamiento, eso sería un letargo poco común en la ejecución de sus labores. Pero aparte de eso, nada.

—Si quiere nos echamos las tres horas que siguen hasta que el legajo se pierde —le dice Gilberto al director—, pero le advierto que sucede poco; usted se queda en la sala de juntas con su equipo y, luego de que termina de lavar los trastes, el señor Alcalá se va para su lugar en el cuarto de suministros. Y de ahí no se mueve.

—¿Y viste si habla con alguien?, ¿a lo mejor con el que dices tú que se llevó el legajo?

—Habla sólo con una persona, pero no parece nada importante. Igual le muestro el video, fue poquito antes de que el legajo se perdiera. Déjeme lo llevo hasta ese momento.

17 de mayo. 14:36 horas

La parte del día que el señor Alcalá pasa anclado a su escritorio, en el cuarto de suministros del sexto piso, a la espera de que algún empleado se asome a pedirle una pluma, paquete de hojas, pastas para legajo o ayuda para destrabar la impresora, suele ocuparla leyendo libros, digitales y gratuitos, en la vieja computadora que tiene asignada por la empresa. Obras sobre todo de fantasía y de ciencia ficción, de entre las cuales escoge algunas para enviar a su hija y comentarlas juntos, cuando pueda verla.

En lugar de eso, un impulso masoquista de profundizar en las inquietudes adquiridas a su paso por la sala de juntas lo tiene surcando, desde el mediodía, la marea interminable de publicaciones en línea referentes al negocio sin escrúpulos e impacto negativo de las sustancias que representan la fuente de vida de su empresa. Lo que encuentra sólo sirve para avivar el sentimiento de desencanto hacia su trabajo, y la culpa al percibirse cómplice (sin importar en qué grado) de actos tan opuestos a la ética y la moral.

Los datos que salen de la computadora se le quedan adheridos como sellos en su mente: “Plaguicidas causan muerte masiva de abejas, afirman expertos”; “Plaguicidas de síntesis química favorecen el desarrollo de cáncer, mutaciones genéticas y alteraciones hormonales en humanos y animales expuestos”; “Más de 140 plaguicidas altamente peligrosos, prohibidos en la Unión Europea, están autorizados en México”.

Sólo la visita inesperada de Lizi es capaz de traerlo de vuelta de ese lugar oscuro en el que se hallaba metido. Vino a preguntarle si tiene una aspirina; le duele la cabeza y don Fernando está por llevarlos a ella y a los gerentes a comer, para celebrar el éxito de su junta con el cliente.

—¿Le pasa algo, señor? —le pregunta la mujer mientras él se dedica a escarbar entre los cajones del mueble de los medicamentos. No ha pasado por alto la intranquilidad en su semblante ni la atípica ronquera de su voz, esta última consecuencia de la tos que lo agobiara más temprano.

—Dígame algo, Lizi —devuelve él, al momento de entregarle la pastilla—, ¿usted está al tanto de cómo se maneja esta empresa?... ¿De cómo en verdad se maneja?

A ella le basta con pasar sus ojos por las pestañas abiertas en la computadora para entender.

—Sí —termina contestando en un suspiro—... Aunque hubiera preferido no saber, por eso nunca se lo dije.

El señor Alcalá no responde de inmediato. Lleva la mirada alrededor de la oficina, en donde puede ver a los jóvenes revisando estudios, sacando cálculos en la computadora y a Charly fotocopiando un legajo.

—¿Y los chicos, lo saben? —se escucha preguntando, aunque ya intuye la respuesta: la mayoría lo sabe.

—¿Pero... pero cómo es que ellos, siendo gente de ciencia, pueden aceptar esto?

—Por lo mismo que usted aceptó su nuevo puesto, no hay muchas opciones de trabajo para ellos, no en este país —responde la mujer. Y, antes de encaminarse hacia el elevador, en donde ya la esperan para irse el director y los gerentes, agrega—: Sé cómo se siente, porque yo también pasé por esto. Espero que también para usted mejore con el tiempo.

El señor Alcalá decide no devolver la vista a la computadora. En cambio, se desparrama sobre su silla, mirando al techo, exhausto de tanto descubrimiento perturbador en el día. Piensa con intensidad en lo que dijo Lizi sobre la dificultad de encontrar empleo. No se equivoca. Por más deseos que tenga ahora de moverse de la empresa, no podría. Necesita el dinero, para su hija. Pero cómo le gustaría por una vez

en la vida poder actuar como los héroes de las historias que consume y dar un paso al frente, sin miedos ni necesidades que tiren de él, en el nombre de la justicia y de los derechos vulnerados a costa de los intereses de todos los don Fernandos y los señores Wong del mundo.

En ese momento, como si el entorno fuera un reflejo de sus tribulaciones, la oficina empieza a sacudirse. El piso se balancea frente a sus ojos, los objetos sobre los escritorios se agitan. Muy pronto, los gritos a su alrededor lo hacen caer en cuenta de que aquello no son alucinaciones suyas. Está temblando. Lo confirma la alarma del edificio que tarde se activa. Él se mete debajo de su escritorio y desde ahí reza, por su hija, porque el sismo pase pronto, mientras las luces de la oficina parpadean...



Christian Placencia Basaldúa

(Ciudad de México, 2001)

Desarrollador de videojuegos. Actualmente estudia Ingeniería en Animación y Videojuegos e Ingeniería en Inteligencia de Datos y Ciberseguridad en la Universidad Panamericana, junto con Ciencias de la Comunicación en la UNAM. Se desempeña como diseñador y escritor de dos videojuegos en producción. Ésta es su primera publicación literaria.



Atrapasueños

(Fragmento de novela)

—Te lo juro. Nunca más voy a lavar platos en mi vida —le dije a Shiv mientras cepillaba el pegoste de un tazón—. O bueno, chance termino en un McDonald's y me ponen a lavar. Mejor no digo nada.

—Por favor, Roja, tienes que pensar en grande —Shiv me contestó mientras sumergía una charola en agua tibia—. Cuando salgamos de aquí, robaremos un chingo de dinero y me haré dueña de una cadena de restaurantes mundialmente famosa. Mejor trabaja para mí. Hasta tengo el modelo de negocios pensado: venderé la carne y la lechuga de las hamburguesas por separado.

—¿Y crees que la gente te las va a comprar?

—Obvio. Diré que vienen con papas gratis y la gente no se dará cuenta. Le haré como en los Starbucks cuando te preguntan qué leche quieres sin decirte que todas cuestan extra.

Siobhan, o Shiv, como prefería que le dijeran, era lo más cercano que tenía a una mejor amiga, aunque suena raro decirlo porque nos conocimos apenas hace tres semanas. Fue en uno de mis primeros días en la correccional. Estaba en el patio, tratando de sacudir a Sabrina y Mara porque alguien les dijo que yo traficaba cigarros (como si tuviera de dónde sacarlos). Entonces, esta chica flaca, de cabello muy negro y ojos muy claros, apareció de la nada y se interpuso entre nosotras. Shiv se puso a hablar sin parar, como si desviar la atención de los demás fuera su superpoder. La escuché divagar sobre esquemas piramidales, la mano invisible y un chorro de mamadas que no puedo recordar, pero lo que sí recuerdo es que Sabrina y Mara se quedaron tan desconcertadas que nos dejaron en paz.

Obvio Shiv sólo quería saber de los cigarros, pero me pareció muy simpática y fui encariñándome con su choro

mareador. Shiv estaba obsesionada con el dinero, y con buena razón, llegó aquí por hurto mayor. No sabía que había varios niveles de hurto, pero mínimo mi amiga era buena en todos. También la respetaban bastante porque sabían que no le tenía miedo a alargar su sentencia. Juntas hacíamos un buen equipo, pese a que sus ideas solían ser bastante descabelladas. Al menos con ella, jamás me sentía realmente sola.

—Claro, ¿cómo podría dudar de tus ambiciones? —le dije sin librarle del pegoste—. Un imperio de comida rápida dirigido por ti, la futura portada de *Time Magazine*.

—¡Exacto! Las papas fritas serán el arma secreta para conquistar el mundo. ¿Quién podría resistirse a un ejército de papas doradas y crujientes? Nadie, te lo aseguro.

—Sí, claro, porque todos los dictadores han conquistado naciones con papas fritas. Será un cambio refrescante, debo admitirlo. Mucho mejor que el genocidio.

—Lo sé, lo sé. Olvídate de las armas nucleares, las papas con *refill* son el camino. Y sabes qué, nombraré platillos en honor a mis cómplices. Estoy segura de que todo mundo querrá probar una Renatamburguesa. O Renatacos o algo así.

—¿Renatacos? ¿Es en serio? —le dije sin poder contener la risa—. No puedo creer que acabas de decir eso. Se te están acabando las ideas.

—Tienes razón, qué oso. Imagínate que nunca dije eso.

—Ahora nunca te lo voy a perdonar. Renatacos.

Me salpicó con agua y yo la salpiqué de regreso. La guerra de agua escaló rápido y terminó usando su charola para mojarme toda la cara. Me intenté cubrir con mi tazón pegosteoso.

—¡Ew! —exclamé—. Hay como aceite en mi ojo. ¿Qué te pasa?

—No seas llorona. Tómalo como un adelanto de la experiencia de ser un cliente de ShivDonald's. Muchas gracias y vuelva pronto.

Nos llevábamos rudo y así la quería. Además, en ese momento reír era un alivio. Los espectros que habían dejado marcas en mis brazos estaban desapareciendo, pero me seguía pesando la incertidumbre de qué haría con mi sentencia si no podía regresar a casa.

—¿En qué piensas, Roja?

—Nada. Nada más estoy medio alterada por lo del teléfono.

—Te puteaste a Morales, ¿no?

—No. Bueno, sí, pero no. Nada más lo empujé.

—¿Y rodó?

Reí.

—Sí, como la niña globo de Willy Wonka. Empezó a rebotar contra los muros y todo.

—¡Ay, me hubieras dicho! Habría pagado buen dinero para ver eso.

—Shiv, no te imagino pagando buen dinero por nada.

—De todas formas, habría estado cagadísimo.

Sus ojos brillaron con una chispa traviesa, como si estuviera visualizando la escena en su mente. Su buen humor era contagioso, pero no podía evitar seguir viendo mis brazos.

—Roja, tienes algo y me vas a decir qué es.

—No es nada. —Quería preguntarle tantas cosas, pero al mismo tiempo no quería hablar sobre mí—. Shiv, ¿qué vas a hacer cuando salgas de aquí?

—¿Yo? Voy a regresar con mi pandilla de antes. Digo, me cacharon una vez, pero ahora voy a ser más cuidadosa. Y estoy segura de que me aceptarán de regreso.

—¿Y qué hay de tu familia? ¿Tus papás no se preocupan por tí?

—Ellos no son mi familia, Roja. O al menos no la que importa. —Su tono no ocultó su resentimiento—. ¿Sabes? Antes me preguntaba qué había en la calle que fuera tan importante

como para mantener a mis papás fuera de casa. Un día lo descubrí y todo cobró sentido.

Shiv dejó que su mirada se perdiera en el agua enjabonada. La figura de su sombra se volvió inconstante, como si estuviera siendo moldeada por un océano invisible. Había visto a este tipo de espectro antes, pero todavía no le había dado nombre. No era muy común.

—Pasé gran parte de mi vida saltando de casa en casa. Intentando encajar, o al menos encontrar un rincón en donde no me rechazaran de inmediato —Shiv continuó—. Y entonces, los encontré a ellos. Éramos un equipo, ¿sabes? Profesionales, pero siempre dispuestos a protegernos. Eso, Roja, es lo que significa tener una verdadera familia. Algunos creen que la familia se trata de la sangre, pero tú y yo sabemos que eso no es más que una ilusión, ¿verdad?

Deseaba tener la misma certeza que ella, pero la verdad es que no me sentía igual.

—Supongo que tienes razón, Shiv —murmuré, tratando de encontrar consuelo.

Todo lo que en realidad quería era regresar a casa. Me imaginaba diciendo todas las disculpas que pudiera fabricar para que mi mamá y mis hermanos me aceptaran de vuelta. Pero también aborrecía a esa mujer. Pensé que estaba haciendo lo correcto cuando escapé de ella, pero resultó ser que sólo estaba intercambiando una prisión por otra. Sin importar a dónde fuera, jamás sería verdaderamente libre. El problema no era el lugar ni las personas, el problema era yo, podrida por dentro, destinada a convertir en mierda todo lo que tocara.

Los espectros en mis brazos se agitaron debajo de mi piel, centellando como cientos de cortadas rojas picoteando mis nervios. La picazón era insoportable. Tomé el estropajo y me tallé los brazos con fuerza, como si pudiera lavármelos, pero

todo lo que conseguí fue que mi piel ardiera y que el hormigueo se hiciera más furioso.

—¿Qué chingados estás haciendo? —dijo Shiv, agarrándome de la muñeca—. Te vas a lastimar.

Encontrar su mirada me hizo salir de mi mente. La eikasía podía sumergirte en un torbellino de sensaciones y espectros, pero había gente que igual te anclaba al mundo real.

—¿Esto? Ah, es nada más un poco de limpieza profunda, Shiv. Pensé que ya era hora de hacer una exfoliación seria, ¿sabes? —respondí con una sonrisa forzada.

—Eres una idiota, Roja. —Soltó mi muñeca y soltó un suspiro—. Cuéntame qué ves.

—No es nada. Lo de siempre.

—No empieces con esa mierda. Ya sabes que no entiendo un carajo de tu enfermedad, pero estás actuando más rara que de costumbre. ¿Es por lo del teléfono?

—No lo sé, Shiv. Tal vez. Sólo... no quiero cargar a nadie más con mis problemas. Ya tienes suficiente conmigo como para que tengas que lidiar con las cosas que me imagino.

—¿De verdad crees que eso me importa? Eres mi amiga, Roja. Dímelo todo.

—Pues... últimamente he estado viendo estos espectros horribles en mis sueños. Son como manos negras que se escurren de los muros como aceite. Siento que están aquí, por todos lados.

—¿Y qué no se supone que tu medicina te ayuda con eso?

—Pues sí, Shiv. Pero ya sabes, me dijeron que iban a aumentar mi dosis y...

—¿Y les creíste? Esta gente no da una mierda por nosotros. Si necesitas ayuda, me lo dices a mí, no a ellos.

Sonreí ante su respuesta.

—Gracias, Shiv. Necesitaba escuchar eso. Eres la mejor.

—Claro que lo soy. —Un par de chispas aparecieron en sus dedos—. Y no te preocupes, ya tengo un plan.

—¿Un plan? ¿Tan rápido?

—Sí. Bueno, te quería decir desde que hiciste el truquito con el cerrojo la otra vez.

—¿Desde esa vez? ¿Y no me dijiste nada?

Shiv simplemente sonrió y movió la cabeza.

—No quería emocionarte antes de tiempo. Pero si realmente puedes abrir cualquier candado con tu deseo, creo que tenemos una oportunidad para salir de aquí. Tus medicinas son sólo el primer paso.

No me gustó la implicación de eso. Mi deseo no era el superpoder que Shiv se imaginaba, era más bien una especie de anomalía que venía con los espectros y las demás alucinaciones del Síndrome de la Eikasía. En el mejor de los casos, podía hacer que objetos pequeños regresaran en el tiempo. En el peor de los casos... Bueno, en el peor de los casos perdería sangre y entraría en shock eikasiástico, y ésa era mi manera menos favorita de tener un infarto.

—Mañana es miércoles de sangre nueva —Shiv continuó—. Puedo hacer una distracción para que te puedas escapar al almacén de la enfermería.

—Cualquier distracción de esa escala sería una terrible idea —le contesté. Pero había potencial. Cada vez que llegaba una chica nueva, todas las demás nos amontonábamos en el comedor alrededor de las ventanas para descubrir en qué grupito se podría quedar. Siempre se armaba un alboroto y los guardias lo sabían, por lo que había buenas posibilidades de que su atención no estuviera en los pasillos. Pero eso no me terminaba de explicar lo más importante.

—¿Y cómo chingados voy a entrar? Ni de loca voy a intentar robar llaves. Clarisa lo intentó hace dos semanas y le dieron tres amonestaciones de un jalón.

—No, estúpida. —Siobhan sonrió—. Sólo usa tu deseo.

—Ay, por favor. No hay manera de que lo haga funcionar —dije, casi riendo por lo absurdo de la idea—. No es algo que nada más puedas hacer cuando te conviene.

—¿Y cómo es que lo usaste con el cerrojo de tu celda? —intervino Shiv, su tono cargado de impaciencia.

—Eso fue diferente. Fue un accidente. Y, además, fue en un momento de crisis. Era mi segundo día y estaba aterrada de pasar la noche.

—Pero funcionó. ¡Y funcionó bien! —Me miró con determinación—. No tienes idea de la ventaja que tienes, Roja.

—Shiv, no es ninguna ventaja. Lo que hice con el cerrojo fue como... como si hubiera presionado el botón de autodestrucción de un cohete sin saber cómo funcionaba. Ese cohete nos explotaría en la cara si intentáramos volar con él.

—Rena, entiendo que tengas miedo, pero ésta podría ser nuestra oportunidad de escapar.

El pensamiento de escapar con ella era tentador. Mi mente se llenó de imágenes del mundo exterior. Tal vez tendríamos que dormir debajo de puentes o hurgar en basureros, pero seríamos libres.



Los dedos de la consejera Montalvo parecían haber sido víctimas de un enfrentamiento con un arcoíris rebelde. El esmalte de uñas estaba aplicado de manera desigual, en una tonalidad de rojos y azules que desafiaba cualquier convención de buen gusto.

Su oficina no era mucho mejor que sus uñas. Parecía haber sido creada a partir de una paleta de colores pastel con decoraciones sacadas directamente de una tienda de juguetes para niños.

La consejera encajaba perfecto en esta extravagante exhibición de color y artificialidad. Su cabello estaba peinado de manera impecable, como si fuera un casco rígido que mantenía su expresión en su lugar. Su sonrisa era tan perfecta que parecía haber sido diseñada por un comité de relaciones públicas.

—Renata, qué alegría tenerte aquí —dijo Montalvo, su sonrisa inquebrantable.

Mi voz interna hizo un esfuerzo heroico para mantenerse contenida e imitar el tono de Montalvo. Quería que esto se acabara lo más pronto posible.

—Absolutamente encantada de estar aquí.

Sus manos se unieron en un gesto de falsa calidez.

—Renata, es importante que entendamos que estamos aquí para trabajar en nuestra recuperación y reintegración. Necesitamos nuestra mejor disposición. ¿Cómo te sientes hoy?

Odiaba que siempre hablara de “nosotras”. Como si ella y yo estuviéramos del mismo lado del escritorio. Sus palabras siempre eran como algodón de azúcar, dulces pero carentes de sustancia real.

—Hoy me siento como si me hubiera ganado la lotería, consejera Montalvo. ¿No es maravilloso cómo la vida nos sorprende?

La expresión de Montalvo no se inmutó. Sólo alzó ligeramente una ceja, esperando a que dijera más.

—Me siento de la chingada, Montalvo. Igual que ayer y el día antes de ése. Mi hermano me acaba de mandar al carajo por teléfono, sigo sin escuchar nada de mi mamá, la medicina que me están dando no sirve y probablemente tendré que lidiar con Sabrina por haberle ganado hoy.

—Renata, entiendo que puedas estar pasando por un periodo complicado —respondió Montalvo como si una voz suave pudiera resolverlo todo—. Pero recuerda que estamos aquí para ayudarte a superar esos desafíos. Nosotras queremos

que te sientas cómoda compartiendo tus pensamientos y emociones.

Sus palabras me hicieron rodar los ojos internamente. ¿Nosotras? ¿En serio? La única que estaba aquí torturando su alma era yo. Ella sólo estaba allí, detrás de su escritorio pastel, escuchando y sonriendo como si tuviera el secreto de la vida eterna guardado en su nariz operada.

—Es encantador cómo nos incentiva a ser honestas, consejera Montalvo. Sin embargo, tengo que decir que la lluvia de sueños y esperanzas me ha dejado algo empapada. ¿Qué esperan que haga con estas alucinaciones? A este ritmo me va a dar un ataque eikasiástico y eso no va a ser bonito para ninguna de nosotras.

—Renata, sé que el proceso puede ser difícil, pero es fundamental que mantengas una actitud positiva y estés dispuesta a trabajar en ti misma antes de considerar aumentar tu dosis.

—¿Positiva? —exclamé con un tono amargo—. Claro, Montalvo, voy a tomar una dosis de positividad con mi desayuno, justo al lado de las pastillas que no están haciendo un carajo para mí.

—Renata, tienes muchas emociones negativas que podemos canalizar de manera constructiva. ¿Qué tal si exploramos juntas algunas técnicas de manejo de estrés?

—Lo que necesito, Montalvo, es algo más que técnicas de respiración y cuentos de hadas psicológicos. Necesito medicinas que funcionen. —Mi voz tembló, dando paso a una furia reprimida—. Necesito que me tomen en serio. ¿No han escuchado nada de mi madre?

La mirada de Montalvo se endureció, su expresión entrando en conflicto con su apariencia amigable y artificial.

—Sólo dígame para qué me llamó —le pregunté—. No estamos en nuestro horario normal.

Montalvo se acomodó en su silla, su sonrisa casi desvaneciéndose por completo. Sus ojos, ahora más serios, me miraron con una intensidad que me hacía sentir como si estuviera a punto de recibir muy malas noticias.

—Renata, quiero que hablemos de ti.

—¿Qué más hay que decir que no pueda encontrar en las revistas? —Crucé los brazos—. Soy la hija fallida de la gran Marion Beaumont. Es lo único que he sido durante toda mi vida. La decepción de mi madre, la loca que nunca pudo estar a la altura de su familia perfecta.

—Ya hemos hablado de esto, Renata. Necesito que me cuentes más sobre ti. ¿Quién eres más allá de tu relación con tu madre? ¿Cuáles son tus amigos, tus *hobbies*, tu sistema de apoyo una vez que salgas de aquí?

—Es la misma respuesta —murmuré.

Montalvo golpeó ligeramente sus uñas contra el escritorio.

—Renata, quiero saber quién eres más allá de esa definición. Siempre que has venido aquí me dices lo mismo, y creo que hay más que ver en ti. ¿Cuáles son tus deseos, tus sueños, tus logros personales? ¿Qué te hace única?

—No lo sé, Montalvo. ¿Qué la hace a usted única? —Me mordí el labio inferior.

¿Qué me hacía única? La pregunta hizo eco en mi mente, abriendo una herida que no había reconocido antes. ¿Qué me hacía única?

Había actuado en esos anuncios cuando era pequeña, no porque realmente quisiera hacerlo, sino para complacer a mi madre. Recuerdo el documental que hice en secundaria, la mirada amorosa de mi madre mientras hablaba de su vida. Eso tampoco era sobre mí, sino sobre ella a través de mí.

Luego estaban los actos de rebeldía, como cuando me teñí el cabello de azul y me hice perforaciones en la oreja, sólo para llamar su atención, para hacerla enfadar y notar mi

existencia. Y después estaba la nota sarcástica que hice con un periodista para burlarme de su sobrevalorada imagen pública, un intento para arrojar sombras sobre su imagen perfecta y revelar la hipocresía detrás de su fachada de madre amorosa y estrella del cine. Pero al final, todo eso había sido en vano. Ella era como una diosa todopoderosa y yo era sólo... yo.

Jugaba vóleibol, pero no me encantaba. De hecho, no era notable en ningún deporte. Nunca tuve amigas, o al menos ninguna como Shiv. La enfermedad solía asustar a la gente, y cuando no lo hacía, la gente me trataba como animal de zoológico de todas formas por mi mamá. Amaba los cuentos de hadas cuando era pequeña, pero dejé de hacerlo en cuanto mi mente empezó a usarlas en contra de mí.

¿A dónde se fue todo ese tiempo? ¿En clases de actuación? ¿Eventos de gala? ¿La escuela? Sentía que las demás chicas de la correccional habían vivido cinco de mis vidas. Y en ese momento, sentada en ese escritorio, me di cuenta de que mi vida estaba en piloto automático.

Lo único que realmente me hacía especial, más allá de mi mamá, era la razón por la que acabé aquí. Me perseguía como un espectro insaciable. Sus manos negras. Las sentía en los muros, en el aire rancio de la correccional, en cada espectro que se arrastraba por el pasillo y distorsionaba las sombras de las chicas. Aquellas manos habían golpeado el vidrio del coche, habían rasgado mis dibujos, habían destrozado las pocas cosas que había considerado mías.

¿Qué me hacía única?

—No lo sé —admití finalmente, mi voz apenas un susurro.

Montalvo entrelazó sus dedos. Sentí que me desnudaba con la mirada, exponiendo todas las partes rotas y vacías de mí misma que había mantenido ocultas durante tanto tiempo.

—Entiendo que esto puede ser abrumador, Renata. Pero es importante que te conozcas a ti misma. ¿Qué te gusta

hacer? ¿Cuáles son tus pasiones? ¿Cómo te imaginas tu futuro?

—¡No lo sé! —exclamé, sintiendo el aguijón de espectros de desesperación en mi garganta—. ¿Qué es esto? ¿Una interrogación? No tengo amigos afuera. Las cosas que me hacían feliz ya no tienen sentido. Mi vida ha sido un pinche chiste y no soy nadie si no es por mi mamá.

Habría hecho lo que fuera por verla. Quería que me dijera que todo iba a estar bien, que ella se encargaría de esto y que todo era un malentendido. Me la imaginaba dándome uno de esos abrazos cálidos y familiares que daba en sus películas por primera vez.

Montalvo me miró con compasión, y por un momento pensé que podía ver una grieta en su fachada perfecta. Pero entonces, mi percepción cambió. Una sensación de terror se deslizó por mi piel y, en las esquinas de la habitación, percibí una oscuridad que no podía describir. Un espectro de muerte, un ser horrible que sólo yo parecía ver, estaba allí, observándome.

Y luego, lo vi. El líquido morado, la esencia de la pérdida, saliendo de las orejas de Montalvo. Mi corazón se apretó en mi pecho, y el miedo se apoderó de mí. Sabía lo que significaba esa sustancia viscosa. Había aprendido a identificarla desde hace años, cuando salió por primera vez de las orejas de mi hermano el día en el que nuestro padre murió. Era un espectro de la tragedia, una señal de que algo terrible estaba por ocurrir.

—Es por eso por lo que estamos aquí —Montalvo continuó—. Para ayudarte a encontrar el camino más adecuado para ti.

—Tiene que escucharme —le dije con palabras atropelladas—. Está aquí. Un espectro de la tragedia. Algo malo va a pasar, no sé cómo explicarlo, pero lo he visto antes y es real.

—Suficiente, Renata. Este tipo de comportamiento no te llevará a ningún lado. Necesito que te calmes y te enfoques

en nuestra conversación. Estás actuando de manera errática y eso no me permite ayudarte.

Mis manos temblaban mientras luchaba por encontrar las palabras correctas. Pero antes de que pudiera decir algo más, Montalvo cambió de tema de manera abrupta.

—Hemos recibido una notificación de la corte —continuó Montalvo, su mirada fija en la mía—. Una notificación que concierne directamente a tu situación aquí.

—¿Una notificación? —pregunté. Mis pensamientos seguían anclados en el líquido que había emergido de Montalvo. ¿Cómo podía ignorar algo tan aterrador?

Montalvo extrajo un sobre de su escritorio y lo deslizó hacia mí. Lo miré con desconcierto antes de tomarlo y rasgar el sello.

—Tu madre —continuó Montalvo—. Ella ha estado en contacto con nosotros, expresando algunas preocupaciones sobre tu bienestar.

Imposible. Mi madre no me había dirigido la palabra en meses, mucho menos ahora que estaba aquí. Abrí el sobre y saqué el contenido. Un papel oficial con el sello de la corte se desplegó frente a mí. Mis ojos, aún inquietos por la presencia sombría que emanaba de Montalvo, finalmente se posaron en el contenido de la carta. Mis palabras se quedaron atrapadas en mi garganta al leer lo que decía: “Solicitud de Terminación de Derechos Parentales”.

Las palabras parecían saltar de la página, como si estuvieran destinadas a destrozarse lo poco que quedaba de mi mundo. No podía ser real. No podía ser verdad. Mi madre quería... ¿desprenderse de mí por completo?

—Marion está profundamente preocupada por tu estabilidad —explico Montalvo, su voz firme—. Le preocupa tu salud mental, Renata. A partir de lo que nos ha compartido, cree que alejarse como tu tutora legal podría ser lo mejor para ti. Siente

que el entorno aquí podría estar exacerbando tu condición y quiere asegurarse de que tengas la oportunidad de recibir el cuidado que necesitas en una institución especializada.

No lo podía creer. Mi madre, quien ya había estado ausente tanto tiempo, ahora quería cortar todos los lazos de manera oficial. Jamás pensé que podría ser tan despiadada. El incesante hormigueo de los espectros en mis brazos me dejó entumecida. Sentí que mi piel se desconectaba de la realidad. No podía sentir nada.

—¿Qué... qué significa esto? —balbuceé, mi voz sonando pequeña y quebrada.

—Significa que tu madre ha tomado la decisión de buscar la terminación de sus derechos parentales sobre ti, indicando que esto está en tu mejor interés. Admitiré que no es habitual, pero tu madre ha armado un caso bastante convincente ante las autoridades. Esto, por supuesto, requerirá de un proceso legal y evaluaciones. Pero es importante que estés al tanto de la situación.

—¡Ella no puede hacer esto! —grité, como si decirlo en voz alta lo hiciera menos real.

—Entiendo que esto debe ser extremadamente difícil para ti, Renata. Pero quiero que sepas que estamos aquí para brindarte apoyo. Estamos comprometidos con tu bienestar y...

Palabras. Sabía que estaba diciendo algo, pero lo único que escuché fueron zumbidos vacíos. La voz de Montalvo resonaba en mi cabeza, pero parecía distante y distorsionada, como si estuvieran saliendo del otro lado de un muro de cristal. Mi mirada seguía fija en la carta que tenía en las manos, las letras y las palabras giraban frente a mí sin sentido alguno.

El cuarto se encogió. Los muros de descapelaron como si fueran cortinas revelando las vísceras y los órganos que se asomaban desde detrás de las paredes. Un olor fétido abrumó mis sentidos mientras las manos negras emergieron de

las esquinas, sus dedos retorcidos estirados hacia mí. Los espectros que antes habían sido sólo sombras ahora se materializaban enfrente de mí, bailando y retorciéndose con una ferocidad inhumana.

Montalvo, ajena a esta pesadilla que estaba tomando forma, continuaba hablando como si todo estuviera normal.

—Renata, ¿estás bien?

—Tengo que salir de aquí —murmuré, mi voz temblorosa y apenas audible.

La pesadilla que se desplegaba a mi alrededor no era real, no podía serlo. Debía ser una alucinación, pero no podía permitir que me atrapara. Debía encontrar una salida.

Corrí hacia la puerta, mi única vía de escape. La cerradura estaba bajo llave. Una de las manos me agarró por el tobillo, quemándome con su tacto. Cerré los ojos por un momento, tratando de concentrarme en mi deseo. Si podía desbloquear una puerta, tendría la oportunidad de escapar, de correr hacia el lugar donde guardaban las medicinas y terminar con esta pesadilla.

—¡Detente, por favor! —Montalvo insistió.

Los espectros aullaron en mi mente, sus voces resonando como un coro discordante. Sentía que las manos me arañaban, que sus susurros amenazantes se entrelazaban con mis pensamientos.

Montalvo continuaba hablando, su voz un murmullo lejano. Pero de repente, el teléfono en su mesa empezó a sonar. Era mi oportunidad. No podía perderla.

Mis dedos se movieron con determinación, guiados por el deseo. Busqué en el pasado del picaporte un momento en el que estuviera abierto. Hice mi petición y la cerradura cedió. Mi corazón latía con fuerza. Sabía que el tiempo estaba en mi contra y que el mundo pronto iba a desaparecer.





María Álvarez Malvido



Frederick Armstrong



Rubén Esparza



Samantha Escalante Herrera



Erick González



Gabriela Escobar



Juan David Laserna Botero



Adolfo Ulises León López



Brenda Cristina Moreno Rosas



Miguel Marzana



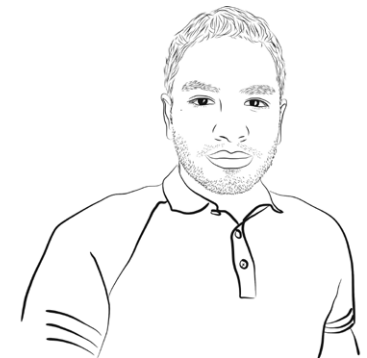
Francisco Muñiz



Ana Luisa Mata Huerta



Gabriela Mier Martínez



Bruno Mureddu



Jonathan Pérez Juárez



Mariana Riestra



Christian Placencia Basaldúa



Carlos Erasmo Rodríguez Ramos



Leilani Ramírez



María Villa

Romper el horizonte. Diplomado en Escritura Creativa, 2ª generación,
libro editado por la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación
de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México, se terminó
de imprimir el 15 de abril de 2024 en los talleres de Gráfica Premier, S. A. de C. V.,
calle 5 de febrero 2309, col. San Jerónimo Chicahualco, Metepec, Estado de México,
C. P. 52170. Se tiraron 500 ejemplares en offset en papel bond cultural ahuesado de 90 g,
con forros en couché de 250 g. En su composición se utilizaron los tipos Lora Regular
y Semibold, y Akkurat Pro Regular y Bold. El cuidado de la edición estuvo a cargo de
Eduardo Cerdán y Martha Santos Ugarte hizo la corrección de originales.
Adriana Rodríguez Borja se encargó del diseño de colección, portada e interiores,
así como de la ilustración y la formación.

